



**Universidad
Nacional
Villa María**

Biblioteca Central "Vicerrector Ricardo A. Podestá"
Repositorio Institucional

Pelota dividida

Identificaciones en las hinchadas de futbol monteboyenses

Año
2020

Autor
Monteverde, Francisco Martin

Directores de tesis
Carbajo, Mariana y Cabrera, Nicolás

Este documento está disponible para su consulta y descarga en el portal on line de la Biblioteca Central "Vicerrector Ricardo Alberto Podestá", en el Repositorio Institucional de la **Universidad Nacional de Villa María**.

CITA SUGERIDA

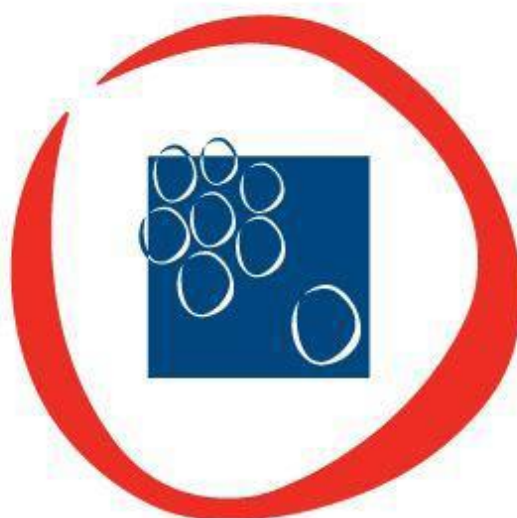
Monteverde, F. M. (2020). *Pelota dividida : identificaciones en las hinchadas de futbol monteboyenses*. Villa María : Universidad Nacional Villa María



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional

Pelota dividida

**Identificaciones en las hinchadas de futbol
monteboyenses**



**UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
VILLA MARIA**

Francisco Martin Monteverde

Universidad Nacional de Villa María
Instituto Académico Pedagógico de Ciencias Sociales
2020

Trabajo Final de Grado
Licenciatura en Sociología

“Pelota dividida. Identificaciones en las *hinchadas* de futbol
monteboyenses”

Estudiante: Francisco Martin Monteverde
Directora: Dra. Mariana Carbajo
Co-director: Dr. Nicolás Cabrera

Vieja dama: ¿No será que usted tiene prejuicios?

Autor: Señora, difícilmente encontrara usted a un hombre con más prejuicios, o a uno que se diga a si mismo que tiene la mente más abierta. Pero ¿no puede esto deberse a que una parte de nuestra mente, aquella con la que obramos, adquiere prejuicios a través de la experiencia, mientras que otra parte permanece completamente abierta para observar y juzgar con ella?

Vieja dama: Eso, caballero, no lo se

Autor: Yo tampoco lo sé, señora, y es posible que estemos diciendo disparates (...)

E. Hemingway, Muerte en la tarde, 1932

Agradecimientos

Este trabajo es fruto de un largo camino, todas y todos quienes acompañaron mis experiencias en cada espacio son parte de esta producción, que poco tiene que ver con el esfuerzo individual. Por ello aprovecho estas líneas para agradecer a quienes estuvieron a mi lado.

A mi familia, que bancaron siempre permitiendo el sueño de la carrera universitaria, incansable paciencia y confianza.

A compañeras y compañeros de la UNVM, como también de la UAM Iztapalapa y demás universidades que tuve la oportunidad de conocer, quienes me hicieron sentir parte desde el primer momento, con su hospitalidad y camaradería.

A compañeras y compañeros de cursada que promovieron el apoyo mutuo incluso en los peores momentos.

A compañeras y compañeros de militancia, que me ayudaron a crecer siempre, bancando errores y festejando aciertos.

A las y los docentes que siempre estuvieron resolviendo inquietudes, aportando su tiempo y fomentando la proximidad.

A Nico Cabrera quien me acompañó en todo el proceso de este TFG, incansable consejero, siempre dispuesto a aportar todo, admirable como investigador y como persona.

A Mariana Carbajo, directora del proyecto que se sumó a la propuesta sin conocerme y siempre estuvo presente resolviendo rápidamente necesidades.

A Bula, Oreja, Gitu y demás compañeros de cancha que fueron parte sin elección, propiciaron la risa y la fiesta en cualquier circunstancia haciendo muy ameno el trabajo de campo.

A las y los informantes que me confiaron su palabra, facilitaron cualquier aporte sin solicitar eximias explicaciones.

Todas las personas nombradas me ayudaron a comprender en la calidad de la de la educación pública, demostrando que es un proyecto colectivo que se construye entre pares. Por ello mi más profundo agradecimiento.

Índice

Pelota dividida. Identificaciones en las hinchadas de futbol monteboyenses	I
Agradecimientos	IV
Introducción	- 8 -
El futbol en la capital nacional de la “siembra directa”	- 12 -
Motivaciones	- 14 -
Problema, supuestos iniciales y objetivos	- 15 -
Metodología	- 16 -
Estudios sociales del futbol	- 20 -
Estructura del informe	- 25 -
Capítulo 1: Identidad, en búsqueda del tesoro	- 27 -
Estudios culturales	- 28 -
Repertorios culturales	- 32 -
La cultura del aguante	- 36 -
Futbol y violencia	- 38 -
Capítulo 2: Agro-futbol	- 41 -
La profesionalización del “campo”	- 42 -
Organizarla	- 49 -
Masividad	- 53 -
Espacios... Estadios.	- 54 -
Ir a la cancha	- 56 -
Jugarla	- 58 -
Contarla	- 61 -
Trabajarla (llegar a juntarla)	- 63 -
Capítulo 3: ¿Del lado de Matienzo o el de San Martín?	- 67 -
¿De qué lado estas?	- 68 -
“El sabor del encuentro”. La centralidad en construcción	- 72 -

Retórica del aguante. En búsqueda del discurso tribunero	- 74 -
El más campeón.....	- 75 -
Banderas en tu corazón	- 77 -
Entre “altaneros” y “resentidos”	- 81 -
Lo clásico de los <i>clásicos</i> , entre <i>corruptos</i> y <i>quilomberos</i>	- 83 -
Cantitos	- 86 -
Establecidos y diferentes	- 90 -
“Esto, del otro lado, no pasa”	- 92 -
Pertenecer.....	- 95 -
Capítulo 4: <i>Hinchas</i> en la <i>hinchada</i> , la <i>familia</i>	- 99 -
El barrio y el <i>pueblo</i>	- 100 -
Reconstruyendo “Hinchas militantes”	- 102 -
División del trabajo	- 104 -
<i>La Familia</i>	- 104 -
Los que ya hicieron	- 107 -
Jugar: <i>los chicos</i>	- 108 -
Mujeres, madres y abuelas. Las que <i>aguantan</i>	- 112 -
Aguantar es alentar.....	- 115 -
Outsiders: “ <i>Alentar</i> y <i>bardear</i> ”	- 119 -
Cruzar la línea: Cuando pelear es un mandato	- 125 -
Consideraciones finales	- 129 -
Procesos de identificación en las hinchadas de Monte Buey.....	- 130 -
Proyecciones hacia nuevos caminos de indagación.....	- 132 -
Bibliografía.....	- 134 -

Introducción

“Pelota dividida” es como, en la jerga futbolera, se denomina a una situación de disputa por el balón, que está a disposición de ser jugada por jugadores de los dos equipos enfrentados. Por esta situación parece discurrir un territorio que, partido por las vías férreas, permite una división de su población en una disputa constante, donde las identidades son puestas en juego en todo ámbito, pero que hace del fútbol uno de sus principales espacios de conflicto.

En la cancha de fútbol es puesto en juego un “honor” que traspasa los contornos de la misma, enmarcando acciones generalmente entendidas como irracionales, cuestiones de pasión y fanatismo. Analizar estas prácticas y representaciones, a partir de las cuales las “hinchadas” se identifican abre una mirada hacia posicionamientos culturales que exceden la esfera deportiva. Es por ello que el trabajo aquí emprendido pretende dar una mirada sobre los procesos de identificación que se construyen en las “hinchadas”, para posicionarse en los marcos culturales locales.

La relevancia que ha tomado el fútbol como deporte a escala global alcanza una magnitud difícil de dimensionar. Más acá y más allá aparecen relatos, historias o simplemente imágenes de difusión que hacen de este deporte mucho más que una actividad recreativa. Es conformado como espacio de socialización cotidiana de amplios sectores, logrando un impacto social y una movilización de personas trascendental, erigiéndose como uno de los acontecimientos populares más amplios y complejos de nuestro tiempo.

En el territorio nacional se juega a la pelota como se respira. Niños y niñas pasan sus incansables días alrededor de un balón. Jóvenes y adultos se desviven organizando partidos, torneos y demás encuentros futboleros. Quienes no pueden jugar hablan, discuten, gozan y sufren de lo que otros juegan.

Monte Buey, pueblo agrícola del sudeste Cordobés de 6.217 habitantes, según INDEC (2010), es un lugar, como tantos, que se encuentra fuertemente atravesado por las lógicas propias de este deporte. Las identidades de la localidad confluyen frecuentemente con sus clubes de fútbol, ya que poco tiempo después de su fundación, en 1910, aparecieron las primeras entidades deportivas dedicadas principalmente a esta actividad: Matienzo en 1921 y Huracán en 1933, que

cambiaría su nombre a San Martín en 1938, por lo que se convirtió desde temprano en epicentro de relevancia en la construcción de las identidades locales.

La mayor parte de sus habitantes han compartido estos espacios de socialización, que se fueron ampliando y que ocupan al día de hoy el protagonismo de la mayoría de opciones en el tiempo de ocio, tanto en sus disciplinas deportivas como también en el uso de su infraestructura. La juntada del sábado, el asado, los cumpleaños, los bailes, el mate y la pileta forman parte del inagotable lugar de encuentro que significan los clubes en la localidad.

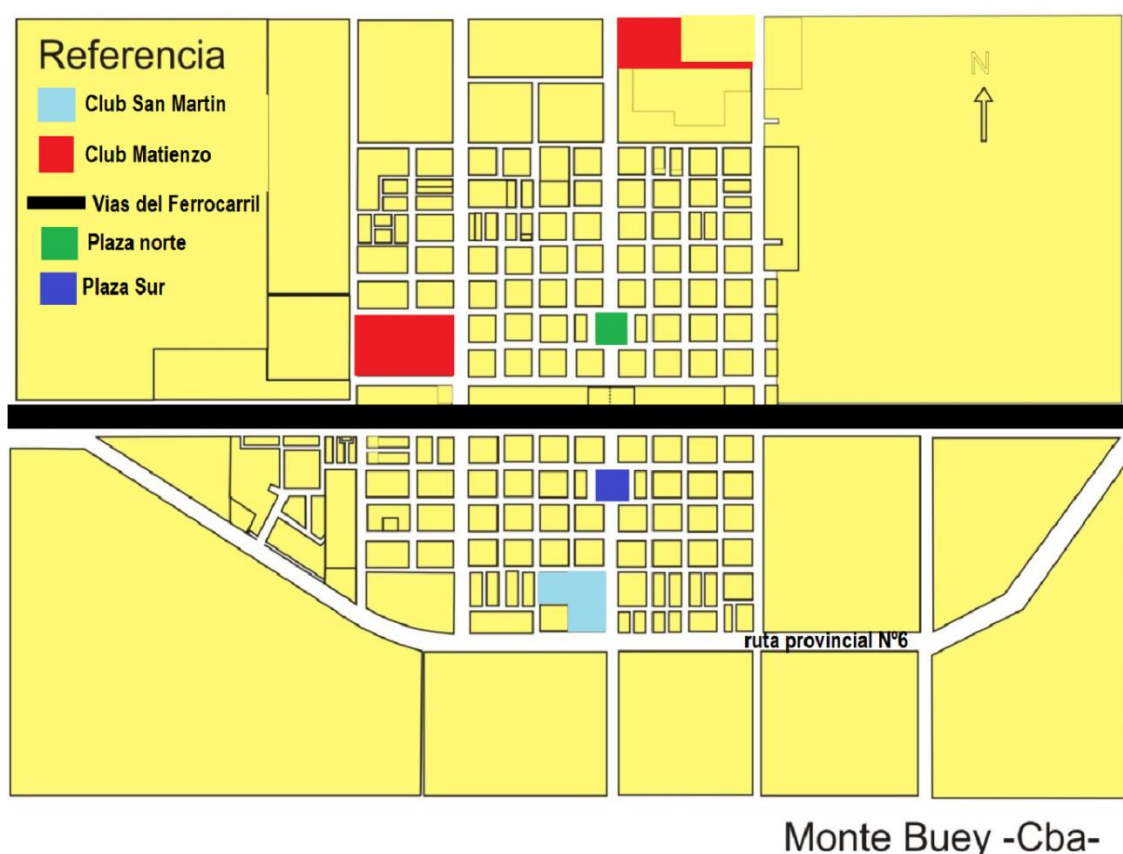
Por un lado, está el Club Matienzo, fundado en 1921, nombrado de esa forma en homenaje al aviador Benjamín Matienzo, quien falleció años antes intentando un vuelo sobre la cordillera de los Andes. De allí provienen sus tres colores (azul, blanco y rojo), propios de la aviación, por los cuales recibe el apodo de *tricolor*¹. Se terminó situando, luego de un periodo de nomadismo, hacia el Norte de las vías del ferrocarril que separan el pueblo, territorio con mayor tendencia de crecimiento comercial y urbano. Hoy cuenta con una cantidad de 1540 socios activos. Como hito histórico se puede mencionar que su equipo de fútbol masculino, en 1968, para la inauguración de las torres de iluminación, se enfrentó a Boca Juniors de Buenos Aires, en un amistoso de tal relevancia que se declaró feriado en la localidad.

Por el otro lado, San Martín, fundado en 1933 bajo el nombre de “Huracán” con el característico escudo del globito en rojo y blanco. Esto cambia en 1938, como modo de homenaje a Martín Culasso, quien había donado los terrenos donde se emplazaría la cancha, ubicados hacia el Sur de las vías férreas; de allí su nombre y el cambio a los colores patrios por coincidir con el nombre del prócer nacional. El *albiceleste* posteriormente, también se ganó el apodo de *Matadero*, ya que se instaló en la zona aledaña al matadero de vacunos del pueblo. Como dato sobresaliente se destaca la participación de su equipo de vóley en la segunda división nacional, además en el año 2004, el club River Plate de Buenos Aires jugó sus partidos de local del torneo de vóley nacional, en el polideportivo del club monteboyense. Con el antecedente que en 2001, fue sede de un partido de vóley amistoso entre la selección nacional y la cubana, como germen de la expansión del deporte por el cual fue reconocido a nivel nacional.

¹ Se usará *cursiva* para distinguir las “categorías nativas”.

Para cuantificar la importancia de los mismos, podemos mencionar que albergan, entre ambos, a la mitad del pueblo: Matienzo a 1540 y San Martín a 1414 socios activos. Esta cantidad comprende solo a personas de entre 18 y 60 años, quienes pagan la cuota social más elevada. En comparativa con otros clubes cercanos y semejantes, como el Complejo deportivo “Teniente Oregone”, de Justiniano Posse, varía la cantidad de socios activos (1384), a pesar de tener una población con mayor cantidad de habitantes (según INDEC, 8.499).

La rivalidad entre ambos se sostiene desde 1934, cuando se organizan los primeros *clásicos*²; fue construyéndose a partir de la división territorial del pueblo - que se encuentra partido por las vías del ferrocarril-, dando lugar a identidades diferenciadas entre los de un lado y los de otro. Coincidiendo con la ubicación de un club a cada lado: San Martín del lado “sur” y Matienzo del lado “Norte”.



La competencia entre “lados”, fenómeno expuesto como característica distintiva de la localidad, es mencionada en varios textos de producción local como “ladismo”³.

² Se jugaron desde entonces 196 ediciones: 62 victorias de Matienzo, 57 de San Martín, 72 empates. Datos de FM Directa [en línea]. Dirección URL <http://fmdirecta.com.ar/home/category/deportes/> [29 de abril de 2019]

³ Ferrari, Edgardo. (2000). “Monte Buey: su pasado y su presente”; Gonzalez, Mariela. (2009). “Pautas socio-culturales en Monte Buey. 1930-1955”.

La situación se remonta a la ocupación de las tierras donadas para la localidad. Los primeros pobladores disponían de mil metros a cada lado de las vías para establecerse, por lo que surge una división entre cada sector. Luego, ante cada construcción de un edificio público o actividad cultural pública se desataba una disputa para dirimir donde se desarrollaría, se veía como forma de medir y construir prestigio entre los primeros pobladores de la localidad, una manera de demostrar “progreso”.

En este escenario, los clubes se convierten en espacios donde se representaba esa identidad territorial; al quedar uno de cada lado, se convierten en estandartes de la competencia sectorial, “prácticamente la pregunta de qué lado sos fue cambiada por ¿de quién sos, de San Martín o de Matienzo?” (Ferrari, 2000, pág. 200).

Al mismo tiempo, en la misma descripción del pueblo, es situado como una disputa entre clases altas (Ibidem: 200), que poco interesaba al resto de la población. Aunque el tema no es abordado por estudios de clase más rigurosos, en los escasos abordajes científico-sociales, se lo nombra como un “problema socio-cultural”⁴. También es descripto como “odio” entre sectores⁵, en medios locales de otras épocas, como el periódico “Reflexión”. El fútbol enfrentaba a ambos bandos del pueblo en cada encuentro deportivo.

Toman renovada trascendencia desde 1999, cuando ambos equipos comienzan a cobrar jerarquía a través de la incorporación de jugadores, mejoras en la infraestructura y organizativas, mediante la mayor inversión económica que los lleva a enfrentarse en finales de la liga regional. Han disputado 5 finales en los últimos 20 años (1999, 2000, 2003, 2011, 2017), constituyéndose como clubes de definitiva relevancia en la Liga Bellvillense, sumándose a Sarmiento de la localidad de Leones, Deportivo Leones (de la misma localidad), Bell de Bell Ville, Complejo deportivo “Teniente Oregone” de Justiniano Posse o Argentino de Marcos Juárez, como animadores constantes de esta competición. Pero la alta competencia parece no apuntarse en el ascenso hacia nuevas categorías que permitan el desarrollo deportivo, sino que careciendo de la posibilidad expansiva, se enfocan en dirimir competencias que de antaño surgen desde el interior de la misma localidad. El prestigio de los clubes es siempre puesto en comparación a su par del otro lado.

⁴ Antonio, Olivia. (2008) “Diagnostico Urbano orientado al desarrollo local, Monte Buey”. Gonzalez, Mariela. (2009) “Pautas socio-culturales en Monte Buey. 1930-1955”.

⁵ Lastra Liendo, Leonardo. Periódico “Reflexión” editado entre 1936 y 1952.



Clásico en “El matadero”. Año 2016. Se pueden diferenciar camisetas “titulares” de ambos equipos. San Martín, franjas verticales celestes y blancas. Matienzo tres franjas: rojo, blanco y azul. Foto extraída de: <http://fmdirecta.com.ar/>

El fútbol en la capital nacional de la “siembra directa”

Monte Buey cobra relevancia nacional a finales del siglo XX, cuando es reconocida como capital nacional de la “siembra directa”, práctica agrícola fundamental que acompaña los avances hacia el “Boom” de la soja como motor productivo del país, que dado a las condiciones económicas encuentra en este grano la sustentabilidad de su economía. La festividad mencionada comienza a realizarse en 1999 y se repite anualmente en las instalaciones del club Matienzo.

En los últimos años, con el crecimiento del agro-negocio, como cambio económico, social y cultural en cuanto a la producción agrícola, el impulso económico que tomó la localidad es notable. Así lo demuestran sus clubes, que han logrado captar inversiones logrando una constante mejora en infraestructura y actividades, añadiendo nuevas disciplinas deportivas. Cuentan hoy con salones para eventos de gran dimensión, piletas de natación, canchas de tenis y pádel, además de estadios de fútbol aptos para los torneos de AFA. La mayor parte de los recursos son utilizados en los equipos de fútbol mayor masculino y sus divisiones inferiores.

Los conjuntos locales de fútbol son los que mayores volúmenes de recursos absorbieron, desarrollándose hacia una creciente profesionalización, adquiriendo

relevancia regional a partir de sus éxitos deportivos y sus participaciones en torneos de mayor envergadura. Matienzo, con 17 títulos, tiene el reconocimiento de ser quien más títulos oficiales de la liga Bellvillense obtuvo, competencia en la cual participan regularmente ambos equipos. San Martín se ubica en el 4to puesto con 9 títulos en su haber⁶. Además, los dos clubes cuentan con algunas participaciones en torneos de AFA denominada, en aquellos años, “torneo del interior”, sin lograr resultados favorables para el ascenso de categoría.

En este tiempo, ambos equipos locales logran una competencia sostenida en su liga regional, codeándose entre los primeros puestos año a año, llegando a disputar, en 1999, la primera final de la historia entre sí. Por entonces, pocos podrían imaginar lo que vendría: la disputa de 5 finales entre los clubes del mismo pueblo, en menos de 20 años, que estallan el panorama social de la localidad.

Desde aquella primera final, que es descripta como un ejemplo en el comportamiento de las “hinchadas”⁷, se fueron dando episodios donde la violencia se tornó cada vez más inaceptable. En 2011, la tarde que volvió a consagrar al Tricolor en su cancha, terminó con una bomba que explotó en los pies de uno de los árbitros y una tribuna incendiada. En 2017, en el mismo estadio, el partido debió suspenderse a menos de 20 minutos del final, con el partido empatado, definiéndose 15 días después, luego de discusiones y acusaciones que derivaron en un operativo de seguridad inédito en la localidad, para concluir un desnaturalizado partido a puertas cerradas, que no impidió el estallido de dos bombas en la puerta de la casa del presidente del club Matienzo.

Las preguntas que se pueden disparar a partir de esta situación son múltiples, las mismas giraran y giraron entre los habitantes de Monte Buey, principalmente sobre la cuestión “cultural”, ya que se apuntan a las posibilidades que este escenario (el deportivo) brinda para la expresión de “lo social”, por eso se prepondera la interrogación sobre la relación entre fútbol y sociedad. “¿El fútbol refleja lo que somos?” Suele ser la pregunta que resuena más frecuentemente como punto de partida, englobando la amplitud de un espacio social que se aparece en el sentido común como el peor de los males, como el “pan y circo” o como un tradicionalismo insustituible, “hiperomantizado” como reproductor social esencializado, entre otras

⁶ Datos que se pueden encontrar en: www.futboldelinterior.com

⁷ Así lo destaca una nota de Gerardo Quinteros recopilada en el libro “Club San Martín 80 aniversario”, 2014, Editora del Carmen.

acepciones igualmente refutables para la mirada sociológica. Pero estas categorías del sentido común no son totalmente desechables, ya que forman parte del imaginario social y que pueden explicar los sentidos de las acciones de los sujetos. Este imaginario se alimenta de “relatos” o “narraciones” que se reproducen y perduran, pero que a la vez se resignifican y se transforman, tanto individual como colectivamente.

De esta situación, derivó el comienzo de la presente investigación, que pretende construir una mirada desde los actores involucrados para describir y poder entender el entramado de relaciones que ponen en juego estas acciones. Así también, se considera de importancia la descripción de un proceso histórico que aún no tiene registros escritos; un insumo que será aporte a la posteridad para la interpretación de la realidad social, y también una contribución al pensamiento sobre la cultura en el territorio, confiando en que sea un campo de mayor indagación y exploración en el futuro cercano.

Motivaciones

El motor de la elección de este campo de estudios y de esta investigación se debe primeramente a mi pertenencia al campo. Transite por el club San Martín desde muy temprana edad, cuando comencé a practicar fútbol, el deporte que la mayoría de los niños varones de mi pueblo practicaban. A pesar de que tenía un club más cerca de mi casa, mi abuela insistió para que me llevaran hasta el otro lado del pueblo, al club del cual ella era “hincha”, se comprometía a llevarme en su bicicleta a todos los entrenamientos. De este modo, fui sintiéndome identificado con esta institución deportiva, lo que rompía con la lógica territorial, ya que por vivir del lado norte se esperaba que asistiera al otro club del pueblo, Matienzo.

Esto derivó en que, posteriormente, transitara por espacios de socialización como la escuela primaria, donde me relacionaba con una importante mayoría de hinchas de Matienzo, además de practicar otros deportes transitorios, alternativos al fútbol en esta institución o compartir con amigos del barrio o la escuela en el mismo. De este modo, siempre forme parte de una minoría identificada con San Martín, que vivía del lado norte del pueblo y que conocía más gente del club contrario que del propio.

Con el correr del tiempo, me involucre cada vez más con el club del cual era hincha, además de jugar al fútbol asistía a los partidos, campamentos y demás actividades propuestas. Esto me hizo convivir en medio de las disputas entre hinchas de uno y otro, ya que compartía espacios con personas de ambos clubes.

En todo este tránsito, siempre resonaba la cuestión identitaria, el orgullo de ser de una forma y la diferenciación con los otros, que eran distintos. Esa conformación identitaria está anclada en relatos, historias y valorizaciones de esas narraciones que forman un imaginario que es transmitido, al que podemos indagar para interpretar acciones y sus significados, en el afán de conocernos y pensarnos socialmente.

Por esto, y cuestiones que seguramente escapan a mi análisis racional, emprendí la investigación de estas relaciones, también cuestionando la neutralidad valorativa que siempre se evoca, incentivando además a que los mundos cotidianos de los que formamos parte, también pueden ser indagados por las ciencias sociales.

Problema, supuestos iniciales y objetivos

Teniendo en cuenta los constructos teóricos previos en el tema y las posibles adaptaciones de la teoría al campo de estudios en cuestión, posibilitando la negociación con informantes y actores se elabora la pregunta problema: *¿Qué procesos de identificación construyen las “hinchadas” de fútbol de Monte Buey que permiten posicionarse en los marcos culturales locales?* Entendiendo a la “hinchada” como comunidad de “hinchas” que sienten identificación por un club, se emprenderá este trabajo con el supuesto de que existen posicionamientos que sitúan a cada “hinchada” en un marco de prácticas y representaciones comunes que se reproducen permitiendo/limitando formas de construir prestigio hacia cada grupo de pertenencia. Estas dinámicas deben pensarse de forma relacional, ya que entre ambas partes se constituye un “juego de espejos”, donde cada club se desarrolla en oposición a un otro.

El objetivo al que se pretende abonar con estas indagaciones es el de *analizar las prácticas y representaciones a partir de los cuales las “hinchadas” de los clubes monteboyenses se identifican y posicionan en las lógicas culturales locales.*

Razón para la cual será necesario emprender metas más específicas que confluirán en el camino establecido. Primeramente, será importante para el lector ajeno, la descripción del espacio social del fútbol en Monte Buey, haciendo hincapié en su importancia sobre la sociedad local. En el mismo será preciso, para el abordaje deseado, contextualizar el trasfondo económico que influye a la delimitación del marco, donde es posible el desarrollo de los procesos identitarios a abordar.

En una instancia sucesiva, será oportuno el análisis de los relatos de identificación contruidos y su circulación en las “hinchadas” locales para poder indagar la influencia de los mismos en el posicionamiento social.

La exploración de este proceso permitirá un acercamiento sobre las legitimidades como así también la noción de violencia como recurso que participa de esa disputa.

Para la descripción de estos fenómenos, se interpretaran las categorías de edad, clase y género, principalmente, como operaciones de identificación que definen los posicionamientos sociales y sus derivaciones.

Metodología

Dado a las concepciones teóricas y las distintas perspectivas que se ponen en relación en el trabajo, teniendo en cuenta en ello los desarrollos académicos anteriores sobre la temática y sus herramientas metodológicas utilizadas, propuse en este caso un acercamiento etnográfico para la construcción del conocimiento. A partir de la interpretación de los datos aportados, se combina el enfoque etnográfico con entrevistas semi-estructuradas a hinchas, jugadores y demás trabajadores de los equipos masculinos, como también con observaciones (Participantes y no participantes). Además de aportar datos cuantitativos y cualitativos que contextualicen la realidad local, hay una descripción histórica que se remite a trabajos anteriores del mismo territorio. A partir de ello, se facilitara la interpretación de la información construida.

Si bien abunda el análisis comparativo, principalmente por tratarse de dos clubes en relación, también se interesa en demostrar rupturas y continuidades, ya que por momentos se hablará indistintamente de categorías tales como “familia”,

“violencia” o “hinchas” constituyendo, además de diferencias, las igualdades que se promueven.

El enfoque etnográfico proporciona principalmente una forma de vincular la investigación con la teoría, como explica Güber:

La etnografía como enfoque no pretende reproducirse según paradigmas establecidos, sino vincular teoría e investigación favoreciendo nuevos descubrimientos. Este libro muestra que esos descubrimientos se producen de manera novedosa y fundacional en el trabajo de campo y en el investigador. Esta articulación vivencial entre teoría y referente empírico puede interpretarse como un obstáculo subjetivo al conocimiento, o como su eminente facilitador. En las ciencias sociales y con mayor fuerza en la antropología, no existe conocimiento que no esté mediado por la presencia del investigador. Pero que esta mediación sea efectiva, consciente y sistemáticamente recuperada en el proceso de conocimiento depende de la perspectiva epistemológica con que conciba sus prácticas. (Guber, 2001:18)

Por la cercana relación como investigador al caso particular de estudio, es de suma importancia el compromiso con la “vigilancia epistemológica”, como propone Bourdieu y Passeron (1975), que partirá de un cuestionamiento de la perspectiva del investigador; la objetivación del observador es una constante que será nuestra herramienta para construir el conocimiento. Al mismo tiempo, esta cercanía al campo brinda un conocimiento previo que nos servirá en la indagación y el acceso a información; del mismo modo se tomarán categorías “nativas” de previo conocimiento que serán cuestionadas en la investigación, a partir de la misma vigilancia. Tal es el caso de la categoría “hinchada”, utilizada aquí para definir al colectivo de hinchas de cada club que asisten al estadio, por sobre la heterogeneidad que integra ese colectivo.

Será oportuno desarrollar una “descripción densa” (Geertz, 2003) que pueda dar cuenta de las producciones de las mismas personas en cada situación, relaciones y sentidos que dan a cada acción. De esta forma, se adentrará en un relato de la experiencia de quienes interpretan cotidianamente el campo que abordamos, para luego construir categorías a partir de una reinterpretación elaborada con herramientas teóricas que sean plausibles para el análisis sociológico.

La propuesta metodológica tendrá en su eje la puesta en relación de distintas experiencias, de los diversos actores observados y/o entrevistados, con la experiencia propia del investigador antes y durante el trabajo de campo. Entendiendo que el análisis de “lo social” debe construir caminos dialógicos entre la particularidad y la totalidad, ya que es allí donde las ciencias sociales desarrollan su conocimiento, produciendo significados que deberán ser capturados para esta investigación. Es por ello que todos los informantes, quienes aportaron sus perspectivas, pertenecen al campo mismo que se está pretendiendo conocer, identificándose con algunos de los clubes en cuestión.

Por otro lado, cabe resaltar la importancia de preservar cierta información, sobre todo de nombres propios y características que expongan a las y los informantes involucrados en la investigación. Teniendo en cuenta que lo expuesto en el texto se desarrolla en una población donde prevalece la “familiaridad”, tanto con los espacios como con las personas, esto hace que casi todos se conozcan o sepan identificar a cada persona, por lo que arrojar algún dato extra, una característica propia o un nombre propio podría comprometer la confianza con la que las mismas personas accedieron a exponer sus experiencias. Por este motivo, no se expondrán las entrevistas de manera pública. Las fotografías en las que aparecen personas fueron aprobadas por las mismas para su divulgación.

Los primeros “informantes claves” abordados, que nos brindaron información general sobre acontecimientos y perspectivas amplias sobre las identidades locales en torno a los clubes de fútbol, fueron personas vinculadas a pensar e interpretar “lo social”. Hay tres de estas entrevistas que arrojaron herramientas y datos de suma importancia para abordar el fenómeno, entre los entrevistados coinciden las categorías de hinchas, trabajadores del deporte y estudiantes de ciencias sociales.

Otras 10 entrevistas “semi-estructuradas” corresponden a actores relacionados al ámbito futbolístico, combinando jugadores, hinchas y directivos de ambos clubes indagados. La muestra creció como enlaces “en red” que iban involucrando personas dispuestas a ser entrevistadas. Generalmente, las mismas personas entrevistadas proponían a otras que les resultaban interesantes, porque contaban con alguna información particular, otras personas eran abordadas por la misma cercanía hacia el investigador o por la posición distinguida (como “dirigentes”), que ocupaban en el campo, como el caso de presidentes y directivos del club.

En todos los casos nombrados, en que las personas eran abordadas por sus cargos directivos, hablaban desde esa posición adquirida, había una corrección del “deber ser” apuntada hacia el rol que debían cumplir como miembros de la institución, no había una locución “sin cassette” que permitiera mayor información desde una proximidad de confianza. No obstante, esto no quiere decir que estas entrevistas no fueran fructíferas, ni que carezcan de calidad, pero difieren bastante de las realizadas a allegados o personas conocidas desde hace varios años en el mismo escenario de la cancha. También esto sucede con entrevistas a jugadores, aunque si hay una ida y vuelta más fluido, quizá una edad más cercana y de haber compartido otras experiencias conjuntas⁸, permitiendo respuestas que comprometían más su condición.

Esta dificultad también se puede vislumbrar en el abordaje de hinchas de Matienzo, ya que al identificar al investigador como hincha de San Martín, cuida alguna de sus actitudes y discursos, aplica algún “maquillaje” para no degradar al otro en la interacción, también dada la desconfianza constante entre hinchas rivales, que no es la misma construida con los propios. Esto tampoco quiere decir que alguien ajeno al campo obtendría entrevistas más “profundas” o interesantes, ya que también hay códigos y confianzas que se manejan entre hinchas de fútbol, por conocer y pertenecer al campo, apareciendo u omitiendo diferentes situaciones a alguien ajeno.

Estas apreciaciones aportan información a la investigación, ya que en los discursos se pone en juego no solo lo observado y relatado, sino también los desfases entre lo que “*se debe hacer*”, “*se dice que se hace*” y “*efectivamente se hace*”. (Grimson, 2000: 94)

Las observaciones participantes y no participantes se efectuaron en 26 partidos, tanto de local como visitante de los clubes monteboyenses. En su mayoría, en la cancha de San Martín, 5 en la de Matienzo y los restantes en las ciudades de Bell Ville y Justiniano Posse. Además de los partidos, se incluyen las “previas” o distintas situaciones previas a los partidos, al igual que posteriores al mismo. Esto derivó en registros de campo escritos, que también incluyen situaciones o “chismes” que hacían llegar durante la semana los mismos hinchas con quienes compartiría el domingo de fútbol. Otras actividades que fueron registradas, en la que participaban

⁸ Con la totalidad de los jugadores entrevistados de ambos clubes, antes de emprender la investigación, había compartido por lo menos un entrenamiento.

hinchas más allá de los partidos, son colaboraciones en cenas, polladas y partidos de “fin de año”.

En todos estos espacios, se buscaron narrativas y relatos de los actores vivenciando las situaciones, interpretando sus significados. Las identidades serán entendidas a partir de sus discursos y las prácticas que luego se vinculan como necesarias a esa identidad.

Esto nos referencia al discurso como una práctica de identificación, por lo que vivenciar e interpretar estas construcciones del lenguaje será la principal tarea delineada. En este caso, tenemos discursos presentes en el ámbito del espectáculo futbolístico que son cotidianos y que, por su frecuencia, son un paisaje construido, como los canticos y frases recurrentes que se manifiestan en los espacios. También, las corporalidades y manifestaciones estéticas serán clave necesaria en la interpretación de los sentidos. La perspectiva del investigador no solo será objetivada por la trama teórica que aportaron otros investigadores, sino también por la voz de los protagonistas, la “hinchada” y sus discursos que aportarán el sentido a las prácticas.

El presente trabajo aportará una base descriptiva de la situación concreta del ámbito futbolístico en la localidad, que pretende ser fundamento de posibles y múltiples abordajes hacia distintas problemáticas que puede involucrar este campo, como serán las relaciones institucionales deportivas o las distintas tramas que aportarán al crecimiento de la actividad científico-social en el territorio.

Estudios sociales del futbol

El análisis académico de los fenómenos deportivos y, en especial, del futbol ha venido ganando terreno en los últimos años. Las ciencias sociales se van abriendo paso a la explicación de campos temáticos que se frecuentaban escasamente en la profundidad requerida. Hoy se pueden entender como espacios sociales, donde analizar cuestionamientos que atañen a la sociedad como tal, en la búsqueda y construcción de explicaciones que deriven en entender lo social.

Este conjunto de trabajos e investigaciones se denominan comúnmente como “estudios sociales sobre deporte”, ya que integran una heterogeneidad de disciplinas y perspectivas que buscan tender puentes entre el fenómeno deportivo y la

sociedad, una intersección que aún formula un largo sendero a recorrer. Generalmente, esta cuestión es visitada solo cuando se pretende hablar de violencia, ya sea en el fútbol o en los fenómenos de masa en general, donde aparece en medios masivos dando explicaciones a “lo violento” e “irracional” como practicas comunes que se ponen en juego en estos espacios. También, este trabajo tiene como novedad hacer partícipe a un territorio de características inexploradas en estas temáticas para la academia sociológica, que se desarrolla principalmente en las centralidades urbanas de cada país.

El estudio de estos fenómenos puede ubicarse a mediados de la década del ‘80 del pasado siglo, donde intelectuales, tanto Europeos como Latinoamericanos, comenzaron a indagar los espacios deportivos en busca de explicaciones que terminarían involucrando al amplio universo de fenómenos sociales.

En Inglaterra, la discusión se llevaba adelante a partir de “deporte y ocio en el proceso de civilización” (Elias & Dunning, 1992), donde se pone el foco en el tiempo de “ocio” como parte activa y vital del proceso de civilización (El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas, 1993), desarrollo teórico de Norbert Elías.

A partir de estudiar la existencia del fenómeno “hooligan”⁹ en dicho país, y con diversas investigaciones al respecto, surge la “escuela de Leicester”, que explicará la relación entre violencia y marginalidad, basada en la teoría de Elías, con Dunning como figura reconocida. Estos investigadores desarrollaron trabajos que fueron empleados por el estado inglés para la creación de distintas políticas públicas, que derivaron en una transformación del fútbol de ese país, posterior a la Tragedia de Hillsborough¹⁰, en 1989.

Estas investigaciones fueron criticadas por autores del propio país, que cuestionaban la funcionalidad represiva de las conclusiones de Dunning. Entre ellos se encuentran: Armstrong (Football cultures and identities, 1999) y Giulianotti (1994) que además se embarcarán en trabajos etnográficos que puedan entender la mirada de los actores, actividad necesaria para demostrar la heterogeneidad y complejidad del fenómeno Hooligan.

⁹ Nombre con el que se conocen los grupos de hinchas organizados en Inglaterra, asemejados con lo que en nuestro país conocemos como “Barra brava”.

¹⁰ Así se denomina al hecho ocurrido en abril de 1989, donde mueren 96 hinchas en una avalancha en el estadio de fútbol con ese nombre, en un partido entre Liverpool y Nottingham Forest, por la copa de Inglaterra.

Por su parte, en América Latina se retoma la indagación con esta línea de investigación, a partir de la misma problemática de hechos violentos, con la rediscusión de viejas categorías analíticas planteadas por Eduardo Archetti, como es el concepto de “cultura del aguante” e indexándolo al campo de lo que se entiende como “cultura popular”. Pablo Alabarces comienza esta tarea, manifestada en “*Cuestión de pelotas. Fútbol, deporte, sociedad, cultura*” (1996), que posteriormente desembocaría en un grupo de trabajo de la CLACSO y derivará en un libro que lo tendrá como compilador: “*Peligro de gol: Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*” (2000).

En Argentina, el estudio académico de los deportes populares, en particular del fútbol se remonta a la década de 1980 cuando Eduardo Archetti comienza con el análisis de la temática en “Fútbol y ethos” (1985). En este puntapié inicial, el autor comienza a interpretar al fútbol como espacio de construcción cultural, núcleo de importantes manifestaciones para la interpretación de procesos identitarios. Posteriormente, avanzaría también sobre la cuestión de género en cuanto a la organización de masculinidades, en su comparación con otras manifestaciones culturales como el tango y el polo (Masculinidades: Fútbol, tango y polo en la Argentina, 2003). En sus trabajos, hace aparecer al fútbol como ritual donde se pone en juego la violencia, oscilando entre lo carnavalesco y lo violento (Archetti E. , 1985).

En consonancia con estos trabajos, en Brasil, Roberto Da Matta, desde hacía algunos años, perseguía objetivos similares, intentando explicar la sociedad de su época a través de distintas manifestaciones culturales en torno al Fútbol (Universo do futebol: esporte e sociedade brasileira, 1982) y la samba (Carnavais, malandros e heróis, 1981). Ambos autores también propulsaron la investigación de realidades cotidianas de las cuales formaban parte, un anclaje en lo cotidiano para entender la cultura propia. Esto interpela los cánones antropológicos de investigar lo exótico y, a la vez, pone en cuestionamiento la neutralidad valorativa de la sociología. Estos trabajos no fueron ampliamente renombrados hasta que se instala la violencia en el fútbol, como un problema social.

Entrando al siglo XXI, los trabajos con esta temática ya se comienzan a multiplicar y, desde distintos abordajes, se puede encontrar un cruce de categorías

que reflexionan desde las ciencias sociales en el espacio del futbol, pero a la vez de sus aristas interrelacionadas.

Este proceso viene a dar cuenta de una realidad social que ve una violencia en aumento, con transformaciones en el mundo del futbol, que empieza a visibilizar la violencia como uno de los principales problemas, a buscarle soluciones. Las políticas de desregulación estatal, en los años finales del siglo XX, abren a un panorama nacional de rupturas, en cuanto “lo social” pasa a instalarse en agenda permanente de los medios masivos.

Es aquí que se trazan caminos rumbo al conocimiento del ámbito del futbol, con investigaciones que se desarrollan hacia la metodología etnográfica, interpretando distintos segmentos que dan cuenta del universo de estudio. Así, se profundiza a “la cultura del aguante” como una “ética, estética y retorica” (Alabarces, 2004). Pero a la vez, este concepto que se vuelve central es profundizado y complementado por los trabajos de José Garriga Zucal: “El aguante: Prácticas Violentas e identidades de Género Masculino en un grupo de simpatizantes del fútbol Argentino” (2001) y “Soy macho, porque me la aguanto” (2005). Donde explica las categorías de género e identidad en relación a la violencia, investigando el caso de la “hinchada” de Huracán de Parque Patricios. También, es necesario nombrar a Verónica Moreira, quien profundiza sobre la cuestión del “Honor” con trabajos etnográficos que dan cuenta de una forma de organización y jerarquización en una “hinchada” de futbol. “Trofeos de guerra y hombres de honor” (2005). Honor y gloria en el fútbol argentino: el caso de la “hinchada” del Club Atlético Independiente (2001).

Por su parte, es necesario nombrar y hacer hincapié en el trabajo de Gastón Julián Gil, “Futbol e identidades locales” (2002), ya que se enfoca en la articulación de los conceptos de identidad y territorio en su relación con la violencia, pero buscando nuevos horizontes a la noción de “aguante”, buscando una explicación al fenómeno, ajena a la violencia y complementando e interpelando el término. Es importante este punto, ya que en el presente trabajo se pretende la misma tarea.

Los trabajos citados tienen una característica común y es que todos se desarrollan en grandes ciudades, por lo que deja un vacío teórico explicativo del fenómeno futbolero en otras latitudes. La vida urbana de la capital del país y sus territorios contiguos difiere de la del resto del país, comúnmente llamado “interior”.

Es por ello que nuestra tarea será aportar a una explicación desde un territorio inexplorado, de una población menor a 10 mil habitantes, fomentando que el instrumento comparativo pueda funcionar para el conocimiento más acabado del fenómeno.

Para ello contamos con trabajos más cercanos al caso abordado. En la ciudad de Córdoba, desde hace algún tiempo, existen investigaciones que nos servirán al fin pretendido. En una perspectiva enfocada en la historia social, contamos con los trabajos de Franco Reyna, “La difusión y apropiación del fútbol en el proceso de modernización en Córdoba 1900-1943. Actores, prácticas, representaciones e Identidades sociales” (2014), en una inédita búsqueda de los orígenes y recorrido del fútbol en la capital provincial en su relación con el estado, que además contiene reflexiones teórico-metodológicas de gran importancia.

En el caso específico de “hinchadas”, con enfoque etnográfico y que busquen los procesos de articulación de las categorías identidad, violencia y cultura popular contamos con el valioso aporte de Nicolás Cabrera en sus etnografías “Violencia e identidad en una “hinchada” de fútbol: solo para Entendidos” (2012) y “Que la cuenten como quieran. Una etnografía sobre el devenir barra” (2019).

Más cercano a la latitud propia y en clave de una urbanidad con “lógicas de pueblo”, el trabajo antropológico de Camila Aimar, “No vengo por salir campeón, vengo porque te quiero. Una etnografía de la “hinchada” de fútbol del Club Atlético Flor de Ceibo” (2017). Desarrollado en la ciudad de Oncativo, será un punto de partida y comparación más que interesante por su proximidad.

El trabajo resultará más provechoso, poniéndolo en tensión con los antecedentes aquí nombrados, donde se estudian casos del fenómeno desde otras realidades que difieren en mayor o menor medida, marcando continuidades y rupturas que pueden existir en nuestro caso particular, pensando desde un fútbol en proceso de profesionalización, en pequeñas poblaciones del interior de la provincia de Córdoba. La búsqueda de nuevos caminos que pueden surgir para la explicación del fenómeno será de suma importancia para la fecundidad del campo de estudio.

Estructura del informe

El presente trabajo se delinear  siguiendo las pertinencias de las categorías analíticas propuestas, preponderando la contextualización general para un acercamiento al fenómeno que se desagregar  desde sus colectivos más amplios y heterogéneos hacia grupos más particulares.

En un primer capítulo, se abordarán los conceptos básicos a los cuales se pretende poner en discusión en el informe, se construirán las “herramientas teóricas”, partiendo desde las complejidades conceptuales que atraviesan para ponerlos en funcionamiento en el análisis posterior.

Partiendo de “identidad”, y su estrecha vinculación a la cultura, se expondrán las nociones propias teniendo en cuenta la dimensión que el poder imprime en las mismas. Desde ahí, se dará paso a las acepciones más próximas a la especificidad abordada como “cultura del aguante”, para terminar esbozando algunos acercamientos a otros temas que incumben y se vinculan permanentemente al cuestionamiento de estos temas, como es la “violencia”.

Posteriormente, en el capítulo siguiente se avanzar  en una reconstrucción del contexto en el cual se desarrollan las categorías que se pretenden estudiar, el mismo aportará datos sobre el fútbol en los pueblos agrícolas del interior cordobés, ya que el mismo es poco accesible en otras fuentes por tratarse de escenarios poco mediatizados y de escaso interés foráneo.

Se desarrollará una mirada sobre este territorio, comprendido específicamente por la liga Bellvillense de fútbol y la localidad de Monte Buey como caso a indagar. Las transformaciones socio-económicas de la zona serán tan importantes como su incidencia en el deporte para la explicación de los procesos abordados.

Los últimos dos capítulos serán más analíticos y exploratorios de categorías propias del lugar. Constan de estructuras similares. Ambos tienen caminos interpretativos comunes: parten de un análisis territorial, donde predominan las categorías vinculadas al espacio urbano, para continuar con los juegos identitarios relacionados a los mismos y llegar a una mirada sobre las violencias devenidas de estas dinámicas.

El tercer capítulo desembarcar  plenamente al análisis de las categorías identitarias derivadas del posicionamiento de ambos clubes abordados, partiendo de

las descripciones territoriales desde la división *Norte/Sur* del pueblo. Esto aportará a entender sus conjugaciones y repertorios a los que dan lugar, para poder interpretar algunos escenarios que se manifestarán en cada caso, atendiendo a la desigualdad y la violencia como dimensiones siempre presentes en la temática. El fin propuesto de esta sección es el posicionamiento de las “hinchadas” como tales, a partir del juego de oposición en sus identificaciones.

El cuarto capítulo hará parte de una exploración hacia los grupos que forman parte y se producen dentro de la misma “hinchada”, en una descripción de sus subjetividades, para interpretar igualdades y diferencias propias de cada colectivo. El abordaje territorial partirá de las dicotomías *centro/periferia*, construyendo principalmente las distinciones de clase, género y edad; se entenderán las lógicas propias que unen y separan, como también, favorecerán la explicación de los distintos repertorios de habitar un club por parte de sus *hinchas*.

El trabajo culminará con el delineado de consideraciones finales del estudio y lanzando caminos para continuar construyendo conocimientos concernientes a la temática.

Capítulo 1:

Identidad, en búsqueda del tesoro

Entre las búsquedas sucesivas que se presentan en este trabajo, el concepto de identidad es, quizás, uno de los caminos más enmarañados. Lo señalo de esta forma, ya que es una palabra de uso corriente en el sentido común, pero también en la academia de ciencias sociales, a la vez que es uno de los conceptos menos acabados y más ambiguos que se presentan.

En su acepción más arcaica, se aparece como algo constante e invariable. Según su derivación del latín “identitas” (“Ídem”), que significa “lo mismo”, nombra aquello que no cambia y puede explicar al “ente”.

Desde entonces, se ha vuelto muy difícil despojarlo de su sentido esencialista. En las ciencias sociales, es utilizado primeramente de esta forma, como un fenómeno estático y objetivo, algo heredado, obtenido por pertenecer a un grupo, una característica distintiva inagotable; perspectiva que no da cuenta de las complejidades que pueden presentarse en las realidades que hoy se pretenden entender.

El sentido de pertenencia a un club de fútbol aparece representado como una esencia que hace incompatible a unos y a otros, algo que permanece invariable “de la cuna, al cajón”, sin embargo la efervescencia muchas veces varía: frustraciones y conjugaciones con otras identidades, que hacen a la trayectoria de las y los hinchas más compleja de lo que se encuentra en los discursos. Además, existen aquellas y aquellos que cambian de bando, que muchas veces atribuyen el sentimiento de pertenencia más a cuestiones coyunturales que a transformaciones esenciales. Por ello, es posible pensar a la identidad como una búsqueda, más que como característica inmutable del sujeto.

En las siguientes líneas se abordarán los conceptos que permitirán el análisis de la realidad propuesta, presentando las discusiones que estos marcan, las cuales se pretenden estimular. Desde los “estudios culturales” hacia la “cultura popular” se desarrollará un marco conceptual que pretende construir una mirada sobre la identidad inmersa en la complejidad de una época.

Estudios culturales

La búsqueda de una nueva perspectiva, que perciba un fenómeno en permanente transformación, comienza a retratarse a mediados del siglo XX, con las distintas críticas en las ciencias sociales y a partir de los llamados “estudios culturales” (Hoggart, 1957; Hall, 1964; Thompson, 1963), abriendo un campo de indagación interdisciplinar, que se concentró en la realidad de la Inglaterra de la post-guerra.

Otra de las claves teóricas que construyen esta mirada son las investigaciones antropológicas sobre etnicidad (Barth, 1976), donde se comienza a entender a la identidad como un fenómeno dinámico, cambiante, destacando su carácter subjetivo, evocando un proceso identitario continuo.

El constructivismo pone en la academia nuevas discusiones y deja de lado la identidad como esencia, fija e invariable; va a pensar a la identidad como un proceso de construcción, tal como cualquier objeto material, poniendo el foco en lo que no se “es”, más que en la propia estabilidad de las características. Lo que se construye es una diferenciación, un límite que nos separa de otros, algo que une y divide a los grupos sociales. Esto es lo que Hall entiende como la producción de un “efecto de frontera” (2003), ya que se entiende que las identidades se producen a partir de las diferencias y no de lo permanente, una tesis ya propuesta en las demostraciones empíricas sobre los grupos étnicos por Barth en 1976.

Desde entonces, la identidad entiende que hay otro, se construye en relación con otro sobre el cual se trazan límites, es por ello que se comienza a entender como la discriminación entre un nosotros y ellos, un “afuera constitutivo” (Hall, 2003) del que hay que diferenciarse.

De este modo, la identidad como proceso activo, como producción, es una construcción que cada actor hace para diferenciarse, algo que se vuelve más proclive al fenómeno que aquí se pretende analizar. Sin embargo, los esencialismos no fueron dejados de lado por fuera del sentido común, es por ello que la búsqueda que aquí comienza es analizar cómo se vive la identidad, Alabares propone pensarla como:

Relato de una esencia que no es tal, pero que se vive como si lo fuera. No se es: se dice que se es, pero en la práctica, las

conductas, actitudes, los sentimientos, se actúan en función de esa identidad. Y en eso consiste su importancia y eficacia... (Alabarces, 2014:14)

Es aquí que el término se vuelve algo paradójico; la difusión del mismo ha hecho que se utilice de forma ambivalente. Rogers Brubaker y Frederick Cooper hacen una crítica profunda al término (2001), al cual lo consideran tanto de uso cotidiano ("Categoría de la práctica"), como de uso analítico, algo recurrente. El problema es que las ciencias sociales no han sabido adecuarlo para su empleo metódico, ya que se ha utilizado para definir nociones contradictorias, intrincando el análisis.

Por ello, para escapar de la reificación de la categoría, proponemos pensarla dentro del lenguaje, puestas en juego en el discurso. Si hay algo inobjetable es que existen discursos sobre la identidad y estos pueden brindar pistas para entenderla:

Precisamente porque las identidades se construyen dentro del discurso y no fuera de él, debemos considerarlas producidas en ámbitos históricos e institucionales específicos en el interior de formaciones y prácticas discursivas específicas, mediante estrategias enunciativas específicas. (Hall, 2003:18)

La interpretación de estrategias y el análisis del contexto serán el sendero a recorrer para el entendimiento del fenómeno, que al mismo tiempo, no forja un comienzo absoluto, sino que es en el juego mismo de construcción que estas cobran sentido. "De tal modo, las identidades son puntos de adhesión temporaria a las posiciones subjetivas que nos construyen las prácticas discursivas" (Hall, 2003:20).

De este modo, se propone aquí al concepto como estratégico y posicional, en tanto define una posición social adquirida, que al mismo tiempo se proyecta en relación a otras como un proceso nunca acabado.

Este modo de entender el proceso identitario tiene que ver con prácticas y representaciones que delinean los mismos actores, pero a la vez con sus formas de contarlas y transmitirlos al lenguaje corporal o discursivo, a las formas de adherir o no a una posición, a un sentido provechoso o adecuado para posicionarse, a las disputas que puedan ser captadas.

Las prácticas discursivas construyen un imaginario sobre el otro, sobre el que se proyecta la identificación y una imagen de sí mismo, que es reconstruida para

hablar sobre nosotros mismos. Estos relatos circulan en el grupo de pertenencia, interpretando un pasado que define posiciones.

En este proceso, se ponen en juego relatos o formas de narrar hechos pasados que pueden significarse en el presente, como una construcción casi mítica, que remite a una selectividad en los hechos representados.

De este modo, tanto las canciones que se entonan en la cancha, las frases que se estampan en banderas o los relatos sobre hazañas y partidos hacen referencia a la construcción de otro tanto como la consolidación del grupo propio, las categorías que de aquí deriven serán incidentes necesarios para el análisis.

Los grupos de pertenencia comparten cotidianamente estos marcos de acción, pero para terminar de delimitar este concepto, debemos ir hacia la historización de los mismos en el tiempo, las significaciones que con el correr del tiempo van fraguando formas de sentir y de conocer el mundo.

El intelectual argentino, Alejandro Grimson, propone dos conceptos que complementan el análisis sobre los procesos identitarios, el de “experiencia” y de “sedimentación” (2004), ya que ambos dan cuenta de una trayectoria anterior, de un repertorio de significados, pero además plantean su presencia activa, de manifestación presente.

En cada grupo humano, hay una “experiencia compartida” que hace a una unidad construida y en construcción, un tiempo transcurrido de adscripción a un grupo que produce, a través de las narrativas y los significados, una forma de entender el mundo, además de construir las líneas divisorias del propio grupo.

En su relación al territorio, se puede entender como una “experiencia común” de habitar los mismos lugares, sin, quizás, haber compartido experiencias conjuntas o haber coincidido en los espacios. De este modo, hay una unidad en la “persistencia de necesidades” que son satisfechas en los mismos lugares y desde las cuales se construye una visión del territorio (Segura, 2015). De este modo, escuelas, clubes, calles o plazas forman parte de experiencias ligadas a la niñez o a la juventud, por ejemplo, y que construyen tanto diferencias como unidades.

Estas fronteras pueden ir transformándose, pero nunca desaparecen. Los límites simbólicos construidos nunca dejan de estar presentes, mediados por la historia están activos; en cierta forma, es la historia compartida, depositando sus significados en el presente. De este modo, es que los grupos no solo construyen una

identificación en una situación dada, sino que también proceden de situaciones anteriores que tienen algún tipo de significado. La experiencia condensa sentidos, conectando una historia a una perspectiva de futuro.

Para seguir indagando en los aportes conceptuales propuestos para el análisis que se llevará adelante, me parece importante delimitar dos conceptos que si bien se encuentran muy relacionados, no deben confundirse, ya que muchas veces las fronteras culturales e identitarias aparecen solapadas.

Hay que analizar ambas cuestiones por separado, aunque en la realidad puedan coincidir, distinguiendo entre las fronteras de significados y las fronteras de sentimientos de pertenencia. De hecho, en los discursos identitarios, Grimson (2010) postula un encastre perfecto entre ambas categorías.

Estas diferenciaciones tensionan los conceptos esencialistas que unen la cultura a la identidad, como también se suele reproducir en el sentido común. Hablar de una cultura, en la primaria idea antropológica, era referirse a territorio, comunidad e identidad, algo así como la idea del nacionalismo, una homogeneidad que poco a poco se fue construyendo como tal.

Cabe destacar que desencastrar estas concepciones en el análisis remite a pensar que dentro de un grupo social del cual todos sus miembros se sienten parte, no necesariamente hay homogeneidad cultural (Grimson, 2010), por el contrario es mucho más complejo, los agentes recurren a estrategias que permiten identificarse con categorías que quizás son impensadas dentro de las significaciones culturales clásicas.

Las personas se perciben como “hombres”, “mujeres”, “negros” o “pibas”, dentro de categorías posibilitadas por las prácticas y cotidianidades de la cultura, estas categorías son “posiciones subjetivas” (Hall, 2003) que se forjan en el proceso de identificación. La cultura ofrece estos significados con los cuales nos entendemos como individuos y como grupo.

Si bien la modernidad ha llevado a procesos de diversificación cultural y la deconstrucción de las unidades homogéneas, a partir por ejemplo de las inmigraciones y la globalización, la cultura no es una “diáspora” donde cualquier sujeto puede identificarse con cualquier significación, sino que a pesar de los procesos de hibridación o particiones de los grupos culturales, la tendencia es que los agentes relacionados hablen un mismo idioma y no sean mayormente bilingües o

que compartan otras costumbres cercanas. Existe una cultura que determina ciertas pautas, no sin ser reconstruidas en los agentes y sus grupos próximos:

Así, en un contexto histórico específico una sociedad tiene una caja de herramienta identitaria, un conjunto de clasificaciones disponibles con las cuales sus miembros pueden identificarse a sí mismos e identificar a los otros. Algunas de esas categorías son antiguas, otras son emergentes, algunas fueron fabricadas a su interior, otras han viajado desde lugares remotos. (Grimson, 2011: 184)

Consideramos que la identificación es siempre una definición de los actores sociales y no una conclusión objetivista del investigador. En ese proceso de circulación social de categorías y clasificaciones humanas, se disputan sentidos, desigualdades y jerarquías. Esas disputas son factibles porque se comparten las categorías, porque los significantes se anudan a algún significado, aunque no necesariamente al mismo.

En este marco, se entenderá la identidad solo dentro de los discursos que la contienen, interpretando la producción de fronteras que delimitarán los grupos de pertenencias y las otredades que los agentes proponen. Esta perspectiva estratégica otorgará producción y posicionamiento dentro de las lógicas culturales de las que pretenden hacer parte.

De esta forma, se podrá dar cuenta de las actuales construcciones identitarias sin esencializarlas, ni pensarlas por fuera de las transformaciones que le esperan en los activos procesos de significación.

Repertorios culturales

Siguiendo en la trama de pensar la cultura como un elemento complejo y dinámico, que sedimenta significados que promueven su reproducción, se pretende enmarcar a los agentes dentro de ciertas posibilidades de acción y entendimiento, cercanas o lejanas a los mismos por las desigualdades de poder imperantes.

La cultura, escapando del paradigma occidental, no debe ser pensada solo como una esfera donde se construyen significados, sino como una dimensión que atraviesa toda la vida social. “La cultura no es relevante porque sea una esfera; es relevante porque no existe ningún proceso social que carezca de significación”

(Grimson, 2011:41) .Cuando la teoría discute si las determinaciones económicas, como esfera separada, preponderan por sobre la cultura, no dan cuenta de que es un proceso total que siempre está atravesado por significaciones, no hay intercambio sin significados.

Como la canonizada obra Weberiana afirma, la cultura es un tejido de significaciones que el individuo elabora para interpretar el mundo, imponer significación a la vida es el fin primordial y la condición primaria de la existencia humana (Weber, *The sociology of Religion*, 1963). Estos significados son los recursos para interpretar al mundo a disposición de cada agente. De este modo, los significados no son ilimitados, nos encontramos en un momento histórico y en una situación particular que los limita, haciendo posibles algunas maneras de conocer el mundo y a otras posibilidades inalcanzables, ya que no hay acceso a ellas.

Las limitaciones en el acceso a las significaciones hace que no todos conozcamos el mundo de igual manera, y que las formas de conocerlo varíen de acuerdo a esas posibilidades, o no, de interpretarlo; esto conecta al actor con la sociedad, con los otros y con la relaciones de poder que configuran el acceso a estos repertorios.

De este modo, se puede entender que tanto la cultura y la identidad se debaten “un espacio en el cual hay tramas simbólicas compartidas, hay horizontes de posibilidad, hay desigualdades de poder, hay historicidad” (Grimson, 2011, pág. 21). Este espacio de interrelación entre las partes conforma una “totalidad”.

Será pertinente un análisis de la cultura como una “configuración”, como un armado de totalidad entre partes interrelacionadas, a partir de marcos simbólicos compartidos; existe una interacción, algún tipo de entendimiento, algo compartido entre las mismas. Esto se construye con la historicidad de los “campos de posibilidad” que varían y constituyen lógicas de relación, entre quienes disputan esas posibilidades. En el espacio social, hay representaciones, prácticas e instituciones que son posibles, unas imposibles y otras que llegan a ser hegemónicas (Grimson, 2011).

El poder nunca es ajeno a las dimensiones que se abordan. La cultura tiene un lugar ineludible en esta relación y su teorización ha conllevado discusiones que complejizan el entramado de significados, sin dirimir dificultades para su abordaje.

En las ideas más esencializadas del término cultura, se dirimía a la misma en la distinción entre “alta” y “baja” cultura. Se hablaba entonces de una partición al interior de la sociedad (y no solo entre sociedades), distinguiendo a quienes “alcanzaban los bienes culturales más jerarquizados de quienes no accedían (por limitaciones materiales y cognitivas) a ellos” (Miguez & Seman, 2006), muchas veces, entendiendo a los repertorios menos valorados como una repetición “grotesca” de una cultura verdadera, la que comandaba el proceso evolutivo.

En búsqueda de un concepto que identifique los campos de sentidos que se presentan en este trabajo, se considera a la “cultura popular” como adecuado, ya que contiene las vicisitudes que se presentan, implicando un ordenamiento a la difícil relación entre cultura y poder. Primero, vale destacar la importancia de la “relativización” como forma de una interpretación no centrada en las acepciones del investigador, o de la cultura dominante, que universalizan experiencias pertenecientes a una clase. Tampoco se pretende la indagación sin ningún tipo de trabajo de abstracción, casi como una negación a la “teoría”, sino que se considera ir hacia la comparación como herramienta teórica para entender distintos “casos” en los que la “cultura popular” puede significar una unidad compartida de sentidos.

Miguez y Seman (2006) proponen entenderla como una “producción cultural de los sectores subordinados”. Apartándose de explicar la cultura de los sectores dominados, como una respuesta determinada de las producciones de la clase dominante, más bien cabe preguntarse: “¿Por qué prefigurar a la cultura de los sectores populares como un gusto que emerge de su *estado de necesidad* y que de ninguna manera estaría constituido por sus *grados relativos de libertad*?” (Bourdieu, 1976; 1997).

Es por ello que la cultura no es meramente determinada a partir de una posición en una estructura social, sino que es en relación a otros que comparten sentidos, que estructuran la gestación cultural de las propias prácticas y significados. Este proceso, que se construye como experiencia colectiva, se supone inmerso en lógicas de poder que diferencia legitimidades y capacidades de adquirirlas

La experiencia de la subordinación se manifiesta inicialmente como una amenaza psicológica a la autoestima y a la integridad personal. El sujeto se encuentra colocado entre los grupos que a la luz de otras miradas sociales, muy potentes y plenas de consecuencias, tienen menos valor y, de hecho, están insertos desfavorablemente

en relaciones de distribución y apropiación de bienes materiales y simbólicos para asegurar su propia subsistencia y bienestar. (Miguez & Seman, 2006:14-15)

De este modo, las “culturas populares” incluyen prácticas y representaciones de experiencias sociales con menor participación en la distribución de recursos que se regulan a sí mismas por una matriz cultural común. En este punto, se puede relacionar a la “cultura de masas”, propuesta por la escuela de Frankfurt sin caer en determinismos clasistas, que no quita la ambigua articulación que muchas veces conllevan.

Aquí también se enriquece la noción de “experiencia”, devenida de una pertenencia de clase, que supera solo al posicionamiento estructural para recrearse como comunidad con experiencias e intereses opuestos a otras (Thompson, 2012), algo de suma importancia en las categorías identificadoras y en cómo se plasmarán las organizaciones e instituciones propias en el caso.

Miguez y Seman proponen en un segundo nivel de abstracción que consiste en “historizar” lo que se entiende por “cultura popular” en un determinado tiempo y espacio. En este plan es que sitúan tres características propias a estas culturas, “fuerza, jerarquía y reciprocidad”, en una lógica del “post-trabajo” como propia de la actual época (Miguez & Seman, 2006).

Estas categorizaciones serán vitales a la discusión en el campo abordado, donde se expondrá un repertorio cultural propio de sectores populares, pero que se configurará variablemente en torno a identificaciones que necesitarán de las categorías nombradas, como construcción de prestigio propio y ascenso social por medios no convencionales.

El fútbol como escenario conlleva el entrecruzamiento estratégico de los discursos identitarios y repertorios culturales, entendidos dentro de una cultura reguladora propia del campo. El “aguante” será el repertorio regulador de prácticas con el que se analizarán los escenarios, por ser el fútbol uno de los principales espacios de construcción de estas lógicas.

Los discursos sobre identidad, presentes en banderas o cánticos, serán factor de indagación, ya que de los mismos se condicionarán los sentidos presentes en cada parcialidad. La diferenciación de repertorios, interpretados en la práctica cotidiana, se vincularán a las etiquetas que van ordenando el espacio social; las

conductas esperables de cada quien serán datos preponderantes; será también primordial en la labor de construir identificaciones y posicionarlas en el campo cultural, ya que a partir del mismo se pueden definir qué repertorios se encuentran más legitimados.

La cultura del aguante

El marco cultural que ordena las prácticas, en mayor o menor incidencia, de los agentes en el espacio social del fútbol es “el aguante”, concepto con el cual se vienen discutiendo los estudios sociales del fenómeno y al que se pretende abordar en el trabajo.

El aguante, como dice Verónica Moreira, es la forma de nombrar al código de honor que organiza las prácticas de la “hinchada” como colectivo (2007). Cabe la aclaración, que el término “hinchada” es utilizado de diferentes modos en cada caso de investigación, ya que nuclea a colectivos distintos en cada uno. Mientras en muchos de los trabajos citados, “*hinchada*” aduce solo a hinchas organizados o “barra brava”, en esta investigación se propondrá la categoría nativa de *hinchada* como colectivo heterogéneo de hinchas del equipo, asistentes a un partido, ya que se entiende que cualquier persona que “está en la *hinchada* de x” forma parte, aunque sea como tipo ideal de “espectador”, de la *hinchada* del club.

De esta forma, y como se expondrá en este trabajo, “aguantar” tendrá distintos significados y abarcará distintas prácticas que se relacionan siempre al prestigio, a las estrategias de producción y conservación de honor en cada grupo que componen las *hinchadas*. Desde ir a todos los partidos de local o visitante, trabajar arreglando instalaciones hasta empezar una pelea en la cancha tendrán como sentido “aguantar”.

Este código puede apropiarse de distintas maneras y comprender diferentes acciones por parte de cada agente, pero siempre implica una construcción de lazos de solidaridad con los propios, y una serie de alteridades que se soportan o se resisten, entre las que se encuentran las otras *hinchadas* como la otredad a diferenciarse, pero además, la policía, el árbitro, los agentes climáticos, los viajes, cualquier amenaza contra la integridad propia.

“Aguantar” implica siempre un esfuerzo, que es destinado a los propios y expuesto ante otros, es una forma de compartir una resistencia del cuerpo ante una alteridad. Para aguantar siempre hay que poner el cuerpo, estar, también sufrir.

Este código moral, que deviene en una “cultura” próxima a los sujetos “hinchas”, viene siendo interpretada como una lógica propia de repertorios que hegemonizan el espacio futbolístico, reproducido por la totalidad de actores que dé el participan: Hinchas, jugadores, periodistas, dirigentes, etc.

Como se expondrá más adelante, en el campo abordado, “aguantar” es una demostración de afecto al club y a la comunidad que este construye; es una acción ligada al afecto, que no siempre se relaciona con la violencia física, pero que siempre involucra un soportar con el cuerpo, una exposición del mismo y un daño físico.

La propuesta de los investigadores viene siendo el análisis del mismo en tres dimensiones del aguante: una “retórica del aguante” donde se construye un lenguaje y metáforas propias, que responden, entre otras cosas, a la masculinidad como género dominante, expresándose en cánticos o gritos “folcklorizados”, dentro de un estadio de futbol. También, aparece una “estética del aguante” como una construcción de corporalidades y bellezas diferentes a la hegemónica, cuerpos robustos, heridas y tatuajes pasan a ser particularidades acordes al “aguante”. También, se hace fundamental reconocer una “ética del aguante” como una categoría moral propia, que divide entre amigos/enemigos, buenos/malos y, principalmente, legitima - o no - en determinadas situaciones, el uso de la violencia. Aquí, es donde se construye una forma de oposición entre lo bueno y lo malo para el colectivo propio, que deberá poseer más “aguante” que los demás (Alabarces, 2006).

También, en esta propuesta se reconocen grupos organizados, llamados comúnmente “barrabravas”, categoría estigmatizante que es renombrada simplemente como “*hinchada*” en los antecedentes citados, designada como una comunidad de pertenencia que se define por la posesión de “aguante” (Alabarces, 2004; Garriga Zucal, 2005; Garriga Zucal; Moreira 2006) y que se diferencian de otros hinchas como portadores preferenciales del aguante, ya que encuentran en la violencia física un carácter de identificación.

A la vez, los mismos autores reconocen otros tipos ideales dentro del público que asiste a los estadios, los “hinchas militantes” (Archetti, 1985), quienes tienen una participación activa, planificando actividades dentro y fuera del club, también, muchas veces, participan de enfrentamientos violentos, pero se diferencian la “barrabrava”, a quienes les cargan otras categorías violentas y denigratorias. Por último, se construye el tipo ideal del “espectador”, como aquellas personas que se dedican, exclusivamente a seguir el partido y participar, o no, de las propuestas de aliento del resto de los grupos, sin poner en juego su honor o la disputa de un prestigio, ni su masculinidad en el espacio.

Estos tipos ideales serán una herramienta para pensar las formas de identificarse, en el actuar de cada grupo de personas que se acerca a participar del partido de fútbol. En ellos, hay una cuestión que, a mi entender, es la delimitante de cada sector y es la participación activa en la violencia física, ya que si bien, la misma es legitimada por todos, hay sujetos más caracterizados con la misma. “La barra” es el “sujeto violento” en los discursos circulantes en el entorno, parece entenderse que sin ellos la violencia no existiría. Del mismo modo, “la gente común”, quienes no se identifican como “barras”, son los despojados de violencia.

Fútbol y violencia

El análisis del mundo del fútbol está tendencialmente emparentado con el fenómeno de la violencia. Los actores partícipes de este deporte se acostumbran a nombrar y referirse a la violencia como algo cotidiano, constante y difícilmente separable del espacio.

Como bien se expone en “Deporte y ocio en el proceso de civilización” (Elias & Dunning, 1992), la violencia es en parte una cuestión fundante de los deportes modernos, que proponen practicar el “autocontrol” ante las emociones instintivamente violentas. Esta “mimesis” de tensiones de subsistencia dentro del campo vuelve al juego un método disciplinador para las emociones cotidianas.

Pero, más allá de lo que ocurre como deporte, la violencia también es nombrada como contrapuesta al deporte mismo, ya que diversos hechos hacen que el orden programado del juego se rompa por acción de sus mismos protagonistas.

Tanto hinchas como jugadores provocan situaciones que desbordan el orden establecido.

Para interpretar estos hechos, no basta con entender a la violencia como un “síntoma” de incivilización, propio de individuos “salvajes”, incapaces de vivir en sociedad, sino que debe atenderse a su complejidad, integrando su carácter multiforme y multicausal (Isla A. , 2007).

Primeramente, como se describe al comienzo, la violencia está atravesada por las relaciones de poder presente en la cotidianeidad de las interacciones sociales, “el poder es una característica estructural de todas las relaciones humanas” (Elias, 1999, pág. 74), es por ello que debe ser entendida como carácter cultural, atravesado por significados disimiles y, principalmente, por lógicas de poder imperantes. De este modo, no puede pensarse la violencia sin el análisis de las relaciones de dominación, demarcando las asimetrías posibles entre grupos hegemónicos y subalternos.

Lo que se define por violento en cada sociedad corresponde a un tiempo y espacio específico, ya que se modifican de acuerdo a los cambios en las estructuras de sensibilidad y comportamiento en cada momento histórico. Es por ello que se denominará “umbral de violencia” (Elias, 1993) a ese límite que legitima a algunas prácticas y no a otras como apropiadas.

Dentro del campo indagado, la violencia se puede entender como recurso, el “aguante” implica muchas veces reproducción de violencias, pero a la vez permite entenderla como recurso identitario (Cabrera, 2012), una estrategia de construcción de lazos de solidaridad a través de su positivización axiológica.

Además, la violencia se vincula a otras esferas de socialización -no solo al ámbito del fútbol- que hace que los actores involucrados vivan una experiencia de la violencia que es desigual, como en el caso de los géneros, las experiencias en el barrio, la escuela o el baile hacen muy disimiles la percepción de la violencia en cada clase.

Es en este sentido en que la violencia cobra importancia para el análisis de este caso, ya que conjuga características que hacen diferenciar a los actores en el campo; si bien la violencia se reproduce con la participación de todos, hay quienes cargan los estigmas (Goffman, 1970), “los violentos”, “zarpados” y aquellos capaces

de aparecerlas y recrearlas, lo que se podría entender como “emprendedores morales” (Becker, 2009).

De esta forma, se podrán indagar las derivas de la violencia en la relación entre las *hinchadas* puestas en cuestión, teniendo en cuenta cuáles acciones son cuestionadas y cuáles legitimadas. Al mismo tiempo, permitirá la búsqueda de violencia entre hinchas en la misma *hinchada*, haciendo exhaustiva la explicación del orden que rige las identificaciones actuales. La suspensión de un partido, el reconocimiento o no de sus causalidades y el señalamiento de ciertos grupos harán parte de este proceso.

Capítulo 2:

Agro-futbol

El futbol existe en la urbanidad, desde la Inglaterra industrial del siglo XIX. Desde entonces, se desarrolla y esparce por el mundo occidental en expansión, disimulando cualquier frontera, pero ¿existe un futbol más allá de las grandes ciudades? Hay un terreno inexplorado que no aparece en el mapa del futbol, que aporta a la concentración demográfica, simbólica y económica a la que el país acostumbra.

Más allá de la capital, el futbol no solo que existe y se juega, sino que se construye a la par de la creciente urbanidad, proponiendo significados que quizás innovan en cuanto a trascendencia. La cultura del futbol se hace y se vive en las pequeñas urbanidades del “interior” del país, en una fusión que la ubica en el centro de la escena, articulando importantes aristas del orden social.

Esta sección será importante para construir una coyuntura que enmarque el desarrollo del fenómeno a analizar, describiendo las características propias que hacen al espacio social del futbol monteboyense, ubicándolo y posicionándolo en un campo nacional.

Será necesario esbozar un proceso que enmarque las identidades presentes en una época y una condición material que las hace posible, marcando rupturas o continuidades que dan forma a las mismas, en un plano histórico. El proceso de profesionalización del deporte será una de las aristas que resignificará las relaciones en torno al futbol.

Parte de esas transformaciones serán expuestas posteriormente, impulsando un acercamiento a la importancia que van tomando como movilizadoras de personas y recursos que se ponen a disposición de la actividad. También, se pretende un acercamiento al escenario donde las “*hinchadas*” desenvolverán su hacer, desde las secuencias cotidianas de un partido de futbol, a la organización institucional de los clubes.

Esta larga trama de análisis y densas descripciones participarán como trasfondo de las categorías de identificación que abren pasó a las relaciones entre

ambas “*hinchadas*”. Detrás de las expresiones identitarias, existe este marco organizativo que las posibilita tanto como las limita y muchas veces las tensiona.

La profesionalización del “campo”.

La producción, circulación, distribución y consumo de los recursos materiales es un asunto de los más debatidos en el ordenamiento de las sociedades y sus distintos grupos. Las transformaciones en las formas de producción suelen trastocar todas las condiciones materiales que estructuran una población. Las entidades deportivas están sujetas a la toma de decisiones en estos ámbitos, ya que al proponer sobre los espacios de “ocio” de la población, son un factor de transformación importante.

Como bien proponen Elias y Dunning (1992), el “ocio” no es una esfera separada del trabajo, sino que es un tiempo que se hace cada vez más productivo, no solo en proporcionar ejercicio físico a sociedades cada vez más industrializadas, sino también en la “educación” de las emociones. Los deportes contemporáneos se han vuelto, cada vez más, herramientas productivas, complementarias al tiempo de trabajo que hacen que este sea mejor aprovechado.

Es por ello que las decisiones de los clubes, no son ajenas a las necesidades de una sociedad productiva, invertir recursos en el ocio se ha vuelto una constante para cualquier miembro de la sociedad, proponer esas actividades y administrarlas es central en la vida social moderna.

En Monte Buey, la actividad productiva de mayor importancia es la agricultura y en segundo lugar, aunque bastante más desplazada, la ganadería. Esta actividad es entendida como “motor productivo del país”, ya que al obtenerse un producto exportable al comercio internacional, genera ingresos que sirven al desarrollo progresivo de otras actividades. El estado nacional se fundó sobre un modelo “agroexportador” que se basaba sobre esta idea. Además, se le carga un prestigio característico, ya que por la posición adquirida en alguna época, nuestra nación fue denominada “granero del mundo” haciendo referencia a la potencia de su agricultura.

La pampa húmeda, denominación que recibe el territorio del centro del país, sufrió transformaciones que modificaron notablemente el paisaje y la vida social, a

raíz de cambios en su modelo productivo. Los amplios llanos sin fronteras, que eran en un principio poblados por animales para el consumo, fueron dando paso a un proceso de agriculturización y de posterior industrialización en el sistema. Al mismo tiempo, paso de ser una actividad de subsistencia del campesinado, a una actividad reproductora de excedentes y capital del empresariado (Gras, Expansión agrícola y agricultura empresarial: el caso argentino, 2013); (Gras & Hernández, La Argentina rural - de la agricultura familiar a los agronegocios, 2009).

Los cambios, que favorecieron este proceso, comenzaron con el incremento de la productividad agrícola desde principio de la década del ´70, en nuestro país y que se intensifica con la creciente tecnología vinculada al agro, llamada “revolución verde”. Nuevas maquinarias eran combinadas con innovadoras prácticas, e insumos químicos eran factores claves de un paquete tecnológico que ahora incluiría una doble cosecha anual gracias a las nuevas semillas. El incremento del volumen producido añade más rentabilidad en cada unidad productiva, aunque siempre se encuentra esto ligado al comercio internacional, que establece los precios de una actividad del tipo de “competencia perfecta”.

Esto se intensificó en los años ´90, con la disolución de los organismos estatales que regulaban el comercio, por ejemplo la “Junta Nacional de granos” y la posterior autorización para la introducción de semillas genéticamente modificadas. En 1996, aparece la soja transgénica que desplazará a otras especies para instalarse como “monocultivo”, dada la eficacia y los mayores excedentes.

Monte Buey tuvo un rol vital en este proceso, por lo cual es reconocido como capital de la “siembra directa”. Una práctica agrícola que propone la “labranza cero”, que protege el suelo favoreciendo, entre otras cosas, la conservación de humedad, pero además beneficiando aún más la reducción de costos en la actividad.

El fin del plan de convertibilidad en los comienzos del nuevo milenio planteó un escenario económico que favorecía a los productos exportables como los cereales y oleaginosas. La soja, que poco a poco cubrió todo el territorio cultivable de la pampa húmeda y modificó el territorio en todos sus aspectos, es la protagonista de una economía nacional cada vez más dependiente.

Estos cambios no solo transformaron los territorios propios, sino que permitieron la expansión de la frontera agrícola, que llevo a desarrollar la actividad en lugares donde anteriormente era impensado, desbordando la frontera de la

pampa húmeda hacia nuevas latitudes. La combinación de los factores anteriormente desarrollados hicieron al “boom de la soja” (Hernandez, 2007), provocando el interés de invertir en un negocio que resulta cada vez más rentable.

Los enclaves familiares fueron reconvirtiéndose, los crecientes costos en tecnología y distintos productos necesarios para maximizar la producción favorecieron a los grandes productores que podían afrontar las inversiones. Proponiendo un nuevo lenguaje y una nueva concepción del sistema, el nuevo modelo empresarial comenzó a hablar de “comodities” o “especialities”, dejando de lado la producción en pequeña escala para dar paso a los “pools” de siembra, incluyendo una cotización en la bolsa de capitales.

Este proceso se configuró como una transformación de la agricultura familiar hacia el llamado “agro negocio”, que derivó en una “agricultura sin agricultores” (Giarraca, 2005). También, según otros autores, se constituyó como un modelo extractivista (Gudynas, 2015), insertándose en cadenas de producción internacionales como “enclaves globales”, que hacen a la circulación dinámica de recursos hacia los centros industriales para la producción, contribuyendo solo a alimentar problemas ambientales en las zonas de extracción.

Las poblaciones de la región pampeana, como las del caso de estudio, son los sectores más afectados, ya que hay una transformación territorial que pone en tensión las categorizaciones entre los mundos urbanos y rurales. Muchos de los pequeños productores ya no trabajan sus tierras, casi en su totalidad los habitantes del “campo” pasaron a vivir al “pueblo”, formando parte de la dinámica relacional del mismo. Este proceso genera que grandes volúmenes de ganancias circulen en las mismas localidades donde se asientan. El mayor crecimiento demográfico y la intensificación del trabajo del sector urbano hacen, entre otras cosas, al cambio de relaciones sociales de sus habitantes.

Los tiempos de “ocio” se modificaron, las familias rurales que trabajaban casi todo el día en la reproducción de su vida material, produciendo sus propios alimentos, se volcaron cada vez más al consumo de productos industrializados, así también los espacios rurales de ocio se desintegraron en la propuesta de las industrias culturales y las propias lógicas ociosas del “pueblo”.

En el caso monteboyense, las identificaciones con la ruralidad comenzaron a transformarse; entrar en las lógicas culturales del pueblo implicó abonar cada vez

más a la disputa entre “lados”, deshaciendo cada vez más una diferenciación entre “los del campo” y “los del pueblo” categorías de identificación que tuvieron alguna trascendencia en la época de mayor vida rural.

Esto no debe entenderse como una desaparición de las identificaciones, sino que al transformarse las condiciones, comienzan a abonarse algunas con más intensidad que otras según las situaciones y, en el fútbol, la rivalidad entre lados comienza a interpelar a una población que se encontraba dispersa en el espacio rural. Quienes se mudan al pueblo, ocupan un lugar en el territorio, norte o sur, las lógicas territoriales recobran más fuerza.

Esto conllevó a la toma de decisiones en todo ámbito. Las instituciones tienen nuevas posibilidades y, además, nuevas preocupaciones. El despegue en los excedentes agrícolas le da mayor trascendencia a las actividades locales. Se comienza la festividad de la siembra directa y, desde el año 1999, se hace todos los años con la participación de la mayoría de las instituciones de la localidad.

El fútbol también toma otras iniciativas. Según sus propios protagonistas hay intenciones de dar un salto cualitativo, una búsqueda de competitividad y profesionalización que se ve reflejada en la obtención continua de títulos.

Los clubes abordados presentan una decisión política de progresiva “profesionalización” de sus equipos de fútbol, que en consonancia con transformaciones en el modelo productivo, permitió que las iniciativas sean posibles y puedan seguirse desarrollando. Las variaciones en la estructura económica inciden directamente en estas actividades, por ejemplo: mientras se desarrollaba el trabajo de campo, en *la liga* se tomó la decisión de jugar dos *clásicos* en cada torneo, para favorecer las ganancias de los clubes, de cara a la crisis económica que hacía complicar la economía de los mismos. Al mismo tiempo, el periodo posterior a la crisis económico-política de 2001, hubo un proceso de transformación e incertidumbre que se refleja en la escasez de público en los estadios y equipos, que estancan su inversión en refuerzos para presentar mayor cantidad de jugadores locales. El fin de la “ley de convertibilidad” revierte la situación económica del sector agropecuario, que con la mayor cuantía de recursos potencia rápidamente una organización y el afán de competitividad que nunca se habían perdido.

Es preciso destacar cuales son los signos que se entienden como “profesionalización”; un proceso de transformación en varias dimensiones que

atañen al fútbol masculino, que dejó de ser una actividad eminentemente de “ocio”, de los fines de semana, para convertirse en un trabajo de todos los días.

La transferencia de recursos económicos se hace más dinámica a partir de los sponsors, casi siempre locales, que van poblando con nuevas propagandas tanto el estadio como la camiseta. Las firmas vinculadas al agro, cada vez más vinculan sus excedentes a los clubes, representadas en la camiseta, pero también en eventos publicitarios que hacen a la “modernización” de las organizaciones deportivas.

La variable más renombrada por las y los informantes es la de los “refuerzos”, ya que se comienzan a contratar más frecuentemente jugadores de otras localidades con experiencias en otras categorías nacionales o ligas de las principales ciudades, algo que siempre estuvo presente, pero que cobra mayor organicidad e institucionalidad, en los acuerdos salariales con sumas crecientes y la conformación de planteles estables.

Pero, además, se deslizan otras cuestiones no menos importantes. Hay una creciente organización que capta cada vez más energía detrás de la actividad: la especialización de los jugadores permitida por la salarización completa del plantel, incluyendo directores técnicos, ayudantes y preparadores físicos. Esto hace que se entrene, como en el fútbol profesional, de martes a viernes. Aquí se vislumbra una de las aristas fundamentales de la profesionalización.

Este progresivo proceso tiene, quizás, su punto más álgido en las modificaciones a los estadios que comienzan en 2004 y se intensifican para adecuarse a las normas dispuestas por AFA, para la participación en el “Argentino C”¹¹. Lo que comienza con un mejoramiento del terreno y cuidado del césped, continua con el muro que acompaña al alambrado perimetral del campo de juego y culmina, por ahora, con el riego artificial, que permite un campo de juego perfecto. Estas obras de infraestructura son algunas de las mejoras. También las hay en vestuarios y demás espacios de los clubes que sintonizan con la profesionalidad.

La etapa de profesionalización, se institucionaliza en la Liga Bellvillense, a partir del año 2004, con la división de dos categorías, A y B, y el auto-reconocimiento del profesionalismo, preponderando a las instalaciones como variable definitoria en la jerarquización de los equipos en una u otra categoría.

¹¹ Antiguo torneo que representaba la 5ta categoría del Fútbol argentino, hoy desplazada por el “torneo federal amateur”.

Este punto de inicio en la profesionalización es marcado en el club Matienzo en el año 1996. Esta renovación que tiene causantes disimiles, según cada informante, eficazmente consiguió - para alegría de los propios - la obtención del título de la liga en ese año y al año siguiente (1997), 10 años después de la última consagración.

Esta iniciativa se completó años después, cuando el club San Martin fue hacia el mismo objetivo, luego de 20 años sin títulos, fortaleciéndose con el hecho trascendental de la primer final entre ambos clubes locales en el torneo apertura 1999. En él se coronó el club albiceleste, precediendo una cadena de finales entre si y títulos obtenidos anteriormente imaginada.

Desde entonces, los clubes de Monte Buey crecen en prestigio, pasan de obtener un título cada 10 años (en el mejor de los casos) a competir entre los primeros puestos todos los torneos, además de convocar más energías, personas, jugadores y demás profesionalizaciones progresivas que se dan en el deporte. Las estadísticas reflejan algo de lo que cambió.

Los clubes que anteriormente no ocupaban una posición de relevancia en la región, dieron un salto hacia los primeros lugares. Asegurando una participación constante en la alta competitividad, demostrada en el éxito logrado en cada torneo, estableciéndose entre los clubes que más crecieron en la zona aledaña. Monte Buey puede mostrarse como uno de los más afectados por esta transformación, al menos, en los índices estadísticos:

	Club	Localidad	Total de Títulos (LBVF)	Obtenidos en últimos 20 años (1999-2019)
1º	Matienzo	Monte Buey	17	70%
2º	Sarmiento	Leones	14	60%
3º	Bell	Bell Ville	12	33%
4º	Complejo Deportivo	Justiniano Posse	10	30%
5º	San Martin	Monte Buey	9	78%
6º	Deportivo Leones	Leones	7	0%

En el gráfico de elaboración propia, se puede comparar a los clubes que más títulos obtuvieron en la Liga Bellvillense. Matienzo, que anteriormente había obtenido 5 campeonatos, logró coronarse en 12 ocasiones y nombrarse como “el más campeón de la liga”. El 70 % de estos fueron obtenidos después de la histórica final de 1999. La tendencia nos marca que pasó de obtener un título cada 5 años, a consagrarse una vez cada 1,68 años.

San Martín, por su parte, demuestra un crecimiento aún mayor, a pesar de no lograr una suma tan cuantiosa de campeonatos, con 9 torneos obtenidos se ubica 5to entre los más ganadores. Es el que más creció en cantidades de copas en sus vitrinas con 78 %, logrando 7 de sus 9 títulos desde aquel del año 1999. La tendencia que marcaba un título cada 10 años, en los veinte anteriores a la trascendental final, pasó a ser uno cada 2,86 años.

Estos datos arrojan el crecimiento exponencial en éxito deportivo, además cabe destacar que los restantes clubes de la tabla pertenecen a ciudades con mayor cantidad de habitantes que Monte Buey, todas ellas superando los 10.000.

El club que más se acerca en estos índices es Sarmiento de Leones, que ha logrado una gran cuantificación de éxito en el último tiempo, sobre todo desde 2010 a esta parte, donde logró consagrarse en la mitad de los torneos, además de participar en instancias de AFA. Pero este club es históricamente uno de los más ganadores de la región, por lo que su marcado crecimiento no significó un cambio de posición.

Es necesario destacar también la desigualdad consolidada de estas instituciones por sobre el resto de las participantes en este torneo, ya que en las últimas dos décadas se repiten los mismos nombres en las listas consagratorias de la liga, incluso aún más marcado desde 2010.

En concreto, se pretende cuantificar la influencia del cambio de época, tendiendo una relación entre las variables económicas-productivas que modificaron la vida social, entre ellas, el fútbol como actividad ociosa en la que se invierten recursos.

El argumento, en consecuencia, que se puede observar, es que en Monte Buey esta transformación en el mundo rural incidió más profundamente en sus entidades deportivas que en otros lugares de su zona, ya que llevó a un proceso de profesionalización, que intensificó las rivalidades de antaño alrededor del fútbol, logrando una consideración en la región anteriormente impensada.

Organizarla

Los equipos masculinos de futbol en Monte Buey, desde su conformación en el siglo pasado, han formado parte de distintas Ligas con el fin de organizar la actividad. En 1948, con algunos equipos de la zona se nuclearon en una “liga independiente” no afiliada a la AFA. Hasta estos años, se jugaban partidos esporádicos mediante invitaciones o campeonatos “relámpagos” que se definían en un fin de semana o dos, en su defecto.

La liga independiente se disuelve en 1962. San Martin participaría en la misma hasta esos días, mientras que Matienzo en 1960 se sumaría a la Liga Bellvillense de Futbol (LBVF), organización en la que participan ambos equipos en la actualidad. Esto ocasionaría que desde aquel año, hasta 1968, no se disputaran clásicos monteboyenses.

San Martin participaría en el '63 en la Liga Marcosjuareense, pero al año siguiente cesaría la actividad. Aquí, comienza un periodo de inactividad de ambos conjuntos locales, que hasta 1968 no volverían a participar en ningún torneo regular. Por estos años, la actividad futbolística local estuvo concentrada en los campeonatos barriales, que se desarrollaban en ambos estadios, promovidos por una institución educativa (ITAI¹²).

En el '68, se afilian a la LBVF, pero no definitivamente. San Martin dejaría la actividad en el '71 y '72, ya que había dispuestos todos sus recursos en la construcción del novedoso natatorio. Al año siguiente, jugaría en la “Liga del Sur”, aunque sería un paso fugaz, ya que, luego de diferencias en la toma de decisiones, abandona la actividad nuevamente para reincorporarse definitivamente a la LBVF en 1976 hasta la actualidad.

Es aquí donde empieza la estabilización competitiva de los clubes, que se afilian definitivamente al torneo y logran sostener su participación constante, planificada e instrumentada desde sus categorías infantiles, que aseguran la reproducción del deporte a través de estas instituciones.

La liga Bellvillense, en la cual participan hoy periódicamente los clubes de Monte Buey, está compuesta por 26 equipos de 14 ciudades del sudeste cordobés,

¹² La institución educativa de nivel medio: Instituto Técnico Agrario Industrial.

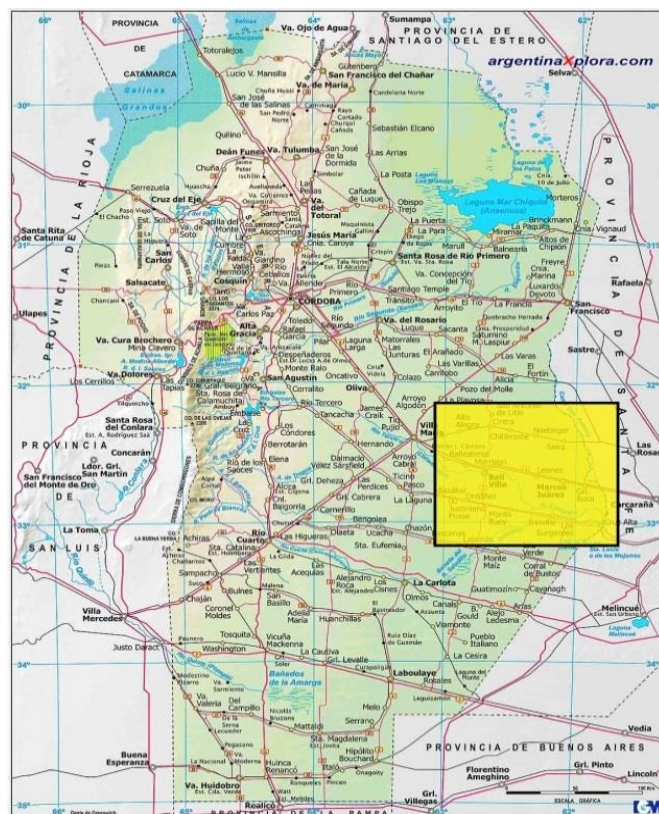
divididos en dos categorías (A y B) desde 2004. Todos ellos, por reglamento, participan en sus divisiones “infantiles” los días sábados.

Los clubes están “indirectamente afiliados” a la Asociación del Fútbol Argentino (AFA), ya que se asocian a partir de su Liga regional, en este caso la Liga Bellvillense, lo que generalmente ocurre con los clubes que no son de la capital del país. Las ligas regionales se posicionan hoy como la 5ta categoría en el fútbol masculino nacional, por encima se encuentra el “Torneo Regional Amateur”, el “Torneo Federal A” y las máximas categorías nacionales, “Primera Nacional” y “Superliga”.

Con sede en Bell Ville (ciudad reconocida como capital nacional de la pelota de fútbol, por haberse inventado allí la pelota con válvula¹³ que actualmente se utiliza a nivel mundial en el deporte), la liga existe desde 1928, pero sufrió múltiples transformaciones hasta la actualidad. Los torneos se regularizan desde comienzos de los ‘60.

Se ha disputado de diversas maneras a lo largo de su historia, muchas veces se agrupaban los equipos por cercanía en dos grupos o jugaban “todos contra todos”. En los últimos años (posteriormente a la creación de dos categorías), se disputan dos torneos por año (de Marzo a Julio y de Agosto a Diciembre) que constan de una etapa clasificatoria de doce fechas jugando todos contra todos. De allí, el último desciende a la categoría B y los primeros 8 disputan la etapa eliminatoria en partidos de “ida y vuelta” hasta definir el campeón en la final. La categoría B se define de la misma forma y luego, se disputa una final entre ambos campeones para definir un ascenso a la categoría A.

¹³ En la época se conocía como “Superball”. Fue la primera pelota con válvula de aire que reemplazaría a las cosidas con tiento.



Mapa: https://argentinaxplora.com/destinos/cordoba/mapa_cordoba.htm

Referencias:

Subrayados los nombres de localidades que forman parte de la liga Bellvillense de futbol.

Detalle de cantidad de habitantes por población según censo 2010:

*Bell Ville: 34439 hab. (Sede)

*Marcos Juárez: 27.004 hab.

*Leones: 9.888 hab.

*Justiniano Posse: 8.499 hab.

*Monte Buey: 6.217 hab.

*Ballesteros: 4928 hab.

*Noetinger: 4923 hab.

*Morrison: 3.345 hab.

*San Marcos sud: 3093 hab.

*Ordoñez: 2609 hab.

*Gral, Roca: 2 597 hab.

*Ordoñez, 2609 hab.

*San Antonio de Litin, 1.268 hab.

*Cintra, 1.182 hab.

Las reuniones de liga se dan generalmente los martes a la noche, donde cada club envía un “delegado”, que forma parte de su comisión. También, sesiona el “tribunal de penas” que informa de las sanciones a los jugadores suspendidos, con

tarjeta roja o con 5 (cinco) amarillas acumuladas, las “fechas” (jornadas de partido) que serán impedidos de participar.

Los domingos se disputan dos partidos en las distintas canchas, el de 4ta división y el de “primera”. Generalmente, la jornada comienza a las 14 hs con el partido de 4ta, en el que participan jóvenes de hasta 21 años. Luego, a las 16 hs¹⁴, se programa el partido de primera donde no hay límite de edad y pueden incluirse jugadores que hayan disputado el cotejo de 4ta, que generalmente completan el banco de suplentes.

Los árbitros son dispuestos por la liga, llegan a la localidad en algún auto particular, son 4: dos asistentes o “jueces de línea” y un 3er asistente o también llamado “4to árbitro”, más el árbitro principal. En los partidos más importantes, suelen elegirse árbitros que dirigen en AFA, de cierta trayectoria, o se sortea el mismo día del partido entre 3 o 4 árbitros designados. Desde 2019, comenzaron a incorporarse mujeres a esta profesión, aunque solo ocupan posiciones de “juezas de línea” o jueza asistente. Los mismos deben ser abonados por el club local, que también garantiza los efectivos policiales, un médico y ambulancia.

La Liga envía a cada club “local” dos pelotas de juego “Dale más” (marca oficial de la liga), las cuales generalmente no se usan en el partido del día, sino que son guardadas y sustituidas por otras que estén “en uso”, pero en buenas condiciones. Las pelotas son uno de los bienes más preciados de las instituciones, son fundamentales para la actividad, dado que se necesitan en cantidad para desarrollar los entrenamientos y partidos. Cuando una de estas es pateada fuera del estadio hay un encargado de recuperarla al instante, es un motivo de conflicto cuando cae en una *hinchada* visitante y no es devuelta.

El club local también se queda con la recaudación de entradas locales y visitantes, de ese día. Tienen un precio acordado que discrimina entre “Mayores” (hombres mayores de 18 años), “Mujeres” (Mujeres mayores de 18 años de edad), “Jubilados” (personas mayores de 65 años) y “menores” (personas hasta 18 años de edad). El precio de las mismas este año (2019)¹⁵ fueron de: \$160, \$120, \$100 y \$50, respectivamente.

¹⁴ Este horario suele ser cambiado en las temporadas de calor y mayor sol para a las 17hs.

¹⁵ Los precios, acordados desde julio 2019, se mantuvieron a pesar de la corrida cambiaria posterior a las PASO.

Con este orden, la liga define un rol netamente organizativo y jurídico. Es sostenida por los mismos aportes de clubes en su conformación y participación, en conjunto con el tribunal de penas, a la vez que asegura el cumplimiento del reglamento.

Masividad

Cada domingo por la tarde, el equipo local (juegan alternadamente un fin de semana cada uno en el *pueblo*) es seguido por un mínimo de 300 a 500 personas, que ascienden progresivamente hacia los partidos definitorios. En los partidos entre sí, los *clásicos*, los clubes monteboyenses convocan a las mayores cantidades de público, para una actividad de ocio en la localidad. En los últimos años, se superan las cuatros cifras cotidianamente, entre ambas parcialidades y en la final de 2017, en la cancha de Matienzo, hubo 2500 espectadores que hicieron “rebalsar” el “Héctor Serra”¹⁶, aunque era difícil seguir el partido con claridad, ya que había que asomarse por sobre tres hileras de hombros para conseguir ver alguna jugada.

Además, un núcleo más pequeño va a ver su club de visitante, en su mayoría dirigentes, familiares de jugadores o grupos de hinchas que se organizan para viajar a ser testigo de esos partidos.

Se juntan en la sede social de cada club y viajan en autos particulares, invitando a quienes no tengan vehículo a ocupar los lugares vacíos (aquellos que no fueron previamente acordados con familiares o amigos que se van juntando para viajar). Aquí, la cantidad de gente es más escasa, aunque pueden movilizarse 100 o 200 personas a las localidades más cercanas, sin embargo en las etapas definitorias se suelen contratar colectivos y ese número haciende a 300 o 400 hinchas. Los clubes suelen ser reconocidos en su prestigio por la capacidad de movilizar hinchas a los partidos de visitante.

La capacidad de convocatoria del futbol masculino como actividad de ocio solo es equiparada a la de los “bailes” de cuarteto, que cotidianamente convocan entre 600 u 800 personas, pero que -en algunas situaciones- en los últimos años, han logrado cortar casi 2000 entradas.

¹⁶ Nombre del estadio de Matienzo

Estos volúmenes de personas solo se concentran en la localidad con motivo de la Fiesta Nacional de la Siembra directa, que gracias a sus espectáculos centrales, con artistas de reconocimiento nacional, convoca la misma cantidad, aunque esta fiesta es organizada solo una vez al año y reúne ese marco de público en una noche específica. Esta festividad logra atraer gran cantidad de público de localidades cercanas, mientras que en los encuentros de fútbol es escasa la participación de foráneos.

Espacios...Estadios.

Hay dos estadios de fútbol en Monte Buey: uno, al norte de las vías del ferrocarril, el de club Matienzo, a escasos metros de las mismas; y otro, al sur, en el ingreso principal a la localidad, aledaño a la ruta provincial N°6, el de San Martín.

Ambos fueron remodelados en los últimos años para la participación en torneos de AFA¹⁷, que reglamenta ciertas condiciones básicas. Ambos poseen tejido perimetral con alambres de púas superiores y pared reglamentaria de ladrillo a 1,20mts. Vestuarios locales, visitantes y de árbitros. Cabinas cerradas para medios de comunicación. Y la instalación de riego para el mantenimiento del césped de juego.

Con respecto a las tribunas, que permiten estar sentado para seguir el partido, es controversial. El “Hector Serra” (nombre que se le ha dado al estadio de Matienzo) posee una tribuna central de cemento junto a otra más pequeña, del mismo material; también las hay de tablón en el sector local, pero además es de los pocos que posee dos tribunas fijas de madera en el sector visitante.

La cancha de San Martín cuenta con una tribuna central de cemento alineada al mediocampo varias tribunas más pequeñas de metal, que son móviles, todas del sector local, cuestión que sus pares del lado norte le hacen sentir cotidianamente, incluso en la definición de unos cuartos de final¹⁸, donde llegaron a llevar sus propias tribunas desarmables a la cancha albiceleste para comodidad de sus hinchas en el cotejo.

¹⁷ Asociación del Fútbol Argentino, se refiere a torneos de carácter nacional con participación de clubes de todas las provincias argentinas.

¹⁸ Esto ocurrió en el torneo clausura del 2016, una de las tribunas se derrumbó en pleno partido.

El estadio ubicado en el norte siempre fue entendido como más “coqueto”, así se lo define en varios relatos¹⁹ y es figurado en las canciones por la inversión en infraestructura; desde las últimas modificaciones al estadio, la *hinchada* albiceleste responde con un canto:

“tricolores están contento porque agrandaron la cubetera hicieron una tribuna y le agregaron una platea (...) por más que hagas la cancha nueva pecho frío siempre serás...”

La *cubetera* hace referencia a que la cancha es *fría*, una demanda de *aliento*, categorías que se pondrán en juego en los capítulos sucesivos. En contraparte, la cancha a la vera de la ruta 6 recibe agravios constantes por su incomodidad, sobretodo, para el sector visitante, que tiene escasas tribunas móviles y ningún reparo para un sol de frente que exige “*aguante*” para soportar todo el partido allí.

Los estadios son bienes materiales que contienen un símbolo. Pueden ostentar la hospitalidad y comodidades que brinda una institución deportiva a los espectadores, y pueden convertirse en lugares propios que los sujetos hacen parte con la cotidianeidad de habitarlos.



¹⁹ Anuario 1999 del club San Martín. Relato “inolvidable y glorioso” , sobre la final acontecida ese año



Estadio "Hector Serra". Club Matienzo. Fotos extraídas de: <http://matienzomontebuey.com.ar/>



Estadio del club atlético san Martín en día de partido de fútbol masculino. Foto extraída del Facebook institucional: <https://www.facebook.com/sanmartin.montebuey/>

Ir a la cancha

En Monte Buey, y muchos pueblos de su zona, “ir a la cancha” se convirtió con el tiempo en una actividad de “ocio” de gran importancia, quizás porque es una

actividad que se sostiene casi ininterrumpidamente hace más de 80 años²⁰. Nunca ha habido otro deporte que convoque la misma cantidad de personas y recursos, además de generar un interés de rivalidad entre un club y otro.

En esa frase se resume todo lo que sucede los domingos a la tarde, todo ese ámbito de sensaciones, significados y acciones que circulan alrededor de un encuentro de fútbol entre dos equipos.

Para los que disfrutan este acontecimiento, se vuelve poco a poco costumbre, como tomar mate se vuelve un ritual infaltable. La mayoría comienza a ir de muy joven llevado por algún mayor de la familia o de alguien allegado, luego si la continuidad persiste se comienza a ir sin ese “acompañante”, se va con amigas o amigos, encontrándose antes y compartiendo ese tiempo. La habitualidad hace que se llegue al punto culmine de ir en soledad, con la idea de “total alguien voy a encontrar”, haciendo que la pertenencia al espacio permita compartir con conocidos en la misma experiencia, en el lugar. Ir en solitario puede ser un signo de total adhesión al espacio, ya que no hay motivación extra que “ir a la cancha”.

Las mismas caras que se cruzan generalmente en los mismos lugares -algo común en la familiaridad de una ciudad tan pequeña-, construye un espacio insustituible que hace que un domingo sin fútbol, nadie sepa qué hacer con su tiempo de “ocio”. Cuando indagué a un joven hincha de Matienzo de 22 años que acompaña siempre al equipo asumiendo tareas organizativas, sobre que hace si no va a la cancha, me contesto:

“Y no, un domingo sin ir a la cancha, no sé qué haría, hace tres años que es eso, más de 60 partidos seguidos que viene jugando Matienzo, vos sabías que había fútbol e ibas a la cancha y ahora si no hay fútbol, ¿Qué se hace?...”

¿Qué ocurre fuera de la cancha? Se supone que la gente va al parque a tomar mate o a la plaza, se junta con la familia, quizás duerme la siesta o juegan a las bochas. En realidad, nadie sabe bien que hacen quienes están afuera, un domingo es sinónimo de ir a la cancha. Esto se refleja en la siguiente nota de campo de un partido de San Martín en su estadio:

²⁰ El pueblo cumplió en 2019 sus 109 años.

“¿Qué haces si no venís?, no sé qué hacen” exclamaba un hincha de San Martín mientras le pasaban una caja de vino aprovechando la exaltación por la entrada del equipo a la cancha.

Dentro de la retórica futbolera local, “quedar afuera”, es decir la eliminación del equipo propio del torneo, es “irse a pescar”, figura recurrente en el discurso rivalista que motiva canciones, banderas y demás burlas.

Ir a pescar es la otra actividad de “ocio” posible en el universo masculino que hegemoniza el ideario futbolero. El río Citalamochita queda a escasos 10 kilómetros del pueblo, por lo que pescar es otra actividad de ocio recurrente. En el ámbito futbolero esta referencia afecta directamente al prestigio del club: “se van a pescar”, es una de las respuestas que la misma retórica del hincha opone a “ir a la cancha”.

“Irse a pescar” niega toda posibilidad de discusión sobre un partido en una mesa de bar, estar afuera del torneo es no poder ir a la cancha y encontrarte con los tuyos. Muchos eligen ir a ver al equipo rival, aunque nadie se siente tan cómodo en la *hinchada* contraria.

Jugarla

La secuencia cotidiana de un día de partido es similar en ambos clubes: hay una mayoría de hinchas que repiten movimientos, que dan forma a cada partido; que, como ya se dijo anteriormente, comienza con la preparación para el juego de la 4ta división y concluye en la “sede social” de cada club.

El partido de 4ta comienza casi sin público, a medida que pasan los minutos se va poblando de espectadores, que generalmente llegan durante el segundo tiempo de este partido. Sobre el final del mismo, ya el ambiente va cambiando, la totalidad de los espectadores se invitan a seguir el partido, gritan e interactúan prácticamente como lo harán en el partido posterior, que se entiende como el “plato principal”. Mientras tanto, los goles de este partido son más aplaudidos que gritados, quienes más enérgicos se encuentran son familiares y allegados de los jugadores, que hacen sentir su presencia al equipo y al árbitro de turno, reclamándole con la misma intensidad que lo harán más tarde, en el partido de primera.

Al finalizar este juego, los jugadores son reconocidos por sus hinchas, quienes generalmente aplauden, aunque “los pibes”, como llaman a sus jugadores, hayan perdido.

Hay unos minutos de intervalo (entre un partido y otro) antes que ingresen los árbitros que pondrán en marcha el partido siguiente. Estos son recibidos con advertencias, desde que se vislumbran sus uniformes que suelen ser de un color flúor o negro, ambas parcialidades lanzan advertencias combinadas con insultos. También, suelen recordarle hechos en los que el juez los habría perjudicado, “acordarte del penal que te comiste en (x lugar)” o le hacen apreciaciones sobre su físico: “con esa panza vas a dirigir, hay que entrenar un poquito más”.

Los gritos desde las *hinchadas* son claramente escuchados en su totalidad, tanto jugadores como árbitros escuchan lo que los espectadores les dicen; los mismos suelen explayarse con frases y cargadas muy rebuscadas que son reconocidas con risas y hasta aplausos por el resto de los simpatizantes. Las “cargadas” por el aspecto físico son una constante, y en los partidos más tranquilos suelen rescatar risas hasta de los propios jugadores apuntados, la picaresca se presenta como entretenimiento y un chiste que busca complicidad, siempre sale desde la tribuna.

En el entretiempo, los espectadores se desconcentran del campo de juego, conversan entre sí del partido o de cualquier cosa, se amontonan en el buffet para comer un clásico choripán, comprar gaseosa, los más precavidos se adelantan al final del primer tiempo para no sufrir el amontonamiento. También, pueden existir quioscos, que ofrecen golosinas que muchos consumen para matar la ansiedad, las clásicas semillas de girasol o en algún momento en la cancha de San Martín se acostumbraba a vender maní “japonés”.

En estos minutos, los jugadores descansan en el vestuario, donde son abordados por el director técnico quien les corrige y motiva para afrontar los segundos 45 minutos; muchos hinchas suelen agolparse en las pequeñas ventanas del vestuario para escuchar la charla del técnico con los jugadores.

El reingreso del equipo al césped marca el inminente comienzo de la segunda etapa. Los espectadores comienzan lentamente a acercarse al alambrado, muchos vuelven al mismo lugar donde estuvieron en la primera parte, sobre todo si estaban sentados en una tribuna. Los lugares se respetan, solo después del comienzo del

partido alguien se hace de un lugar de otro suponiendo que no regresará. Es que algunos espectadores cambian de lugar, ya sea porque se encuentran con alguien en el entretiempo y continúan la conversación mientras el partido se reanuda o también están aquellos que prefieren estar cerca de las jugadas de ataque del equipo, ver de cerca los goles propios y no los ajenos, por ello van cerca del arco rival el primer tiempo y se mueven siguiendo al arquero contrario, en el segundo.

Por este motivo, generalmente hay mayor densidad de gente cerca del arco rival que del propio, buscando ver de cerca las emociones favorables y no los sufridos acercamientos al gol del rival. Muchos de estos espectadores disfrutaban insultando al arquero oponente, al que distraen de todas formas posibles, le conversan e intentan influir en el desarrollo del juego.

En el segundo tiempo, la entrada “se levanta”, se deja de cobrar, por lo que mucha gente aprovecha este momento para ingresar.

En el final, la gente se agolpa cerca de la salida (misma puerta de entrada), aunque los locales deben esperar a que se retire el público visitante; ahí comienza una “procesión” hacia la “sede social”, que es el punto de encuentro para el pos partido. La *hinchada* y algunos jugadores, todavía cambiados con su uniforme, caminan ocupando toda la calle. Si el partido fue favorable hasta hay bocinazos. Otros jugadores prefieren bañarse, en las instalaciones del club o en sus casas, pero volverán al encuentro en la sede, ya que tendrán que cobrar el partido del día.

En la sede se sirven bebidas y sándwiches, los jugadores suelen sentarse en una mesa larga en el centro y es el momento de encuentro con la *hinchada*, donde hay felicitaciones, bromas y charlas. Esta interacción es acompañada muchas veces por cantos, sobre todo si ese día se obtuvo una victoria. Si el partido que se ganó es de importancia, se arrojan bombas para que sean escuchadas por toda la población, haciendo notar que ganó el equipo. Si el partido fue desfavorable no hay tanta efusión, reinan las caras largas y los hinchas se acercan en menor cantidad, a veces no va nadie.

Una de las cuestiones es saber que pasa en la sede contraria, algunos van y pasan para verificar la emotividad del rival. Cuando pasa alguien identificado con el club contrario, le gritan, principalmente, cargadas con su club, que se acompañan con risas. De allá, llegan con la información “no hay nadie” o “están todos cantando”, puede ser lo que se percibió y es comentado en el lugar.

Los jugadores esperan a ser llamados de a uno para que les abonen lo acordado, si bien hay diferentes arreglos, casi todos “de palabra”, sin firmar ningún papel, la mayoría cobra ese día. Un dirigente de la comisión de fútbol masculino tiene la lista con los detalles a pagar y va armando sobres que son entregados a cada jugador correspondiente, también es un momento de interacción entre el dirigente y el jugador, con cierta privacidad. Todas las relaciones varían con el resultado obtenido, si el partido fue desfavorable los intercambios se vuelven más medidos y tensos.

Contarla

Lo que sucede en la cancha es replicado en la semana por el público futbolero como relato de “boca en boca”, lo acontecido se sintetiza en relatos y gestos teatrales de lo sucedido.

Lo que sucede en el campo de juego no es replicado hasta el hartazgo como nos acostumbran los medios masivos con los partidos de Europa o la Superliga que llenan las pantallas de canales deportivos e informativos. Si bien existen filmaciones, estas no circulan en la tv o internet permanentemente, presenciar el partido tiene como valor, también, ser testigo de lo ocurrido para reconstruirlo en cada charla y discusión futbolera.

En Monte Buey, existen varios medios de comunicación que se encargan de transmitir lo sucedido el domingo en la cancha. Los diarios locales expresan las estadísticas y datos necesarios, también se difunde en redes sociales y blogs, algunos pertenecientes a los mismos medios radiales o televisivos que cubren la jornada. Pero que intenten reencarnar los movimientos en la cancha solo dos, un medio radial y uno televisivo.

Hay una sola radio que cubre los partidos de los clubes locales en directo, haciendo un relato a la par de los acontecimientos. Siempre relata al club que le toca de local, ya que juegan en simultaneo, pero en los espacios que quedan de relato va conectando con algún enviado o una radio foránea que actualice el minuto a minuto del equipo que está jugando de visitante, de esta forma cumplen una tarea central de relatar lo acontecido para quienes no están en la cancha.

Generalmente, el trabajo lo ejercen tres personas, una en el campo de juego y dos en la cabina, al finalizar el partido se hacen notas en vivo a los protagonistas, además de elegir al destacado, la “figura” del partido. Este medio es seguido por hinchas, que por hacer otra actividad ese día no pueden asistir a la cancha, entonces siguen a su equipo en la radio. También por gente que no quiere aguantar las condiciones adversas en la cancha como el sol o el viento o la simple exposición ante otra gente; también la transmisión llega por internet a cada ciudad del país, donde un monteboyense que reside como estudiante y/o trabajador puede seguir a su equipo a la distancia.

Como programación, en la misma emisora también hay segmentos deportivos en la semana, aunque no son estrictamente del fútbol local, sino que combinan información del fútbol internacional, nacional y local.

Las imágenes, principalmente esperadas en el medio televisivo, a cargo de “Vivencias Producciones” -único canal local- capturan los movimientos de ambos partidos (local y visitante) que serán resumidas en un compacto en el programa “Minuto 91” emitido los lunes a la noche. El mismo expone imágenes de los espectadores, las mejores jugadas, goles, entrevistas a los protagonistas y una sección donde se repasan las jugadas más dudosas. Además, hacen un repaso por la actividad de la liga y arrojan estadísticas de relevancia. El trabajo es efectuado cotidianamente con una cámara en cada estadio aunque en los clásicos la cobertura se hace con 3 cámaras, una general y una detrás de cada arco.

También generan gran cantidad de contenido audiovisual en ciertas ocasiones, clásico de trascendencia, final o con motivo de festejo de un campeonato por alguno de los clubes.

Como marco distintivo, mientras se desarrolló el trabajo de campo, el programa televisivo estuvo un año sin transmitirse, ni recopilar imágenes, luego de los hechos de la escandalosa final de 2017. Se emitió un comunicado que daba cuenta de inconformidades para con las instituciones deportivas y cancelaron la emisión del mismo²¹. Por lo cual, por más de un año, los acontecimientos futbolísticos solo fueron transmitidos por el relato oral de los que habían presenciado el partido, algo impensado para las posibilidades tecnológicas de nuestra época.

²¹Comunicado del programa: <http://desdemontebuey.com.ar/concluye-el-ciclo-minuto-91-de-vivencias/>

De este modo, se intentaban llenar con narraciones aquellos ojos que no pudieron percibir las jugadas. Los golazos, los penales o la equidad en el arbitraje quedaban a la construcción del relato de los espectadores.

En el primer torneo de 2019, volvieron a captar imágenes que eran transmitidas en el noticiero del mediodía y, ya para el segundo torneo, volvieron con el habitual programa deportivo de lunes por la noche.

Trabajarla (llegar a juntarla)

Los clubes que disputan este tipo de torneos combinan varias estrategias para lograr sostener un “club deportivo”, con todas sus facetas sociales y disciplinas que lo integran. La organización de las decisiones están delineadas por una comisión directiva (CD) y sub comisiones que representan a cada disciplina. Existe una por cada disciplina deportiva que se desarrolle como pueden ser: Tenis, Básquet, Paddle, Vóley, Fútbol infantil, Fútbol mayor (Masculino), Hockey, Fútbol seniors, etc. Las mismas toman decisiones sobre su actividad concreta, los objetivos y las formas de financiarlas. Estas decisiones deben ser aprobadas por la CD. Muchas veces estos grupos de trabajo se fusionan para organizar una actividad, acordando también los objetivos y la división de ganancias. Un evento de gran masividad y/o trabajo puede involucrar a casi la totalidad de las disciplinas que aportan trabajo.

Además de las sub comisiones por disciplinas, también pueden existir comisiones, como son la de “jóvenes” o de “damas”, que organizan actividades propias, aportan insumos y apoyan en el trabajo al resto de las subcomisiones.

La CD, órgano máximo de toma de decisiones, generalmente se apropia de un porcentaje de las ganancias, previamente acordado en concepto de “gastos generales” que se afrontan y que son comunes a todas las disciplinas. La comisión directiva se encuentra regulada, al mismo tiempo, por un “tribunal de cuentas” que toma decisiones sobre el manejo del capital.

Estos espacios de mayor poder decisorio, como la CD o la subcomisión de fútbol mayor masculino, están generalmente conformados por hombres mayores, profesionales, empresarios o productores agropecuarios, todos hinchas del club. Es difícil pertenecer sin una trayectoria como tal, más allá de haber sido jugador o algún reconocimiento externo a la institución. Son espacios poco permeables tanto a

información como a los mecanismos decisorios. El prestigio necesario para su pertenencia es difícilmente alcanzable para algunos sectores sociales, que tenderán a ocupar otros roles en la tarea institucional.

Hay actividades que se volvieron clásicas como instancia de “recaudación” para estas comisiones, como por ejemplo la “pollada” que se hace los domingos. La misma consta de vender pollos asados que son entregados el día domingo al mediodía; los compradores, en su mayoría socios que compran regularmente, se acercan a buscarlos a las instalaciones del club, donde son asados desde muy temprano por los organizadores.

Otras actividades se sostienen durante algún tiempo hasta que es inviable o complicada su organización y algunas son esporádicas. Los eventos como bailes suelen considerarse dentro de las opciones, también algún bingo o torneos comerciales de algún deporte. Dentro de las más constantes están las rifas y PRODEs²², que se ofrecen a hinchas y socios. También, es una actividad clásica la organización de una cena, donde se venden tarjetas a un precio general, se convocan mozos como colaboradores y se ofrece un menú general que puede incluir entrada, un plato principal (pollo, matambre y chorizo) y postre helado. El evento cuenta siempre con animación musical, generalmente, bailable.

En el caso del fútbol masculino, la actividad es constante, se deben cubrir gastos fijos de todo el plantel cumpliendo contratos²³ semanales y mensuales, es decir jugadores, técnicos, preparadores físicos, además de las logísticas de viaje que se afrontan cada 15 días. Cada domingo, más allá de la cantidad de personas que sigan al equipo y la recaudación en entradas sumada a la recaudación del buffet, hay montos invariables que deben ser afrontados.

Para el sostenimiento de un equipo en la liga regional, los recursos necesarios son cada vez más altos. La creciente profesionalización de los torneos hace que las “clásicas” actividades de financiamiento no sean suficientes para mantener la “competitividad” deseada. Esto ha diversificado las estrategias de financiación. En este caso entra en juego la “competitividad” que depende de los objetivos trazados, que se piensan a partir de la cantidad de recursos con la que se contarán en ese

²² Sigla que significa: Pronósticos Deportivos. Se trata de pronosticar resultados de un acontecimiento deportivo.

²³ La mayoría de los contratos son “de palabra”, no se firman papeles ni material jurídico.

año. Así se resolverá cuántos “refuerzos”²⁴ traer y qué contratos se pueden hacer con los jugadores locales. Los objetivos son una expectativa que se espera del equipo según lo invertido. Los años que menos se invierte no se espera la obtención de un campeonato.

Hoy en día estas actividades se siguen fomentando. Gran parte de los ingresos siguen proviniendo del trabajo de sus socios organizados en comisiones y sub-comisiones, pero se vuelven cada día más corriente los aportes individuales, provenientes de miembros de las comisiones o hinchas allegados, además de los “servicios de ayuda económica” o “mutual de asociados”.

Estas dos formas de financiación se presentan como indispensables para marcar una diferencia en cuanto a recursos económicos, para explotar en una temporada. Los aportes individuales pueden variar y pueden ser más esporádicos, dependen de alguna persona con capital que quiera aportarlo a pagar un sueldo específico de un jugador o a un fondo para afrontar los costos del plantel. Estos aportantes también suelen reconocer el buen desempeño de jugadores a partir de algún don (puede ser en dinero, botines, ropa o favores particulares).

Las “mutuales” son entidades comisionadas autónomas que generalmente son dirigidas por los socios con más prestigio de las instituciones, obtienen ganancias en el mercado de capitales, que luego son derivadas al club de pertenencia, esto conlleva una negociación y toma de decisiones sobre cómo y en qué se usarán las sumas aportadas, pero los equipos de fútbol masculino suelen ser el receptor de la mayor cantidad de dinero.

Con la combinación de estas estrategias económicas, los clubes locales lograron dar, en los últimos años, un salto cualitativo impensado en épocas anteriores, posicionándose a partir del éxito deportivo y la competitividad de sus equipos como clubes de prestigio, objetivando el mismo en la cantidad de títulos obtenidos, su infraestructura y la cantidad de gente que sigue a cada equipo.

Este proceso, que incluyó a ambos clubes de la localidad, es el trasfondo desde el cual se puede construir un análisis de las actuales identificaciones que se ponen en juego. Este escenario puede constreñir las acciones y disputas que

²⁴ Jugadores foráneos, que suelen jugar en otras ligas similares o transitar por equipos de la misma liga, la mayoría de ellos tienen experiencia en algún club de las primeras categorías nacionales.

posibilitarán las características propias de cada club, la reelaboración de estas situaciones serán vitales en las construcciones identitarias.

Por otro lado, se debe destacar al proceso como una similitud que ordena al fútbol monteboyense, el espacio social que ocupa. Sin embargo, esto propiciará un análisis posterior de las diferencias y, principalmente, oposiciones que al mismo tiempo lo constituyen; los hechos se vincularán indefectiblemente a una relación económico-productiva en transformación.

Lo aquí expuesto permite ubicar al fenómeno en su importancia, el potencial movilizador y socializador del mismo. De este modo, y mediante las descripciones del desarrollo de cada encuentro de fútbol masculino, se podrá captar el escenario donde se da lugar a los juegos discursivos de las *“hinchadas”*.

Las identificaciones harán parte al contexto deportivo, pero se anclarán también en divisiones territoriales que se detallarán a continuación, aportando más especificidades al caso en indagación, haciendo del escenario futbolero un gran condensador de identidades.

Capítulo 3:

¿Del lado de Matienzo o el de San Martín?

El territorio monteboyense se construye a partir de una división y un conflicto que atraviesa la socialización de todos los espacios. El fútbol, con la posibilidad de competir en un campo de juego, pudo convertirse en uno de los focos de identificación para llevar adelante la disputa. Una rivalidad que no empieza, ni termina adentro de la cancha, sino que recorre toda la vida social.

Vivir en Monte Buey es saber en dónde estás ubicado, si del lado de San Martín o de Matienzo, y qué hacer con esa identificación.

Este capítulo será sustancial para dar cuenta de las categorías identitarias en las que se recrean las “*hinchadas*”; aquí se ponen de manifiesto tanto los relatos que las sustentan como los procesos en las que se ponen en juego.

Será pertinente un primer acercamiento a las fronteras urbanas que signan las relaciones sobre las que se construyen las rivalidades propias, que atañen a este trabajo; rescatar algunas de esas miradas será necesario para la adecuada interpretación del fenómeno.

De la misma forma, se delinearán los posicionamientos que van dando forma a las ubicaciones espaciales, que en su trayectoria desigual producen distintos efectos sobre las representaciones del lugar. Será pertinente el análisis urbano desde el “ladismo”, que se ubica en una visión “norte/sur” del territorio.

Demarcando las desigualdades construidas en torno a esta división, se vinculará la misma a las identificaciones con los clubes de fútbol, espacios de producción permanente de estos conflictos. A partir de las expresiones propias de la tribuna, se podrán reconstruir las categorías de diferenciación entre “*hinchadas*”.

Las categorías de identificación descritas, protagonistas principales del proceso que se pretende explicar, darán lugar a un análisis de los repertorios culturales que permiten, entre canticos, banderas y las distintas posibilidades de ejercer violencia se delinearan diferencias, desigualdades y disputas que enfrentan a las parcialidades.

La tarea que demandará la explicación del fenómeno será contraponer las experiencias investigadas a las categorías teóricas de “establecidos” y “marginados”, que servirán como punto de referencia para definir las relaciones descriptas.

El posterior análisis hacia la clase racializada intentará aportar una mirada integral del conflicto, permitiendo una mejor explicación del proceso identitario, necesaria para entender las desigualdades persistentes y sus representaciones locales.

¿De qué lado estas?

Si se buscan orígenes, si se pretende empezar a contar la historia del territorio desde un posible comienzo, pensando en los procesos identitarios locales - y si bien existe una historia anterior que difícilmente se pueda conocer en libro-, todo habitante de Monte Buey comenzará sin dudas por el ferrocarril, eje fundamental donde se posan todos los relatos sobre el origen.

Con la estación del ferrocarril comienzan a asentarse los primeros pobladores, un proceso de inmigración que se intensifica con la fundación del pueblo en 1910 (Foglia, 2010). Es por ello que la identificación con el ferrocarril es recurrente, y sobre todo en los discursos que se remontan a explicar el principio de la historia del lugar. De hecho, el primer nombre del pueblo fue “Woodgate”, denominación que se le daba a la estación del ferrocarril.

Desde la ocupación de las tierras donadas y la incipiente urbanización²⁵, surgen las primeras diferenciaciones, que hacen de las vías del tren, además, un símbolo fronterizo. El sector colindante a las mismas fue dispuesto como espacio público, que aún se conserva como tal con el nombre de “veredón”, pensado como lugar de “encuentro” que más bien sirvió como “barrera” de división.

Quienes pretendían asentarse en estas tierras, por aquellas épocas, podían hacerlo en cualquier lugar hasta mil metros hacia cada lado, norte o sur, de las vías férreas, dispuestas de este a oeste, tierras donadas para la incipiente ciudad (Ferrari, 2000). De esta manera, y con las primeras planificaciones se forman dos espacios simétricos hacia cada lado del ferrocarril, con espacios públicos igualmente

²⁵ Este proceso se puede encontrar descripto en el libro: “Monte Buey. Territorio de identidad. Procesos, lugares y actores” del arquitecto Carlos Alberto Foglia. Edición a cargo de la Municipalidad de Monte Buey (2010)

dispuestos y distribuidos hacia cada lado. Con calles que conectaban ambos sectores con dos “paso niveles” a cada lado del entramado urbano, algo que históricamente dificultó la unidad de la población.

En esos primeros años de urbanización, comienza a rodar el fenómeno de la división entre lados, donde cada sector pretende construir su prestigio por sobre el otro. Esto se llamó, posteriormente, “ladismo” (Ferrari, 2000) Una puja que rebullía cada vez que se pretendía ubicar un nuevo edificio público o anclar alguna actividad.

Esta relación entre sectores es entendida como una particularidad sociocultural del territorio, que es descripta de diferentes maneras por cada quien que intenta abordarlo, como una competencia, oposición, pero principalmente de odio. El periódico “Reflexión” (Monte Buey, 1936-1952) publicado por el señor Leonardo Lastra Liendo expresa sobre esas cuestiones:

Monte Buey es un pueblo que está permanentemente dividido por rieles que parecen una cortina entre ambas bandas... que aquí no se cumple lo que afirmó Juan Bautista Alberdi que las vías férreas eran un abrazo de hierro entre los pueblos. Estamos por creer que una lejana noche, paso una locomotora fantasma y al rodar sobre las vías férreas, se marcó en donde de cada lado se batirían en el futuro los Montesco y Capuleto monteboyenses... los años hicieron germinar esa semilla multiplicando las plantas de odio y fueron inútiles los esfuerzos de los hombres de buena voluntad... el peso del ambiente adormeció esas buena intenciones y cada uno de ellos fue un ciudadano más apasionado del norte o del sur.

La relación de “odio” es reconstruida por relatos que afirman que existieron y existen personas que no cruzan de un lado a otro del pueblo. Además, otras historias rememoran enfrentamientos con piedras, entre otros sucesos. Estas secuencias son enunciadas como algo pasado, que ya no es de la misma forma.

Otra característica fundamental para destacar de este fenómeno es que es señalado como propio de las clases dominantes, descripto como un “sector selecto (profesionales, empresarios, comerciantes, etc.)” (Ferrari, 2000:200), y que no motivaba a las clases bajas; un proceso aun discutible del alcance de esta disputa hacia todos los estratos sociales. Sería plausible decir que las clases dominantes reproducen estas lógicas desde las posiciones más importantes en las instituciones locales que sustentan la vida social del pueblo.

Mientras tanto, el emplazamiento de la iglesia, el banco, las escuelas y el desarrollo de festividades como el carnaval involucraron conflictos entre cada parte, que pretendía sobreponerse y cobrar importancia una ante la otra, las identificaciones toman otras formas e intensidades cuando se enmarcan en la práctica del fútbol.

Hacia la década del '20, del siglo XX, el fútbol de Monte Buey se encontraba representado en el club Matienzo, que competía contra otras localidades, pero con el nacimiento de "Huracán" (posteriormente: "San Martín") y la radicación definitiva del primero del lado norte con su campo de juego²⁶, hizo que la identificación de cada lado confluya en cada club, la pregunta "¿de qué lado sos?" se traduciría a "¿de quién sos? ¿De Matienzo o San Martín?" (Ferrari, 2000). Los clubes comenzaron a convertirse de a poco en espacios de identificación para con un territorio, a la vez, una forma de articular "experiencias comunes" (Williams, 1997) a cada sector del pueblo.

Los sentidos de pertenencia se anclan poco a poco al tránsito por distintas instituciones, que desde la niñez se hacen parte como identificación distintiva de cada lado. De este modo, se reproducen "experiencias comunes" (Segura, 2015), que van forjando la pertenencia a un espacio y no a otro. La tendencia indica que a cada lado le corresponden recorridos habituales por sus escuelas y clubes, ya que se encuentran localizadas, una escuela primaria pública a cada lado, al igual que ambas secundarias.

Esto hace a la construcción de dos espacios diferenciados, con sus lugares cotidianos e imágenes propias que hacen a la "persistencia de la forma" (Segura, 2015). Una persistencia de representaciones a través del tiempo y de las transformaciones del espacio, una forma de representar y representarse en relación a la ciudad, orientando prácticas y legitimando un orden geográfico, que en este caso localiza a las personas por pertenecer a "este lado" o al "otro lado", también nombrando a cada lado con el nombre de su club, como se menciona anteriormente.

Uno de los interlocutores, rememorando anécdotas en referencia a esto, arrojando una discusión en torno a porqué alguien podía casarse en la capilla y no en la iglesia:

²⁶ En 1938 con el establecimiento de San Martín del lado Sur, quedan anclados uno a cada lado del ferrocarril.

Pasa que Toti es muy del otro lado... es de San Martín, fue a la escuela del otro lado, los bomberos están del otro lado (...) hizo su vida del otro lado... entonces me parecía que bueno era muy del otro lado y que iba a tratar de festejarlo del otro lado, hasta la cosa religiosa

La iglesia ocupa una posición simbólica mejor ponderada. Parecía una rareza no celebrar su casamiento en ella, pero se encuentra del lado norte, al igual que el club Matienzo y el resto de instituciones, con las cuales alguien que “hizo su vida” del lado sur, no se siente tan identificado.

A la vez que el “ladismo” significa una experiencia común y un sentido de pertenencia es también una comparación constante, un mirar para el otro lado y compararse. Hay una constante medición de prestigio y poseer algo que el otro no tiene es un signo que construye valor.

Como anteriormente se menciona, los nuevos edificios siempre traen conflictos. Cuando hace unos años se edificó la primer torre de departamentos, en el lado norte, fue motivo de discusión constante hasta que se llevó a cabo una de tamaño similar en el lado sur. Nadie está dispuesto a ceder ese prestigio, “eh, pero vos le haces una canción al barrio que está del otro lado y no le haces al barrio jabón”, le reclama a un compositor su familia, que siempre habían habitado ese barrio y obtuvieron finalmente la canción propia.

Las cuestiones suelen solucionarse de esta manera: lo que se hace de un lado debe ser replicado en el otro para equiparar, de lo contrario puede existir el resquemor constante, siempre estará dispuesta la mirada sobre dirimir quien lo hace y donde; puede que la “neutralidad” sea una construcción difícil de llevar adelante.

Como ejemplo también pueden nombrarse los actuales carnavales del pueblo, que ante la experiencia previa de conflictos por el lugar donde se desarrolla y en búsqueda de un equilibrio necesario para el estado municipal para llevarlo a cabo, se decidió emplazarlo en el “Paseo del encuentro” sobre las vías del ferrocarril, en el mismo camino donde se situaron diversas fiestas, sobre esta explanada y un viejo galpón del ferrocarril. Sin embargo, para la entrenada mirada valorativa de los habitantes, estos espacios siguen dando hacia el norte y menos hacia el sur.



Arcos de ingreso, iconos históricos de cada club. Fotos extraídas de <http://matienzomontebuey.com.ar/> y <https://www.facebook.com/sanmartin.montebuey> respectivamente.

“El sabor del encuentro”. La centralidad en construcción

Entender la centralidad implica ubicar una capacidad de construcción simbólica, que hace prevalecer un espacio por sobre otro de similares características físicas, al menos en el comienzo.

Entre ambas plazas se configuran los espacios centrales de cada “lado”, donde se congregan las personas en tiempos de ocio, haciendo uso del espacio público de la plaza como lugar de esparcimiento. Los primeros lugares en tener luminaria pública y demás signos de urbanización.

Asimismo, lo que se entiende como “centro” en la localidad de Monte Buey es la zona aledaña a la Plaza Norte, lugar donde se congregan sus pobladores a pasar tiempo de “ocio” y donde se ubican distintos espacios de flujo de personas. Entonces, “ir al centro” o “dar una vuelta al centro”, una frase corriente en la población local, corresponde a ir la plaza norte y sus cercanías.

Allí, donde la iglesia es el edificio de mayor ostentabilidad por su amplia fachada y altura, no hubo nada más alto hasta la construcción de los edificios. Alrededor de la plaza norte además de la iglesia, se encuentran distintos bares, heladerías, el banco Provincia y demás comercios.

Es la zona con mayor flujo de personas, tanto en horario comercial, como no comercial, configurándose como más significativo por sobre la plaza sur que no

representa un área de atracción para jóvenes o la vida nocturna semejante (Antonio, 2008).

El club Matienzo logra una ubicación que se jerarquiza por situarse en esa centralidad. Su sede social, emplazada frente a la plaza norte, construye un espacio de exposición e importancia sobre lo que allí sucede. Del mismo modo, su cancha, ubicada al final de la calle Rivadavia -la de mayor circulación e importancia comercial (Antonio, 2008) – que desemboca en el arco de entrada al club, construye así una imagen icónica que expone a la institución en el centro de la escena.

La porción sur del pueblo ha perdido esta disputa en constituirse como centralidad, puesto que no congrega la misma cantidad de personas, al menos en el último tiempo; puede apreciarse su menor flujo, a pesar de sostener comedor, heladería o salones de eventos.

El club San Martín se alza a la vera de la ruta y, si bien se ubica en la entrada principal al pueblo por la ruta N°6, no se aprovecha esta exposición, tema recurrente de charla entre sus simpatizantes. El campo deportivo se encuentra de espaldas a la ruta, y ya que se ha abandonado esa vista de las obras, en los últimos años, sus entradas se ubicaron hacia otras calles, de menor importancia. La recordada entrada por la esquina de calle San Martín, quizás la de mayor consideración simbólica, ya no es utilizada como acceso.

Su sede social forma parte del entramado céntrico del lado sur, situada en una esquina frente al ferrocarril, sin exposición hacia la plaza. Conforman un lugar que solo se vuelve trascendente a partir de sí mismo.

De esta forma, se pretende considerar a las ubicaciones espaciales como “efectos” de disposiciones sociales y no como una mera casualidad del azar. En consonancia con otras lecturas sobre el territorio, se puede aseverar la actual jerarquía simbólico-espacial del lado norte, por sobre el sur, situación que puede remitirse a procesos heterogéneos y de escaso análisis histórico.

De este modo, se configuran territorios que disputan el prestigio. El ojo del ciudadano atravesado por estas rivalidades puede refinadamente describir con orgullo su paisaje y politizar su construcción, al igual que hacer notar la más exigua desigualdad generada por la urbanización.

Un habitante del lado sur de 40 años que no nació en la localidad, pero se instaló hace unos 20, intentando convencer de esta disparidad destaca:

“Para mí fue muy fuerte cuando abren el ‘Paseo del encuentro’, porque el encuentro ¿hacia dónde va? para allá (señalando el norte) ¿me entendés? (risas) y una vez me dijeron, ‘no porque tiene que ver con una logística, porque la calle en sí va para allá’, sí, todo lo que vos quieras, pero la primer calle que deciden abrir va para allá, ‘el sabor del encuentro’ ¿para dónde queda?”

Retórica del aguante. En búsqueda del discurso tribunero

“y bueno, hay que apoyar a los clubes del pueblo... ¡bah! en realidad nadie de Monte Buey hincha por el otro club, nadie de Matienzo quiere que gane San Martín y viceversa”

Hincha *tricolor* de herencia familiar, entre mates, antes de salir hacia la cancha

En la relación entre *hinchadas*, se van produciendo las disputas por el prestigio, pero además se produce una retórica que establece las premisas del discurso. Las interacciones lingüísticas, siempre presentes en el ámbito futbolero, hacen aprender las posiciones adquiridas por cada colectivo, categorías de identidad que delimitan quienes pertenecen (y quienes no) y cuáles son las creencias valoradas de cada lado.

Estos juegos discursivos de circulación permanente se ponen especialmente de manifiesto antes de los enfrentamientos “clásicos” entre ambos clubes de la localidad. Antes, durante y después del cotejo deportivo, se habla, se piensa, se grita y se alienta desde premisas delimitadas, construidas y perfectamente ensambladas para la diferenciación de la colectividad de cada *hinchada*. Estas conexiones del lenguaje se reiteran, inagotablemente en una secuencia que parece estar automatizada. De esta forma, se configura un orden de sentidos que se hacen parte del mundo futbolero, pero que se transfieren a otros espacios sociales.

Los procesos de identificación permiten la construcción de categorías que configuran los repertorios culturales de cada parcialidad: discursos, prácticas y sentimientos de los cuales cada grupo reclama pertenencia. Los relatos condensan representaciones que dan significado a cada actividad de los agentes, en torno a su

club, remarcando una frontera entre un nosotros y ellos. Esto hace que se distingan entre unos y otros, fomentando una unidad entre los propios y una frontera con los ajenos, posibilitando ciertos repertorios de acción, como también dificultando opciones.

En el espacio a analizar se conforma una retórica propia, que se produce con categorías propias del territorio, puestas en juego al ritmo de la cultura del aguante más hegemónica.

En el fútbol, “la cultura del aguante”, como repertorio hegemónico, promueve la construcción de estos enunciados, referenciando a la unidad y construcción de prestigio propia contra otro denostado. En las banderas, las canciones y acciones simbólicas de la *hinchada*, aparecen las categorías que referencian a cada uno en este juego de honor.

El más campeón

Grandeza es una palabra, a la vez que recurrente, muy vinculada en la “cultura del aguante”. Para este sistema organizador de la masculinidad, “la grandeza” o “lo grande” tiene una implicancia valorativa importante, ya que la jerarquía se mide en tamaño, el ideal es el cuerpo más grande, la *hinchada* más grande, la bandera más grande, simplemente, todos quieren ser el club más grande.

Esta comparación entre clubes es efectuada e institucionalizada, al menos desde el comienzo del profesionalismo del fútbol nacional en la AFA, cuando en 1937, los actores del fútbol masculino de la época nombraron a “los 5 grandes: quienes mejores rendimientos deportivos habían tenido y mayores volúmenes de público convocaban (Frydenberg, 2011, pág. 167)

En Monte Buey, Matienzo reúne ambos atributos para arrogarse esta categoría. Primero en fundarse (1921), se imprimió desde el principio como “El club del pueblo”, único que representaba a toda la localidad. Esto fomenta que una marcada cantidad de personas adopten a la institución como propia desde el comienzo, logrando una cantidad de adherentes que nunca podrá ser sobrepasada por la otra entidad deportiva. En cuanto a rendimiento deportivo, lograría el primer campeonato para un club local en 1949, disputando la “Liga Independiente”. Y desde este momento,

siempre tendría esa supremacía en cantidad de títulos donde objetivar el rendimiento deportivo.

En la liga Bellvillense, y sobre todo en la etapa de profesionalización del último tiempo, sus títulos se multiplicaron. Desde el 2004, se convierte en el club con más campeonatos oficiales ganados, desde allí se nombrará como “El más campeón”. Esto le da una posibilidad de “superlatividad” (Magazine, Lopez, & Hernandez, 2012) para caracterizarse como una entidad superior a su categoría, que disputa siempre los primeros lugares, también alguien a quien todos desean ganarle.

Desde entonces, la retórica tribunera circulará en torno a estos hitos: sus 23 campeonatos, contando dos títulos provinciales, alguno de ellos obtenidos en el “Chateau carreras” (hoy “Mario Kempes”²⁷); ser y haber sido siempre el más ganador. Es siempre esperable una victoria, una competitividad que lleva a pensar que nunca está todo perdido, no importa las circunstancias *siempre se puede ganar*.

En este juego de espejos, cruzando las vías, la *hinchada* de San Martín disputa el prestigio hacia otros sentidos, sacando el foco del éxito deportivo, en el cual no podría destacarse por sobre su rival.

Sin tener vitrinas repletas que mostrar, su discurso recae en el sentimiento propio de unidad, el orgullo de pertenecer y en los lazos de solidaridad en el colectivo, “*la familia albiceleste*”. Cuando no hay nada más, está la gente, un nosotros del que se siente orgullo construir, y que puede ser exhibido como valor. Este lazo es definido por los actores como “sentimiento”, no hay nada más que el sentimiento de ser parte.

En contraposición a la competitividad constante, donde los campeones son otros, hace resaltar un valor del cual se apropia: “*humildad*”, como representativo de no esperar tanto, o esperar menos. Incluso, habiendo logrado triunfos en los últimos años, ganar se vislumbra casi como un accidente. Además, es una forma de posicionarse ante los resultados valorando el *esfuerzo*. Una competitividad siempre puesta en duda o atribuida a accidentes de temporaria felicidad, no importan las circunstancias, *siempre se puede perder*.

Estas categorías definen mucho en la relación que opone a estos clubes como rivales y a las prácticas que las *hinchadas* ejercen como tales; la construcción de una configuración donde comparten significados para hacerse a sí mismos.

²⁷ Estadio más importante y de mayor capacidad de público de la provincia de Córdoba ubicado en la ciudad capital.

Esta identificación, en oposición, es llevada a la retórica del aguante de forma muy sintética y concisa, en una frase de una bandera de la *hinchada tricolor*, que expresa esta relación con su clásico rival:

“Vos Hablas de Humildad, yo hablo de grandeza”

De esta forma, configura las posiciones retóricas a las cuales cada *hinchada* se circunscribe. Uno es algo que el otro no puede ser, se fijan las premisas con las que se identificarán las personas vinculadas a cada club. Las mismas tienen parte en la lógica de “aguante” propia del fútbol, pero también implica realidades más amplias que se remiten a estos posicionamientos, donde la ilusión meritocrática, promovida por el deporte, hace parte en la construcción de legitimidad de ambos grupos.

Banderas en tu corazón

Las banderas se escriben con consignas que se sienten, que se llevan como parte indeclinable de lo que “se es”, el discurso de identidad, “¡yo quiero verlas ondeando, luzca el sol, o no!”²⁸ frasea la canción.

En este repertorio cultural de “aguante”, quizá las banderas -comúnmente llamadas *trapos*- son las que reflejan con mayor vehemencia las categorías hasta aquí descritas como identificatorias de cada *hinchada*.

Por su lacónico contenido, logran expresar con poco, una síntesis de muchas ideas y sentimientos que sus portadores intentan exponer sobre sí mismos o sobre sus rivales.

Hacer una bandera (coserla, pintarla, etc.) se vuelve un hecho cúlpe del hinchismo local, una *juntada* trascendente, ya que plasmarán una idea referencial del grupo que será expuesta y que perdurará por unos años, mientras el trapo se cuide y no se pierda.

La confección de los mismos es una fiesta, condecorada con bebidas y, muchas veces, también comida, para el grupo; un encuentro muy valorado por los propios que se disponen a la realización de un elemento indispensable como

²⁸ Primera estrofa de “Juguetes perdidos” de Patricio rey y sus redonditos de ricota. Banda de rock argentina muy relacionada a la “cultura popular” y a las hinchadas de fútbol.

hinchada y que no se repite tan frecuentemente. Hacerse de los recursos y la organización necesaria para que el *trapo* quede bien terminado son atributos muy valorados.

También hay *trapos* impresos industrialmente, en imprentas o con máquinas, pero en la lógica de aguante son menos valorados, ya que requieren una mayor inversión de dinero, pero no de tiempo, esfuerzo propio y compartido, para su realización.

Las frases y dibujos, que pueden complementar el mensaje, apuntan directamente sobre los recursos identitarios. Ya sea que se enfoquen en resaltar atributos propios o trazar la frontera señalando a los “otros”, se condensan situaciones que perdurarán como recurso de identificación. En *el trapo*, se halla un mensaje que disputarán junto con otros: el propio prestigio; de ahí, se irá definiendo su circulación, dónde se colocará, qué partidos será imprescindible o cuáles no valdrá la pena el esfuerzo de llevarlo.

El tamaño y la calidad de su terminación también influirán en estas decisiones, los *trapos* gigantes (superan los 20 metros de ancho y de largo), no pueden ser trasladados por una sola persona, requieren de mayor maniobra para desplegarlos, por lo que se hacen presentes en festejos de un campeonato o un partido de importancia y no se llevan periódicamente a los partidos regulares. Estos contienen discursos que remiten a la identidad propia como el nombre del club, o la cantidad de títulos con frases referidas y están siempre muy bien confeccionados, con el mayor cuidado estético.

Los *trapos* medianos (pueden tener hasta dos metros de ancho y un largo que puede superar los 20 metros) y pequeños (no superan los dos metros de ancho ni largo) son trasladables por una persona, aunque si son muy largos se involucra a más. Pueden contener cualquier tipo de referencias identitarias y variar la calidad de su confección. Se buscan frases rebuscadas, son más incisivos que los *trapos* grandes aunque tienen muchas frases que se reiteran entre distintas *hinchadas*. Pueden identificar a un pequeño grupo de hinchas (5 o 6) e incluso pueden ser personales, en representación de un solo individuo y su identificación con el club, que será llevado a todos los partidos que este hincha presencie.

También existen *trapos* medianos que responden a situaciones concretas y mensajes que remiten a un momento particular, lo importante es transmitir el

mensaje en ese partido o ese día específico. Están apresuradamente terminados, por lo que suelen no tener buenas confecciones y generalmente se pintan con aerosol. Siempre remiten a un “otro”, desacreditando a otro colectivo que necesariamente tiene que leer el mensaje. Suelen parecerse a “pancartas” que se exhiben en marchas o manifestaciones.²⁹

En estas diferenciaciones estéticas se definen los discursos a construir, la batalla por el prestigio, qué vale más y es aquí donde aparecen los contrastes, las diferencias y las interdependencias que construyen los juegos identificatorios.



²⁹ Un ejemplo que puede graficar este tipo de banderas son las que aparecieron en la hinchada de San Martín luego de la derrota en la final de 2011 ante Matienzo. En el CLÁSICO posterior a aquella definición, se mostró un TRAPO con la palabra “CORRUPTOS” y otra con los símbolos “\$\$\$” que ocupaba toda la tela. La misma solo apareció en ese encuentro y fue muy polemizada por la hinchada rival.



Fotos aportadas por hinchas.

Las frases que acompañan las telas marcan las distinciones que devienen en posturas de la *hinchada*. En las telas *tricolores*, puede verse la alegoría a la “grandeza”, conjugando el escudo con imágenes de “próceres” nacionales, o el categórico “igualarnos jamás” en la gigante bandera con el N° 21, en referencia a los títulos ganados, que habla de una otredad que nunca podrá alcanzar esa cuantificación de gloria.

Las banderas *albicelestes*, también ilustran una postura significativa, construyendo la constante ida y vuelta de significaciones, “no se trata de triunfos” no es más que la muestra de esa relación. Un apelativo a la humildad y a la propia comunidad de hinchas, que se resuelve con una palabra de mucha circulación en esta *hinchada*: “diferentes”. También una muestra de la relación para con la cultura y

el gusto popular, en un *trapo* en homenaje a un hincha fallecido que es anclado con un símbolo como “La Mona”.

Como esta, existen muchas que escapan al recorte aquí presentado, que tienden ese vínculo hacia lo popular. En ambas *hinchadas*, se replica una constante futbolera, con frases “hechas”, al igual que las canciones, que incluso coinciden en estar estampadas sobre ambos colores, y que por esta razón fueron dejadas de lado.

Como se puede observar en las fotos, es difícil obtener imágenes de las banderas colgadas en el alambrado en el momento del partido, ya que por su posición es imposible tomarla desde atrás del alambrado (siendo parte del público espectador), mientras que su exhibición deseada da de cara al campo de juego. Esto motiva a conseguir que algún fotógrafo desde adentro deje de enfocar el juego y haga parte a los *trapos* de la captura del día, pedido que no siempre es respondido para desilusión de la *hinchada*. Por ello, todas son fotos de otros momentos, mientras se hacen o arreglan e incluso en algún festejo después de un partido.

Muchas de ellas tampoco tienen frases, simplemente ilustran con los colores del club a la *hinchada* y también son muy significativas, sobretodo en otros territorios donde no es el propio. Los *trapos* son un signo de identidad que desprende gran fervor en la cultura futbolera.

Entre “altaneros” y “resentidos”

“Si una tarde desde el balcón del vaticano nuestro papa se le ocurre bendecir a los de san Martín y Matienzo, nos arrodillaremos solo los de acá”.

Pablo Whebe, 2014, Relato “una bendición”, 80º aniversario club San Martin.³⁰

La retórica de aguante, incita en los discursos sobre identidad a revertir los valores ajenos para convertirlos en disvalores, indeseables y ausentes en el grupo propio, de la mismo forma que exalta las categorías propias.

³⁰ Texto completo en libro “San Martin, 80º aniversario”, 2014. Audio completo en Facebook institucional Club Atletico San Martin, dirección URL: <https://www.facebook.com/sanmartin.montebuey/videos/772770509520155> [29 de febrero de 2016]

De este modo, en el terreno de las *hinchadas* monteboyenses, la “*grandeza*” referenciada por el lado de Matienzo se resignifica como “*altanería*” hacia la *hinchada* de San Martín.

San Martín implica una pelea diaria, a uno le parece que son más mimados los otros, que son más altaneros, que se creen poderosos, y que se yo, es mejor así, pelearlos desde abajo desde el sur sabiendo hasta donde podemos. (wehbe, 2014)

Se explyea el relato, citado en el epígrafe, con el que se emocionan hinchas *albicelestes*. Al mismo tiempo que destaca la humildad como valor, se desprecia la “*altanería*”, categoría con la que se define al otro. Alardear de los “*títulos*” es una categoría que se imprime en el contrario y de la cual el propio grupo carece; unas respuestas como “*agrandados*”, “*arrogantes*” u “*orgullosos*” son otras formas de referenciarse a este carácter con el cual se forjan los antagonismos.

El mismo mecanismo se puede interpretar en las categorías valorizadas por la *hinchada* de San Martín, como la *humildad*, que es resignificada en la *hinchada tricolor* como *victimización* o *resentimiento*.

Estas categorías, tanto como parte del repertorio del aguante, están emparentadas con otras que se expresan en distintos espacios de la sociedad. Llamar al ganador “altanero” y al perdedor “resentido” no es algo que ocurre sólo en el universo del fútbol, más bien remiten a las estructuras de sentido propias del discurso meritocrático en cualquier espacio.

El deporte viene a forjar en las sociedades modernas, un espacio organizativo donde se puede proyectar la idea de competencia en igualdad de condiciones, un pacto entre iguales donde gana el mejor, ya que las reglas deberán cumplirse y están aceptadas por todos los participantes. Esto emparenta al fútbol con el ideal democrático del estado moderno, de allí su difusión y popularidad, como proponen Elias y Dunning (1992), del mismo modo, “la competencia legitima las posiciones del ganador a través del resultado y el desempeño deportivo” (Frydenberg, 2011 :59).

Entonces, como en la democracia, la impresión de igualdad es necesariamente puesta en discusión. Lo que se les escapa a la proyección igualitarista es que las instituciones no son impermeables e impolutas, sino que se insertan en sociedades

desiguales y difícilmente rompan con la dominancia³¹, las organizaciones del fútbol suelen dirimirse en el problema de la “igualdad de oportunidades” sin tener en cuenta la “igualdad de posiciones” (Dubet, 2011).

Es aquí que surge la pregunta por la justicia, y las *hinchadas* de fútbol suelen ser grandes examinadoras de este tema, percibidoras de las más mínimas injusticias contra su equipo, aunque también justificadoras de los méritos propios. El mérito es relacionado al *esfuerzo*” y todos resaltan el propio. De este modo, los “ganadores” del juego, resaltan los méritos propios, mientras desprestigian cualquier crítica, principalmente a su falta de honestidad competitiva, como cualquier ataque directo al *esfuerzo*; en el fútbol como en cualquier libre competencia, “hay que saber perder”.

Cuestionar las reglas del juego o los méritos del ganador, como criticar la fortuna del empresario, es de “*resentido*”, “*mal perdedor*”, es “*victimizarse*”. Al mismo tiempo, la persistencia de una desigualdad se convierte en un valor, en el que la “*humildad*” se resalta como puente al mismo “*esfuerzo*”, “*se hace lo que se puede*” en conformidad con el mérito propio.

En el discurso público, todas y todos se esfuerzan, igualmente solo algunas y algunos ganan. En un fútbol donde generalmente ganan los mismos, la evocación de conspiraciones y “manos oscuras” en detrimento del esfuerzo propio, también son constantes, por lo que hacia ambos lados se construye una categoría propia de identificación. Además, con las posibilidades de que en la lógica de “aguante” que regula a la *hinchada*, estos discursos posibilitan aún más su sentido de poder identitario.

Lo clásico de los *clásicos*, entre *corruptos* y *quilomberos*.

En la exploración de estas categorías, se podrán ir asomando algunos análisis sobre el campo de posibilidades simbólicas que estas identificaciones arrojan. Las aseveraciones hasta aquí formuladas permiten empezar a pensar, a esbozar las derivas de la violencia como fenómeno de esta relación, ya que las mismas, entre otras cosas, permiten en relación al “aguante”, el mandato de sobrepasar límites.

³¹ La miniserie de Netflix desarrollada por Julian Fellowes, “The english game”, imprime esta temática en los inicios del deporte.

Esta estructura organizadora, masculinizante, anima la violencia en, al menos, dos sentidos que devienen de estas categorías. En primer lugar, más vinculado al “honor” propio, en un universo que se desenvuelve constantemente entre vencedores y vencidos, se espera que se comporten como tales. No es lo mismo ganar o perder, pero se deben sostener igualmente las posturas para defender un “honor” que se disputa más allá del resultado.

De los ganadores se espera una denostación del rival bajo cualquier performance imaginada por los actores, en ello caben todas las figuras retóricas sexuales masculinizantes sobre penetración imaginables y también categorías socialmente degradadas, como *negro*, *puto*, *amargado* o *virgo*, que caben en cualquier insulto. En cierta forma, disfrutar una victoria se trata de hacer sufrir a los derrotados.

Del perdedor, se espera que no se quede de brazos cruzados ante los agravios, por lo que interferir cualquier signo de “provocación” lazando por el rival es necesario para responder al “código de honor”.

Altaneros y *resentidos* son dos categorías que devienen de estas situaciones y que pregonan dos posiciones, inscriptas en las trayectorias en el campo, donde toda actividad será mediada por estas categorías. Insisto, en el fútbol, generalmente, ganan y pierden los mismos.

Sin embargo, este corolario cotidiano que envuelve al fútbol, no conlleva al enfrentamiento físico entre hinchas en el estadio, *pelear*, no es parte del repertorio entre estas *hinchadas* en la cancha, si algunas veces de jugadores, si quizás en otros espacios. Por este orden, se producen todo tipo de signos discursivos y performances escénicas, tan naturalizadas como desapercibidas, que se entienden como *cargadas* enmaradas en el *folcklore*.

La mayoría de hechos nombrados como “violencia”, en las canchas monteboyenses, tienen más que ver con el segundo sentido que arrojan estas categorías, vinculado más cercanamente a la exigencia de justicia.

Al fútbol, como se explicitó anteriormente, se le exige una justicia que escasea en otros órdenes. En el deporte, se busca construir una justicia más perfecta, que mediante el acatamiento de las reglas exista una competencia íntegra. En esta aparente igualdad de condiciones, además, todos y todas sienten el *esfuerzo* realizado, creyendo merecer más de lo que obtienen en los resultados. El árbitro, en

estas ocasiones, es el foco de una justicia que difícilmente será conseguida; el encargado de impartir un reglamento que muchas veces no conforma a ninguno. Las *hinchadas* siempre entienden lo contrario a la propuesta modernista, la justicia no es parte del deporte. El árbitro personifica a una justicia siempre inconclusa para la mirada de la *hinchada*.

Cuando alguno de los actores del fútbol no considere la retribución de su mérito dentro de la cancha, señalará al árbitro, y el aguante instigará a la “justicia por mano propia”. Escenarios como este se reiterarán incontables veces los fines de semana, involucrando a técnicos, jugadores, hinchas y dirigentes de cualquier club, y serán descriptos oportunamente en este trabajo.

Esa búsqueda de justicia, legitima prácticas violentas que incluyen aprietes, insultos y trifulcas, tanto adentro como afuera del campo de juego. Las prácticas variarán dependiendo de sus ejecutantes, ya que dirigentes tendrán la oportunidad de dialogar con el árbitro “cara a cara”, mientras que las y los hinchas solo podrán gritarle y arrojarle objetos. Para el resto de los espacios, fuera de la cancha, existe la producción de conspiraciones, negocios “tras bambalinas” y deshonestidades que aseguran la imposibilidad de justicia.

Las experiencias indican posiciones asumidas, tal como ganadores y perdedores establecidos o prefigurados, existen *corruptos* y *quilomberos*. La discursividad antes, durante y después del cotejo de juego, gira en torno a la producción del otro, de este modo se trazan estas categorías claves en torno al desarrollo de la violencia.

Si hay algo que tuvo el trabajo de campo, fueron partidos inconclusos, suspendidos por este tipo de hechos que atentaban contra el desarrollo del mismo, fue casi un año de *clásicos* sin terminar, uno tras otro, luego de aquella escandalosa final del clausura 2017, como la mayoría de informantes destacaron, el punto de inflexión en la relación entre ambos clubes.

La producción del “otro” comienza en los relatos sobre una otredad que se vuelve intolerable, poniendo en duda toda su honestidad. Mientras que *unos compran árbitros*, otros harán lo imposible para no jugar, porque, en *la cancha lo pierden*.

Después de la final que enfrentó a ambos en 2011, la *hinchada* de San Martín mostró una bandera con la palabra *corruptos*. Desde aquí en adelante, la tensión de estas categorías se implantará en las identificaciones de las parcialidades.

De esta forma, se performatea la trama de “justicia por mano propia” ante la más leve sospecha de inequidad en el arbitraje, que se traduce en arrojar bombas y bengalas a la cancha, o atacar directamente al árbitro impidiendo la continuación del juego, el “aguante” lo pide: exhibir ese poder contra todo arrebató, defender el “honor” puesto en juego. También exhibición de triunfalismo exacerbado, la producción de un otro desacreditado e incapaz de aceptar resultados, una disputa de prestigios que muchas veces no encuentra escape más que en superar límites de violencia.

Los hechos de este tipo terminan funcionando como “consenso”, donde la violencia es una salida viable para el sostenimiento de las posiciones adquiridas, donde los procesos de identificación se conforman y se fortalecen.

Cantitos

Donde se pueden analizar, quizá más claramente que en otros espacios, las categorías de producción de otredad es en la discursividad, durante los partidos, principalmente, en los cantos.

Cantar es la acción privilegiada de *alentar* o, al menos, con la que más se la vincula, en esta idea de asumir un papel activo en la periferia del juego que toma poder por su carácter colectivo. Por ello, el lenguaje construido en estas canciones definen lo colectivo: debe ser cantable por todas y todos, al menos, los que se sientan representados con el grupo que *alienta*.

Los cantos adquieren un sentido de unión grupal entre los propios, como también demarcar frontera con las otredades, ya que son un discurso identitario pensado para ese fin. Cantar divide a los propios, fragmenta grupos y une otros, diferencia entre los que más alientan, los que a veces cantan y los que refieren participar de otra forma, como también construye un otro con el cual se enfrenta constantemente, mediante una lógica de negativización de todas sus características.

Por más agravios y sentidos peyorativos que contengan estos discursos, difícilmente son vistos como una forma de violencia por los hinchas, incluso los

sectores más alejados de las lógicas de “aguante” suelen naturalizar los cantos como “folcklore”.

Alentar al equipo propio se convierte en un factor por el cual la *hinchada* cobra un rol como actor del espectáculo (Bromberger, 2001), algo que en la cultura nacional pasa a ser una obligación más que una opción.

Los cantitos son elaborados a partir de melodías de canciones masivas, conocidas por los hinchas, provenientes de géneros populares como la cumbia o el rock las que se cambian por letras propias de la *hinchada*, esto se llama “contrahechura” (Bundio, 2018)).

En el caso de Monte Buey, las canciones en su mayoría son apropiaciones de otras “canciones de cancha” -género casi institucionalizado-, que se masifican a partir de otras *hinchadas* de equipos nacionales. Algunas de la selección argentina, otras de las *hinchadas* de San Lorenzo, Belgrano o Boca son utilizadas cambiando las frases que se refieren a las identidades, aunque muchas veces se pierdan sentidos o queden añadidos sentidos anteriores que no tienen demasiada coherencia con el contexto propio.

Para el surgimiento de un *cantito* debe haber una mediana organización del aliento, una parte de la *hinchada* cohesionada con ese fin; por ello favorecen los momentos extraordinarios, como partidos definitorios a partir de cuartos de final o clásicos importantes donde se crean nuevas versiones. De lo contrario, las *hinchadas* monteboyenses continúan con los cantos aprendidos y los clásicos que ya traen décadas.

Hay cánticos que son seguidos por la *hinchada* en su totalidad, como el “tricolores, tricolores” o “matadero, matadero” en su defecto, con la melodía repetida de la marcha peronista³², aliento clásico de todas las generaciones, sobre todo después de un gol, un partido definido, como una felicitación al equipo en la cancha.

El ingreso de los jugadores es siempre saludado con el clásico “Boby, mi buen amigo”³³, melodía utilizada por la mayoría de la *hinchada* y que es costumbre como primera canción.

³² Hugo del carril (1949)

³³ Curiosamente, la pegajosa canción se trata de una campaña del operativo Sol, realizado por la policía de la provincia de Buenos Aires en 1981, en donde advertía a la gente que no podía llevar a sus mascotas en el auto, si es que viajaba hacia la Costa Atlántica. https://www.marketingregistrado.com/ar/futbol/2017/07/16847_el-curioso-origen-de-la-cancion-%E2%80%98mi-buen-amigo-ante-la-salida-a-la-cancha-de-cada-equipo/

Luego, los canticos varían según las ocasiones y la efusividad de la totalidad de la *hinchada*, si solo cantan algunos se eligen temas más identificatorios del grupo, además la situación y el rival definen que se canta.

En el último tiempo, no se han dado “diálogos” entre *hinchadas* a través de los cantitos en los *clásicos*, si en otros partidos. Esta discursividad es más llevada adelante por gritos, pero cuando se contesta con un canto se desata una efervescencia mayor de la *hinchada*, que concentra su energía en el juego discursivo. Si hay muchas canciones específicas para con este rival, se pueden usar como datos para indagar en sus identificaciones.

Suelen escribirse letras específicas contra el clásico rival, que señalan, con el avance de la historia, los acontecimientos que se pretenden exhibir, como la final de 2011, para la *hinchada* tricolor, que utiliza la melodía popularizada en el mundial de Brasil 2014, para alentar a la selección nacional³⁴:

“Albi decime que se siente,
tener en casa a tu papa,
Te juro que aunque pasen los años
nunca nos vamos a olvidar.
Que el Chano te gambeteo,
el Machi te vacuno,
estás llorando desde el 11 hasta hoy.
Esta tarde vas a ver,
te volvemos a coger,
esta banda esta re loca otra vez.”

En una evocación de jugadores y momentos, además de la relación parental padre/hijo, propone una superioridad absoluta, eternizada. Un cántico que se repite y se corea en cualquier momento del partido, sin esperar situaciones específicas.

Rememorando el mismo momento, la *hinchada* albiceleste contesta con un canto que manifiesta la oposición identitaria y el uso de las categorías degradadoras del rival antes descriptas, con la melodía de “It’s a heartache” de Bonnie Tyler (1976)³⁵:

³⁴ Esta melodía pertenece a la canción “Bad moon rising” de la banda Creedence Clearwater Revival, de su álbum *Green River* (1969)

³⁵ Melodía comúnmente utilizada para insultar a los propios jugadores. Sobre esta y otras canciones de cancha se puede consultar “¿Puede una hinchada putear a sus propios jugadores?” de

Con el mismo comienzo que la otra canción, “decime que se siente”, se denota la frontera de entenderse distintos y sentir distinto. En este caso, aparece la figura del soborno, la *corrupción*, que conlleva a la injusticia, pero a la vez señalando el poder económico por sobre el deportivo, pagar puede ser a propios o ajenos:

“Tricolores decime que se siente,
Pagarle a la gente para salir campeón”.

Cada final disputada fue un punto de inflexión y de producción de nuevas canciones con estos significados, sobre todo tras reiterarse el marco y el resultado. Desde la final del 2011, las figuras vuelven a replicarse en ambas *hinchadas*.

Con la configuración de estas disposiciones, la *hinchada* de San Martín utilizó estas figuras en casi todos sus canticos, que recobraron fuerza luego de la final del 2017, pero se pudo observar la poca producción posterior. Se siguen cantando las mismas, ya que a la vez siguen teniendo sentido.

Las canciones más reiteradas, que son a las que se vuelve cuando el partido está estanco y sin nada que aportar al universo discursivo, son reinterpretaciones de canticos de otras *hinchadas*.

Melodía: “Imposible” (Callejeros)	Melodía: “Jurabas tu” (los del fuego)
Todos los domingo a la tarde yo vengo a alentarte, Venimos aguantando los trapos para verte a vos. Al fin va a decir la verdad el que escribe los diarios, Que Albi es el más grande de todos y nunca abandonó. Aunque ganes o pierdas yo siempre te sigo, Que me la chupen todas las <i>hinchadas</i> y el periodismo, Yo no me voy antes que termine el partido Bandera negra y parlante no hay, Porque esta <i>hinchada</i> es puro carnaval.	De chiquito, a mí me decían que por el Albi deje la vida. Yo lo sigo hasta la muerte, porque esta noche Yo voy a verte, a verte, campeón. Como puedo yo amarte así Vamo’ matadero. ¿Dónde estás, complejo? Vos te fuiste a la B por cagón. ¿Dónde estás, Matienzo? Vos pagaste para ser campeón

Complejo y la cubetera vamos a quemar. Y para siempre Matienzo va a correr sin parar	
---	--

Las mismas, además del discurso sobre la propia identidad de *aguante*, señala a dos alteridades próximas, Matienzo y Complejo, el club de Justiniano Posse. Vuelven la figura de la “cubetera” y “pagaste para ser campeón”, esta última con un agregado coreográfico de las manos efectuando un pago. Los mismos signos, pero reelaborados, con cánticos más largos, con más contenido y letras menos reiterativas.

Por el lado de Matienzo, la *hinchada* refleja cada vez menos sus discursos en canticos de cancha, vuelve a los clásicos futboleros, siempre presentes y necesarios en los que la mayoría de la tribuna puede sumarse, como:

“Trico, mi buen amigo, esta campaña volveremo’ a estar contigo”

Las canciones son uno de los datos de cómo se viene significando el proceso analizado en este trabajo, cada vez más hay apropiaciones culturales de una *hinchada* que a la otra no le parecen necesarias y viceversa. Al mismo tiempo, la institucionalización del *aliento* como una figura intrínsecamente relacionada a la violencia, hace que algo pueda dejar de ser tan deseable.

Establecidos y diferentes

Los clubes abordados forman parte del entramado de estructuras institucionales de Monte Buey; por su antigüedad y trascendencia revisten amplio prestigio. A partir de ellas, se concretan y administran las distintas actividades como así también las obras que se desarrollan. Como se ha nombrado, concretar cada labor es una evaluación de progreso, que es constantemente comparada con su par.

Esta institucionalidad comprende la reproducción de categorías que circulan constantemente entre sus *hinchas* y que también se expresan en el repertorio de *aguante*. Estas se vinculan a la forma de construir prestigio como instituciones, y a la

formulación de identificaciones totalmente opuestas en cómo se lleva adelante la labor institucional.

En estas premisas, se podrá hacer un acercamiento a los posicionamientos adquiridos, ya que se manifiestan relaciones de poder que complejizan las pautas culturales más allá de los propios clubes.

Los resultados deportivos legitiman las practicas institucionales, el sostenimiento del rendimiento competitivo, además de otras obras realizadas, que hacen que el club Matienzo no solo se ubique como *grande* en la institucionalidad ligada al deporte, sino también como una institución a imitar, como modelo de gestión. Esto reviste incluso a organizaciones no relacionadas al deporte.

El éxito deportivo, tan difícil de explicar, recurre generalmente a destacar la palabra proyecto y compromiso, como la variable capaz de hacer diferencia; “esfuerzo” forma parte de lo que todos hacen.

Por ello, en la institución *tricolor*, aparece siempre la valoración del *compromiso*, como cierta forma de entender la figura del club, con un respeto definitivo que obliga a hacer las cosas de las formas institucionalmente establecidas para que funcionen. El compromiso es reconocido, principalmente, a sus dirigente, pero también a las y los hinchas, siempre en el sentido de cumplir con un “deber ser” (Williams, 1997).

Esto tiene relación con las categorías anteriormente descriptas, ya que el *compromiso* de las y los hinchas es entendido como acatar las normatividades, no sobrepasar “umbrales” que perjudiquen al desarrollo del juego y que puedan ir en perjuicio del propio equipo.

Por el lado sur, las cuestiones son bien distintas. El “aguante” lo traduce a “*ser diferente*”, en banderas y canciones, representando de algún modo una estrategia institucional de construcción de prestigio, de búsqueda de innovación, de hacer las cosas “distinto” a lo que se acostumbra.

Como argumento a esta categoría, las y los hinchas *albicelestes* se jactan de haber hecho las obras importantes primeros. Desde la pileta descubierta, la mutual de asociados, el gimnasio hasta la pileta climatizada. Años más tarde, el otro club concretaría las mismas ideas,

De este modo, se configura una forma de hacer al club, donde se prepondera el diferenciarse de la costumbre, haciendo gala de desarrollar nuevas ideas. Se

habla de *ingenio* o de resolver *necesidades* con *lo que hay*, como discurso legitimador y una forma de trabajar que se le atribuye a su gente, aunque no se logre la cohesión de toda una estructura.

En esta configuración, ambas instituciones logran amplio prestigio, aunque hay una diferencia en el funcionamiento más orgánico, legitimado además por concretar los resultados esperados, hace que se establezca como “modelo” institucional.

La presunción en estas cuestiones es que *San Martín hace las cosas primero y Matienzo las hace mejor*. Esta enunciación se puede entender hacia dos procesos identitarios distintos, diferenciales en las “experiencias” atravesadas en el campo y las capacidades de construir prestigios disimiles, relacionado a regulaciones de distinto orden cultural.

“Esto, del otro lado, no pasa”

La frase encierra una dualidad: puede expresar tanto el orgullo como la miseria propia; destacar tanto lo entendido como positivo, como negativo de lo que ocurre alrededor de un club, pero defiende una certeza, lo que ocurre acá, no es lo mismo que allá.

Como se menciona anteriormente, la *familiaridad*, es una cuestión principal que distingue cada sector; vivir de un lado o del otro determina ciertas cercanías/lejanías sobre los grupos de pertenencia, como también que relatos o “chismes” circularán.

Las y los informantes suelen destacar el pertenecer a un grupo por no vincularse, generalmente, con la otredad. Una hinchita de Matienzo, de 26 años, que desde que se instaló en el pueblo recorrió las “experiencias comunes” de un habitante del lado norte, se mostró incapaz de describir al hinchita *albiceleste*:

Yo no te puedo decir como es la gente del otro club, porque no los conozco, solo los veo en la cancha y me parecen unos bastardos...
Yo tengo todas amigas de mi club y no tengo amigas de allá, no me relaciono, prácticamente

Marcando la cercanía y lejanía en las interacciones sociales, esto permite pensar en una de las caras de esta rivalidad, que tampoco se reduce a esa separación. Como también se explica en el mismo análisis, tampoco la relación se

establece siempre como una tensión constante entre las partes o una enemistad personal entre pobladores de la misma ciudad, muchas personas se relacionan constantemente y en buenos términos, las *barras* de amigos están divididas por las adhesiones a un club u otro, sin exaltar el conflicto en términos personales, al igual que las familias “parentales”.

Lo que ocurre es que existe una adhesión a otra *familia*, de la que se es parte por transitar ese club y no otro, donde se aprehenden y construyen las relaciones propias a este grupo de personas cercanas entre sí por su identificación con la entidad, que no es otra cosa que aprender a “sentir” y “decir que se siente” pertenecer a esa *familia*.

Esta manera de figurar la distancia entre grupos permite entender las posibilidades de configurarse como distintos bandos, que mientras algunos y algunas comparten experiencias entre sí, hay una porción importante que pertenece a un “lado”, sin demasiadas complejizaciones.

Definiendo cuentas, ¿por qué se puede pensar la relación entre estas *hinchadas* como reproductoras de una dependencia mutua que establece a un grupo por sobre otro? Principalmente, por lograr grados de organización y cohesión interna que permiten un “excedente de poder” (Elías y Scotson, 2000: 22).

Hinchada, institución deportiva y territorio son tres categorías sumamente relacionadas al momento de analizar la construcción de poder. En este caso, el recorrido histórico de un club que nació primero y su gente conformó una cohesión normativa mayor que hace percibir al otro como “anómico” (Elias & Scotson, 1965, pág. 26).

Cuando Elías y Scotson analizan la sociedad de Winston Parva, explican diferenciales de prestigio que priman por sobre las posiciones de clase, proponen tomarla como un caso comparativo, y si bien no se encuentran aquí los mismos patrones relacionados a una interdependencia entre viejos y nuevos pobladores, si se pueden percibir otras relaciones que hacen a la variabilidad del prestigio.

De esta forma, se aprende, por ejemplo, a tratar distinto a los recién llegados. Los grupos establecidos suelen requerir mayores complejidades a la hora de integrar miembros. Como sucede en Winston Parva, el grupo “marginado” tenía una cohesión más reducida, siendo más abierto y no particularmente exclusivo en comparación de los “establecidos”, quienes tenían estándares propios y no dudaban

en excluir a quien no respete sus normas. Como varios hinchas de San Martín manifestaron, un joven hincha dice:

Voy a Matienzo un verano, donde ¿qué se yo?, entrás... la gente te mira y ¿qué se yo?... te miran mal, eso es lo que se decía, ¿no?, el de Matienzo u otro club, venía a San Martín, estaba más eso de “hacéte nuestro” me entendés, como esa necesidad de “vamos a integrarlo a la familia, vamos a hacerla más numerosa”

Los recién llegados necesitan recorridos distintos para ser aceptados en cada comunidad de hinchas; formar parte de la *familia* es una cuestión de generar confianza en el grupo. Los caminos son más laxos en el sur, donde los discursos de *necesidad* son más recurrentes y el afán de sumar implica allanar el camino a los recién llegados.

La confianza es un factor fundamental para el desarrollo de esta relación, las tensiones se manifiestan más profundamente en los distintos hechos que son marcados como puntos de inflexión por las y los informantes, como lo fue la final de 2017. En estas situaciones, los discursos se vuelven más interpoladores de esta desigualdad, “el chisme” circula con más frecuencia y hace que las situaciones se transformen marcadamente, quizás nada vuelve a ser como era.

En estas situaciones, también los recién llegados son los más puestos en duda; como frontera de pertenencia, la unidad de Pueblo, y a la vez el refuerzo de los estereotipos, lo extraño (lo foráneo) será lo primero vinculante al fracaso de las relaciones amistosas entre la gente del pueblo.

La aprensión de las pautas comunitarias es tan marcada que existe una frase que deriva de esta frontera: “esto, del otro lado, no pasa” como forma de entender lo propio y lo ajeno, la experiencia de pertenecer aquí o allá.

En el juego de oposición propuesto hasta aquí, se proponen las categorías propiamente posicionales y distintivas de cada *hinchada* como colectivo, de esta forma se pueden explicar y entender como una construcción en relación a un territorio con sus instituciones propias.

La desigual distribución de capacidad de construcción simbólica hace a una diferencia sustancial en los posicionamientos, aunque no bloquean las capacidades de construir prestigio. Los actores se identificarán a partir de estas relaciones para beneficiar sus experiencias cotidianas.

Pertenecer

Ser parte de una *hinchada* o la otra se entienden, hasta aquí, desde experiencias diferentes, que constituyen una identificación en oposiciones, que buscan existir a partir de otro. Hacer lo mismo, pero de diferente forma o, de la misma forma perseguir cosas distintas es sentir esa rivalidad donde la distinción del otro es un factor de importancia.

En este trabajo no se vienen poniendo en juego datos estructurales que ubiquen a los agentes exclusivamente por una variable económica, de este modo no se hacen correlaciones, entre las *hinchadas* abordadas, de datos de esta índole. Sin embargo, la clase como concepto de análisis, nunca quedo ajeno al abordaje.

En un escenario de época, donde el trabajo dejó de ser estrictamente el regulador de la vida material, con sus precarizaciones y desequilibrios, abrió paso a otros ordenes de la vida, más constantes, a ser signos de identidad y pertenencia por lo que la clase puede vincularse más a una experiencia común que a las posiciones adquiridas en la estructura económica.

De este modo, los clubes de fútbol proporcionan espacios donde esas experiencias se desarrollan, principalmente cuando asumen cubrir necesidades que otros espacios brindaban. La experiencia de *familia* propia de los clubes puede ofrecer lazos de solidaridad que dejaron al azar otras instituciones, como la escuela, la familia, el estado y sus partidos, o el mismo trabajo y demás organizadores de la vida. Así, los clubes deportivos se convierten en cohesionadores de amplios sectores, logrando una “alianza de clases” solo anhelada por otras instituciones, ante la fragmentación social.

Si bien, no hay un análisis hacia posiciones, sí se están exponiendo experiencias que se constituyen como diferentes formas de transitar las condiciones materiales de existencia. Por lo expuesto, ambas *hinchadas* incluyen de distinta manera las condiciones de participación de cada clase, límites y posibilidades disímiles que permiten a los sujetos construir prestigio de diferentes maneras, estrategias de movilidad.

Las distintas categorías de identificación se convierten en formas de participación desiguales hacia cada *hinchada*, ya que se legitiman de distintas maneras las experiencias de clase adquiridas.

Humildes, quilomberos o resentidos se relacionan más a una experiencia de subordinación, favoreciendo sistemas alternativos de representación para obtener prestigio de caracteres comúnmente desvalorizados. Por otro lado, *grandeza, compromiso o modelo* está más ligado a los valores hegemónicos de construir prestigio. Estas categorías hacen a las *hinchadas* tanto como a las y los propios *hinchas*. En el universo donde la “cultura popular” regula muchas de las prácticas, pertenecer aquí o allá puede significar una oportunidad de construir prestigio y distinción, una estrategia diferente de movilidad. Mientras que en la *hinchada* de San Martín se permiten más las lógicas propias de la “cultura popular”, la parcialidad de Matienzo está mucho más cercana a las valoraciones de la “cultura hegemónica”. Sin restar complejidad a las tensiones internas, las diferenciaciones entre ambos colectivos distinguen dos estrategias opuestas.

En esta cuestión, es posible volver sobre las relaciones delineadas y preguntarse hasta dónde alcanzan la partición analítica propuestas en la teoría; yendo al punto de esta investigación ¿Hasta qué punto la relación establecidos-marginados no es simplemente una experiencia de clase desigual? Quizás, tan desigual como las condiciones materiales de existencia, factor de diferenciación tradicional de las clases en el capitalismo.

Este análisis es motivado a partir de una categoría, siempre controversial, referida a la clase como es la de *gringo*, que en este caso aparece en el uso cotidiano para referirse a la clase agraria, devenida de inmigrantes y poseedora de tierras. Un reverso al antónimo social de *negro*, criollo y desposeído; categorías sobre las que suelen discurrir los discursos de identidad, nunca ajenos al “patrullaje” cultural del relato de nación (Adamovsky, 2012).

La referencia al *gringo* figura, en estos lugares, adherida al poder económico y al prestigio como clase fundadora de una zona “prescripta” como homogénea. Se encuentra más relacionada al club Matienzo. Cuando otra *hinchada* lanza este apelativo a la *hinchada* de San Martín, esta responde rápidamente “no, esos son los del otro lado”. No obstante, las y los *hinchas tricolores* suelen desligarse de esa identidad, como otras categorías desapegadas de las mayorías.

Sin embargo, vinculándolo a la experiencia de clases desiguales, como totalidad de sentidos que se integran, la *hinchada* de Matienzo cierra un círculo identitario entre *gringos, agrandados y corruptos*, dejando para la *hinchada* de San Martín las categorías de *negros, resentidos y quilomberos*. Una diferenciación de las partes de una totalidad que se construye entre los conflictos de “hegemónico/subalterno” y “establecidos/marginados”.

De este modo, se puede dar cuenta de las categorías identitarias construidas en los discursos del ámbito futbolero monteboyense, constituyéndose posiciones en un marco cultural que ubica a los agentes en las estructuras sociales. Sin embargo, estos acercamientos se encontrarán atravesados por las lógicas propias de cada comunidad de hinchas, que muchas veces acerca y/o aleja a rivales a partir de otras categorías como el género, la clase o la edad; tarea que ocupará el capítulo siguiente.

El tamiz de opciones hace a una configuración social que solo se entenderá en el juego de todas ellas como totalidad, y donde cada agente sostiene o busca las que más le favorezcan. Pertenecer es saber construirse hacia las categorías heredadas.

Este capítulo sostiene la construcción de categorías identitarias con las cuales las *hinchadas* se construyen, fomentando ciertas prácticas, discursos y símbolos capaces de entrar en el juego social por la disputa de prestigio.

Estos procesos de identificación, como se deja entrever, tienen punto de partida en las oposiciones territoriales, catalogadas como “ladismo”, que encuentran en las *hinchadas* un sustento para manifestarse.

Las categorías que identifican a cada *hinchada* se construyen desde posiciones simbólicas desiguales respondiendo a experiencias contextuales disimiles, poniendo en juego distintas estrategias de prestigiar al propio grupo.

De esta forma, se puede entender la relación entre ambas parcialidades como una relación entre “establecidos” y “diferentes”, como formas de cohesión desiguales que producen diferentes modos de hacer y pertenecer a cada grupo. Las lógicas de valoración de las prácticas y sentidos pueden entenderse como una tensión entre lo “popular/hegemónico”, la descripción en torno a la idea de “justicia” es una muestra de ello.

Estas producciones identitarias no terminan de resolverse en las disputas entre *hinchadas*, sino que también responden a las subjetividades que forman parte de la misma. Los distintos sectores conjugan estrategias que atienden principalmente a la clase, al género y a la edad como categorías de marcada importancia para el proceso identitario. En ello se avanzará en las siguientes líneas.

Capítulo 4:

Hinchas en la hinchada, la familia

El colectivo “*hinchada*” no es una construcción homogénea, donde podemos encontrar una subjetividad demarcada, sino todo lo contrario, una unidad heterogénea que pretende construirse a sí, disputando sentidos que distinguen las posibilidades de “ser hincha”. Aquí, se ponen en juego, no solo los significados contruidos dentro de la identificación posicional entre clubes, si no características propias de otros espacios de socialización: el barrio, la escuela o la calle.

Las comunidades de *hinchas* de ambos clubes en cuestión tienen tantas semejanzas como diferencias. En este caso, ubicando el foco en los lugares desde donde los sujetos se construyen como tales, se pueden entender similitudes en cuanto a la figuración de *familia*, una estructura de relaciones normalizada y aceptada, al mismo tiempo conflictuada, donde se da y se recibe, se espera y pide según cada posición.

La experiencia de formar parte desde estas *hinchadas* es figurada desde la dinámica *familiar*, así se entienden y desde allí se construye un sentido de pertenencia que se regula respetando “jerarquías y reciprocidades”, principalmente, relacionadas a la edad y al género.

La familia patriarcal se vuelve imagen de un orden asimétrico que promueve el papel de hombres “proveedores”, solapando la producción de mujeres que cuentan con nula participación en la toma de decisiones; sobre el *pibe* travieso existe una regulación de permisividad ajeno a *pibas* y adultos. Se promueven lazos de confianza y solidaridad que no necesitan mayor racionalidad que el sentimiento de ser parte.

En el mismo complejo de relaciones, aparece el cuestionamiento desde la clase, prefigurada como color y territorio propio, proporcionando posibilidades y límites que hacen corresponder a cada sujeto con sus espacios de producción simbólica dentro de la *familia*. Los estigmas y percibimientos sociales se materializan

en experiencias de clase que confluyen en el club, como oportunidad o amenaza al prestigio.

En este capítulo, las categorías de identificación abordadas pasarán a indagar hacia adentro de las mismas “*hinchadas*” demarcando similitudes y diferencias entre las subjetividades que las mismas producen. Esta apreciación será importante ya que se destacarán identificaciones más próximas a cada grupo que compone el colectivo “*hinchada*”, poniendo en juego las categorías de edad, género, y clase.

Las identificaciones en esta dimensión igualan muchas veces a los grupos de ambos clubes, principalmente por la cercanía de “familiaridad” con la que se representan, aunque se describirán casos en que ciertos repertorios serán más posibles en unos que otros.

El primer análisis, al igual que el apartado anterior, también indagará la urbanidad, esta vez desde una perspectiva “centro-periferia” que aportará nuevas identificaciones en torno a las ubicaciones espaciales.

Posteriormente, se confrontarán los grupos identitarios investigados a las categorías derivadas de otros estudios sobre “*Hinchadas*”, para hacer una configuración de los grupos aquí representados, más cercanos a la idea de “familia”.

Por último, se relacionarán los repertorios más cercanos a los estigmas de violencia y la legitimización de sus prácticas a partir del “aguante” como lógica posibilitadora de prestigio. Aquí, será central la relación de la violencia como plausible de identificación.

El barrio y el *pueblo*.

El pueblo, como unidad poblacional de menores proporciones que las ciudades, muchas veces soslaya unidades más pequeñas como son sus barrios, sin embargo las identificaciones con los mismos surgen allí donde la persistencia de las mismas necesidades hace parte de las experiencias comunes.

El proceso de urbanización, además, reproduce una lógica centro-periferia, entre otras cosas, a partir de categorizaciones en los espacios que dispone normas de construcción en cada sector, instalando estándares más exigentes para las fachadas y veredas del “centro” (Foglia, 2010), ubicando hacia ambas plazas y sus

alrededores los lugares preferenciales, aras de desarrollo comercial y de congregaciones públicas.

De este modo, se fue configurando la “reificación del espacio” (Bourdieu, 1999), estableciendo una distribución, en el espacio físico, de bienes y servicios, como también así de grupos y actores con desiguales oportunidades de acceder a ellos. Las primeras calles asfaltadas, iluminadas y con acceso a servicios fueron las de alrededor de la plaza, centralidad de cada lado.

Así, hay necesidades persistentes en sectores que se fueron construyendo con identificaciones propias. *El chaco chico* en el sur y *El Jabón* en el norte, son lugares que escapan a la planificación urbana primaria del poblado, y que se conformaron como “periferia”, desde el principio mismo de urbanización.

Estas zonas, hasta hace poco, no tenían asfalto o aun no tienen, lugares donde los servicios de agua, luz y gas escasean más que en otros espacios. Incluso son reconocidas como “segmentadas” e “inseguras” por los informes urbanos de la localidad (Antonio, 2008).

De este modo, se configuran zonas donde las identificaciones barriales cobran sentidos importantes de poner en juego, por lo que la diferencia Barrio-Centro es reproducida por los agentes en el lenguaje cotidiano. *Ser de Barrio* es una “experiencia común”, es habitar una periferia que es referenciada, y se compone de una diferenciación al resto del entramado urbano que, no tiene referencias propias establecidas. Además, es también articular discursos sobre “necesidad” como forma de producir el mismo territorio, el asfalto que nunca llega, la iluminación escasa y la constante hibridación con la ruralidad son las premisas del paisaje distintivo.

La frontera con el campo gana su máxima expresión en el barrio, donde la hibridación entre ambos espacios se entremezcla. Los corrales en los patios, los caballos y prácticas propias del espacio rural se entremezclan en esta difusa frontera con los cultivos, que demarcan el fin de la zona habitable.

Esta periferia producida, que tiene que ver con una localización espacial, pero también con una carga simbólica sobre el espacio, representa una “otredad”, ante la “prescripción de homogeneidad” (Grimson & Karasik, 2017), diversificando una población de la pampa gringa que se entiende como hija de inmigrantes y blanca, ocultando la presencia de clases y grupos de diferentes procedencias propias de la

nación argentina. Esto abona a las desigualdades persistentes que proponen Grimson y Karasik como características de la nación argentina.

Reconstruyendo “Hinchas militantes”

En la bibliografía sobre esta temática, se acostumbra a pensar a la *hinchada* en tres fracciones diferentes, que dadas sus prácticas y sentidos construidos conforman sujetos diferentes entre sí. Estos “tipos ideales” (Weber, 2006) que dividen al sujeto hincha son las categorías de: “hinchas comunes”, “hincha Militante”, “Barra brava” (Alabarces, 2012).

En la primer categoría, se engloban espectadores que solo van a la cancha a seguir el partido, sin mayor compromiso que el de adhesión a un equipo. El “hincha militante” está vinculado a la organización de ciertas cuestiones, asumiendo tareas vinculadas al *aliento*, al club, al traslado a otras ciudades o planificación de eventos (Archetti E. , 1985). Las “barras bravas” son grupos de hinchas organizados para el *aliento*, que hacen de la violencia su carácter distintivo, disputando el “aguante” como bien simbólico que las legitima.

Estas categorías tienen sentido en el territorio donde fueron pensadas y, si bien varían mucho con los sujetos que podemos construir en el campo de estudio, no dejan de tener poder comparativo, como también performativo, de cómo actúan y se entienden los sujetos de las *hinchadas* monteboyenses.

La categoría más cercana a las *hinchadas* del caso es la de “hincha militante”, ya que nadie está tan exento de lo organizativo, ni tan alejado de la construcción del espectáculo durante toda su experiencia en el club. Las fronteras relacionales se traspasan constantemente, aunque, situacionalmente, se puede entender a simpatizantes que solo *van a la cancha* o que no asuman otras tareas de los que se juntan antes a preparar el *aliento*. Desdibujando esta frontera entre “hinchas-comunes” o “militantes” será también plausible la figura del “barra brava” como imagen, ya que en el campo no existen como organización en los términos asumidos en la academia, pero sí una corporalidad y estética similar.

Estas categorías, además, aparecen mixturadas con otros actores que no son entendidos como “hinchas” en esa categorización, pero, en este caso, sí pueden ser entendidos dentro de ese colectivo, los *dirigentes*. En el caso en estudio, alrededor

del mundo del futbol, todas y todos son *hinchas*, ya que no solo se sienten parte de la misma comunidad de hinchas, sino que también comparten los mismos espacios, experiencias y trayecto, incluso durante el encuentro deportivo.

La dirigencia incluye, en la mayoría de los casos, una trayectoria como hincha, aunque no necesariamente. *La dirigencia*³⁶ se transforma, se proyecta hacia nuevos roles y experiencias, se pertenece a un grupo más reducido y se deja de pertenecer, nunca se deja de ser *hincha*.

Sentirse *hincha* es la condición para sentirse parte de la comunidad que son los clubes de futbol, como las personas (en su mayoría ancianas) que siguen el partido desde la radio en sus casas, siempre pendientes. El reverso es la gente que no se identifica con el futbol, dice no ser *hincha* del futbol, pero si simpatizar y participar de otras actividades del club, o directamente se declara *hincha* de otro deporte.

Se entiende como *dirigente* quien toma tareas institucionales, en relación al futbol y que forma parte de la toma de decisiones en estos espacios, perteneciendo a la “subcomisión de futbol mayor”. Por ello, está vinculado a un “transito”, se puede estar un tiempo, se pueden asumir cargos directivos por periodos, solo algunos sostienen estos roles durante un largo tiempo y se asumen *dirigentes*.

Los días de partido, este grupo desarrolla las tareas más importantes y necesarias para la actividad, como la logística de viajes, planillar, recibir a los árbitros o efectuar pagos, entre otras. Para las mismas pueden convocar a otros *hinchas*.

Las categorías son bastante más laxas, principalmente, porque las trayectorias o recorridos para pasar de una a otra, o para ser, por ejemplo, *dirigente*, no son tan disimiles ni necesitan demasiado tiempo de adaptación. En este sentido, se puede decir que no se necesitan años de experiencia política o de pertenencia a una “clase política” para ser *dirigente*.

El “hincha común” del “hincha militante” nunca estuvieron tan distanciados, pero en este caso, hasta sentirse “Barra”, puede ser una categoría situacional, de algunos partidos, de algunos momentos, de ir o no a *alentar* con *la banda*.

³⁶ Solo se analizarán las relaciones dirigenciales en torno al futbol masculino, no a la totalidad de la institución

División del trabajo

Para comenzar el análisis, me parece importante destacar que en la institución en general tiene un rol muy importante la edad o cómo se entienden las categorías etarias. De los niños y niñas solo se espera que jueguen, su participación se limita a ser jugador o jugadora del club. De las y los jóvenes se espera participación institucional, pero difícilmente serán entendidos como dirigentes, por eso se facilita mucho ser “hinchas militantes”. Los adultos varones tienen el acceso más permitido a los cargos dirigenciales, y cierta presión a involucrarse en algún momento, pero también la permisividad de alejarse del entramado institucional para ser solo *hinchas*. Las mujeres no tienen accesos a cargos, principalmente en el fútbol masculino, no así en otros deportes.

La categoría de “barra brava”, si bien puede acercarse a ciertas figuras de “organización del aliento” y al “Monopolio de la violencia física en la *hinchada*”, los grupos que se acercan a esta performatividad no están asociados a la distribución de bienes económicos, como las “barras” descritas en los estudios precursores. No hay ganancia económica, ni organizaciones jerárquicas institucionalizadas, aunque si una disputa por el prestigio que otorga la posesión de “aguante”. Tampoco hay una constancia en su presencia como en las “barras bravas” del fútbol argentino, si bien pueden lograr momentos de sostenida participación, no asisten como grupo en todos los partidos, si en los importantes o definitorios, como *clásicos* o instancias finales. Más que barras podrían entenderse como “Hinchas militantes del aliento”.

También destaco que las categorías varían en cada club. En la organización más cohesionada y estable del club Matienzo, son más claros y estables los roles, sobre todo los dirigenciales. Por el otro lado, se hacen más difusas las categorías de diferenciación del club del sur, sin tantas restricciones ni fronteras de entrada o salida de grupos o roles institucionales.

Sin embargo, ambos colectivos, presentan identificaciones similares en cuanto a sus divisiones internas, que responden a categorías propias que se ponen en juego al pertenecer a *la familia*.

La Familia

El colectivo *hinchada*, en el cual inciden relaciones de familiaridad y cercanía, por conocerse ,al menos, *de vista* -algo muy relacionado a la territorialidad antes expresada, pero también con las experiencias propias del espacio del club-, se entiende a sí mismo como *la familia*, ya sea *tricolor* o *albiceleste*. Con un sentido de pertenencia y permanencia en el entramado relacional del propio grupo, se diferencia de los “otros”. Este reconocimiento del colectivo por parte de sus mismos actores es una construcción de una realidad que describe y prescribe un grupo, junto con sus formas de socialización, un “espíritu de familia” (Boudieu, 1994)

Este grupo logra una cohesión propia a partir de relaciones que se construyen en la socialización interna, pero a la vez se conjuga con otras formas de relación propias de otros espacios, dado que estamos situados en un pueblo, donde la familiaridad, es algo constante: las personas y los lugares, más o menos conocidas, se reiteran.

Los diferentes territorios, posicionamientos sociales y jerarquías ya institucionalizadas son difícilmente disipados, ya que logran reconfigurarse para aportar al grupo de identificación. Aquellas características que necesiten ponerse en valor, son resignificadas siempre positivamente para la integración de un grupo propio en la *hinchada*.

Es por ello que hay una división de grupos internos que se construyen a partir de procesos identitarios, que ponen en juego diferentes dimensiones para reconstruirlas, como son la clase, el género o la edad. De este modo, pertenecer al grupo de jóvenes puede entenderse como una forma de construir la juventud, o como una forma de practicarla. Del mismo modo, ser *dirigente* es algo más relacionado a la adultez y un símbolo de madurez, donde, por ejemplo, se deja de lado el *bardo*.

Así, los pibes, las pibas, o madres y abuelos “hacen” al club a partir de acciones que le son propias y que les “corresponden” en esa división intrínseca, al pertenecer a la *familia albiceleste* o a la *familia tricolor*. Del mismo modo, esas acciones tienen una correspondencia con categorías identitarias, un juego de sentido que se manifiesta en el proceso mismo de vivir. Hacen al club, al mismo tiempo que se hacen a sí mismos.

En un primer análisis, como rasgo general, se puede destacar una división sexual del trabajo (que deviene del imaginario de familia moderna), donde en la

lógica patriarcal binaria, primeramente la mujer se encarga de “lo privado” y de labores no remuneradas, como el lavado y acondicionamiento de uniformes. Por su lado, los hombres se lanzan a la toma de decisiones, la provisión de recursos y espacios de exposición, como cargos dirigenciales o director técnico.

Este ordenamiento del trabajo ofrece sus tensiones propias. En el ámbito del fútbol masculino, serán analizadas y descritas; en otros espacios que conforman al club, pueden encontrarse variaciones y nuevas aristas.

Además de la división sexo-genérica, hay una división etaria según lo esperable, procesos en los que ser niño, joven, adulto o viejo implican diferentes límites de posibilidades. Lo esperable es no saltarse los segmentos, una trayectoria demarcada.

La institucionalidad de la familia, figura primera de la socialización, hace prefigurar en el universo futbolístico esta relación. El universo propio de significados de un club da a llamarse *la familia* y, al mismo tiempo, facilita tareas o roles en consonancia con esa figuración, algo que puede interpretarse, en el último tiempo, de diversas maneras, pero que lejos está de romper los esquemas fundacionales, por ejemplo, la antigua *subcomisión de damas* se mantiene vigente años por fuera de los roles resolutivos que solo incluían varones.

En este recorrido, entran en juego los roles dirigenciales, cierto paso de ser *hincha* al *dirigente*, que es un proceso para nada estanco, por demás diverso, donde se exploran y conocen nuevos ámbitos que permiten un cambio de perspectiva que el *hincha* no experimenta cotidianamente. Acceder a estos espacios son situaciones que no atraviesa una mayoría de *hinchas* y que además está más al alcance de algunos que otros.

En las trayectorias y heterogeneidades internas es donde se expresan otras categorías, que se construyen hacia otros grupos, tanto propios como foráneos, disputando sentidos en torno al prestigio y las formas de ser *hincha*.

Estas representaciones serán expuestas en el repertorio de acciones llevadas adelante en torno a la *hinchada* de fútbol, donde cada actor discute, *alienta*, exhibe u oculta acciones, dependiendo de los sentidos propios de su grupo y en relación a una situación que involucra al resto de actores presentes.

Los que ya hicieron

Hay un grupo de hinchas que deben su prestigio no solo a lo que hacen, sino, principalmente, a lo que ya hicieron, a una trayectoria en el mundo futbolero que los sigue haciendo partícipes. Ya formaron parte del juego, o quizás de la organización del mismo, por lo que no están directamente relacionados a la estructura institucional del club, aunque nunca tan alejados.

Su repertorio pasa por estar siempre, incluso los peores días para asistir a la cancha, aunque no por vanagloriarse de su “aguante”, sino por la misma costumbre de siempre haber estado y seguir estando.

Van con su radio a ubicarse en la tribuna, o en el mismo lugar de siempre, se enojan cuando “se juega mal” más que por los resultados, aunque no desdeñan los buenos momentos de festejar un campeonato o un triunfo agónico contra el rival de siempre. Si ellos festejan es porque no hay nada de qué preocuparse.

Son “abuelos”, quizás no en términos concretos, pero parecen entenderse como tales. Serenos, nunca se exaltan demasiado por una victoria o se desaniman por una derrota, saben que los vaivenes del éxito son largos y que ningún resultado es definitivo.

Parte de la historia solo la conocen ellos, no está escrita, nadie sabe si pasó o no, tienen datos de los orígenes, cuando todo empezó, historias de otras generaciones o de sus propias hazañas. De cuando las canchas no tenían alambrado, o las *hinchadas* no estaban divididas, de cómo antes todo era más lindo, pero “ojo, éramos peores que ahora”.

En esos relatos, caben los enfrentamientos con los del otro lado, las peleas y discusiones de un fútbol transformado. Otros “códigos” que parecen entender más que las nuevas formas.

Guardianes de los estilos, rememoran grandes equipos o jugadores que ya nadie nombra, confesando su forma irrepetible de desplegar el deporte. Hablan de aquel fútbol netamente amateur y su escasa disciplina, que permitía noches sin dormir o fumar en el entretiempo.

Por haber vivido todo eso, tienen un prestigio propio que nadie se atreve a desafiar, o casi nadie. Se han convertido en “emprendedores morales” (Becker, 2009), lo que digan en la tribuna difícilmente será cuestionado, del mismo modo

puede ser no tenido en cuenta, pero tienen el prestigio de pertenecer a todo antes que el resto de los presentes existiesen. Su prestigio no es disputable por otros grupos.

Son familiares directos del resto de hinchas o conocidos del mismo club, es difícil transitar por estos espacios sin conocerlos, hay una cercanía con casi la totalidad de la *hinchada*. Por ello, son reconocidos por todos los grupos y se relacionan en mayor o menor medida con todos ellos.

Jugar: *los chicos*

“Yo soy Machingo”, “yo soy el Guille Bustos” se escucha decir a los niños que juegan en el potrero, metiéndose en la piel de sus ídolos. Esta imagen es recreada por uno de los jugadores del pueblo, que a sus 27 años ha pasado por ambos clubes locales haciéndose del respeto de sus *hinchadas*. Se reconoce un profesional que la pelea de “abajo”, porque empezó sin nada más que ganas de jugar. Destaca una relación intrínseca del fútbol que conecta al *pibe* con un referente, el ídolo que conlleva el espíritu de jugar a la pelota. Jugar es lo que puede cambiar la vida del pibe o, quizás no cambiarla nunca, ser por siempre *pibe*.

Al hablar de fútbol e ídolos es ineludible la figura de Maradona: pibe, plebeyo y campeón, el coctel más codiciado para la mitificación de los jugadores de fútbol en nuestro país. Tal como señala Archetti (2008), la construcción de este jugador en leyenda viene de un proceso de narrativas nacionales que asociaron la nación a la idea de potrero, tal como la pampa gringa y el gaucho forjaron una figura de rebeldía, marginalidad y controversia que da sustento a la idea de argentinidad, el potrero se convierte con el fútbol, en el lugar propio de libertad donde se expresa el *pibe*.

El pibe es el “jugador del pueblo”, que se expresa natural y puro como habilidades innatas que trae desde siempre. Aquí, *jugador del pueblo* es el propio, nacido en el pueblo, el local, que se trata como alguien de la familia, se lo conoce desde pibito cuando jugaba en las inferiores y todos pueden contar anécdotas que lo relacionen con ese pasado de proximidad.

A los pibes, se los llama en plural, *Los chicos*. Cuando se reclama al árbitro se pide por *los chicos*, se los alienta con un “*vamos chicos*” y se los interpela ante

malas actuaciones con “*qué están haciendo, chicos*”, como si de niños se tratara, gozando de un afecto distinto, como si se desligaran de la responsabilidad adulta adentro de una cancha.

Cuando *llegan a primera*, se les destaca su *actitud*, lo que *corren* por la camiseta, la entrega constante para con sus colores. Se reconoce eximir fácilmente de toda culpa ante las actuaciones poco celebres del equipo, generalmente se les carga a otros actores la culpa de la derrota. En una racha negativa, una vez, mientras el técnico comenzaba a ser cuestionado, un hincha le objetó desde la tribuna, por demás perplejo: “no puties más a *los pibes*, yo (dice su nombre) te lo digo, mírame, no puties a *los pibes*”.

Esa protección puede ser disfrutada por el jugador en su club y, quizás no la obtenga en ningún otra parte, por ello se teje una relación diferente, la cual es retribuida con *entrega* dentro de la cancha, siempre se habla de ese sacrificio extra de los jugadores del club.

Además, los jugadores *locales* suelen costar menos dinero que traer *refuerzos*, algo poco ostentoso para la mayoría de jugadores, aunque valoran la comodidad de jugar en el pueblo. El afecto termina siendo monitorizado en los salarios, algo polemizado y discutidos en las mesas futboleras.

Los pibes quieren jugar por el deporte, pero además para vivir todo ese cariño que la *hinchada* devuelve cada domingo, luego de entrenar y esforzarse tanto tiempo. Sueñan con ser como los ídolos que forjaron lo que es jugar en el club.

En esto de jugar, hay algunos que se destacan por su constancia o disciplina más allá de sus habilidades, se los destaca más por su “profesionalismo”, aunque siempre hay un dejo de picardía que los conecta con el “pibe” que nunca dejan de ser. Las *hinchadas* valoran indistintamente estas cuestiones, ya que hay una identificación con el “pibe” o con la entrega propia del “potrero”, que construye relatos en torno a jugadores apreciados por este espíritu.

El ideario de libertad, de inversión de toda jerarquía, hace del pibe una imagen que se institucionaliza como “diferente”, que puede cambiar el partido en cualquier momento, y que tiene siempre la actitud rebelde deseada por la *hinchada*, una construcción heroica que propone a referentes del propio club.

Como muestra de esto, se puede identificar en el último tiempo, entre tantos grandes jugadores que pasaron por San Martín y Matienzo, a dos que lograron

convertirse en ídolos aclamados por propios y respetado por extraños. Que jugaron y juegan como “pibes”, a ello remiten muchas de sus características que los convierten en “niños mimados” de sus *hinchadas*, también ciertas evocaciones del relato maradoneano que los hace respetados por otras *hinchadas*.

Entre estas características que los destacan en su jerarquía y que hacen a esa distinción de estas figuras por sobre otras, está la proveniencia de sectores sociales más populares, postergados, el “salir desde abajo”, un discurso de “necesidades” solventadas a través del deporte. También, coinciden en ser goleadores de los que rompen records y tener una larga trayectoria en sus clubes, gran cantidad de partidos en los que hicieron su prestigio, de demostrar que “no se venden”, volviendo a la idea del jugador “del club”, que no cambia la camiseta. Una figura romántica que rememora al fútbol amateur de antaño. También, se suma una característica propia del “pibe”, la falta de disciplina, el sobrevivir a mil relatos que difaman su actividad fuera de las canchas, porque dentro de las mismas nadie tiene dudas.

El Machingo terminó su carrera deportiva en el 2019, luego de que le entregaran la condecoración por ser goleador del torneo con 11 goles en 12 partidos. Definido como “nueve Goleador”, una potencia excepcional, velocidad y fuerza, combinación letal para los últimos metros de la cancha. Convirtió más de 80 goles para el *tricolor*, donde se instaló en 2004, luego de un paso por las canchas de AFA, en Newells de Rosario, para quedarse a vivir en la memoria futbolera monteboyense como el *machingo*: el *pibe* de barrio que se cansó de hacer goles para el tricolor. Tiene el record de mayor cantidad de goles en *clásicos*, lo que lo convierte en un símbolo ante el rival. Una abundancia de títulos totalmente fuera de la media, acumula más de 10 títulos entre ligas y provinciales.

Sin duda, todas esas victorias son algo que lo dispone como ídolo de la última etapa del club, pero no es lo que más resaltan quienes hablan de él, sino su compañerismo, humildad, “buena gente”.

El machigol demuestra una tranquilidad inquebrantable cuando las *hinchadas* lo descalifican; le dicen *gordo*, ya que demuestra un físico muy fuera de los estándares del profesionalismo. También, le dicen *pelado*, *viejo* o *que se retire, que no da más*. La respuesta es siempre hacer un gol, haya tocado la pelota antes o no, haya jugado un excelente partido o no, aunque ese día le ceda todas las pelotas al rival termina anotando un gol. Figura maradoneana por su contextura de “gordito”, y

por responder a los murmullos en la tribuna con goles que despejan cualquier habladuría.

Alrededor del *machingo* existen miles de relatos sobre cómo vive su disciplina deportiva. “Un domingo a la mañana se va a correr liebres, después almuerza un plato de ravioles y a la tarde hace 3 pepas”, describen algunos hinchas que se identifican con su “normalidad”; todo es cotidiano en él, excepto su manera de jugar al fútbol.

Al otro lado de las vías, claman por otro *jugador del pueblo*, quizá proveniente de otra generación, aunque también marca sus comienzos en la primera albiceleste por el 2004/2005.

El Chaca o simplemente *el Eze*, jugador más que destacado por su juego desequilibrante, tal figura maradoneana, amado en la cancha y criticado por lo que hace afuera. Salió del club, aun juega en él, aunque tuvo pasajes por otros lares. Según cuentan fue a Europa y volvió, su lugar es acá junto a los suyos, semblanza romántica de pertenencia e identidad.

De joven promesa, es realidad. Ganó los últimos 4 (cuatro) títulos del club, siempre participe de esas hazañas, determinante en cada uno, sobre todo en los últimos años. La prensa lo apoda *El Matador*; convirtió más de 100 goles en el *albi*.

En su último regreso fue aclamado, la *hinchada*, de la cual forma también parte, luego de meter un gol de mitad de cancha en una final, le regalaron un signo de reverencia, performance repetida varias veces ante sus fantásticas intervenciones, las manos alzadas subiendo y bajando.

Si juega el Eze algo distinto puede pasar, una gambeta, un caño, goles maradoneanos, pero además se espera actitud, que defienda a los suyos, que se pelee con todos por el orgullo propio. Situación que también lo lleva a la polémica, lo tildan de impulsivo por sus recurrentes expulsiones, que lo llegaron a dejar dos años y medio fuera de las canchas, después de una agresión al árbitro en un *clásico*.

“*El 10*”, como lo llaman en la *hinchada*, es también querido por estar siempre presente como *hincha*, parando con *la banda* o trabajando en las actividades del club. En su periodo de expulsión fue parte central del *aliento* para sus compañeros. Criticado y amado por las mismas acciones, representa una clase siempre cuestionada, *negro* como “el diego” indeseable, hasta que toca la pelota.

En este sentido, ambos personajes reúnen en sus construcciones el rasgo propio de su pertenencia de clase, tal como Maradona, símbolo predilecto de las culturas populares en nuestro país, que encuentran una identificación cercana ante la “homogeneidad racial prescripta”, ídolos *negros y pobres*, que tuvieron las mismas experiencias de “necesidad”.

Lo que completa la figura del *pibe* será su “carisma” que, como destaca Weber, es una forma de ejercer poder (Weber, 1964). Los personajes destacados tienen una particular relación con sus *hinchadas*, donde el afecto tiene un papel fundamental y en esa representación de *Ídolo* logra un perdón arbitrario y casi odioso de parte de los suyos, desafiando los límites entre lo afectivo y racional.



A la izquierda, “el Machingo” festejando un gol. A la derecha, “el Eze” bajando una pelota en el rincón. Fotografías de Hernán Cortez, extraídas de: <http://fmdirecta.com.ar/>

Mujeres, madres y abuelas. Las que *aguantan*

“Yo te diría que si fuera hombre estaría colgada del alambrado gritando”.
Joven 20 años, hinchada *Albiceleste*.

Las mujeres forman parte de todos de los grupos pertenecientes a la *hinchada*, a pesar, de las construcciones eminentemente masculinas de los espacios.

Exceptuando *la banda*, un número elevado de mujeres componen los grupos de jóvenes o familiares que se congregan a los partidos.

Existen aquellas que se juntan como grupo, con cierta organicidad, encontrándose domingo a domingo para *hacer el aguante*. Generalmente, tienen alguna relación de parentesco para con alguno de los jugadores, tanto de los *pibes de la 4ta* o de la primera. Son madres, hermanas o parejas que forman parte del *aliento* en un repertorio enérgico de “aguante”.

Podrían ser consideradas “Hinchas militantes”, ya que no solo *alientan*, sino que hay un trabajo organizativo previo e incluso una participación en necesidades fundamentales del club.

Llegan desde temprano a ver el partido de 4ta, sobretodo quienes tienen parentesco con los jugadores de esta categoría, suelen llevar mate y algo de comida para pasar la tarde en el lugar predefinido, siempre vuelven allí.

Acompañan al equipo en todos los encuentros de local, de visitante también asisten, aunque resulta más complicado por la movilidad y, además, por estar al cuidado de otros niños o niñas que deben llevar o dejarlos al cuidado de alguien. Esto hace que tengan menos posibilidades de viajar.

Se suelen vincular al club con actividades, más allá de ir a la cancha. Como puede ser en futbol infantil acompañando en los viajes para el cuidado de los chicos o incluso lavando la ropa del equipo en las diferentes categorías. La participación en la toma de decisiones es escasa, sobretodo en la subcomisión de futbol donde la participación femenina ha sido históricamente vedada.

En la tribuna, la performance de *aliento* pasa por un discurso de “protección” o cuidado de *los chicos* ante las alteridades que puedan amenazar. El árbitro es el primer apuntado, le dedican advertencias cuando ingresa, para que mantenga la imparcialidad y, luego insultan, principalmente cuando hay juego brusco no sancionado en contra de los jugadores. Todo lo que ponga en riesgo la integridad física de *los chicos* es motivo de exhibir *aguante*.

También, ejercen esta protección con *los pibes*; más allá del momento de partido, acompañan en las practicas, se cruzan con los técnicos de inferiores cuando no los hacen jugar y sostienen la importancia de los jugadores, esos *pibes* que sienten como propios, aunque no sean hijos directos.

Construyen una legitimidad propia de estar siempre, poner el cuerpo siempre, en la tribuna, llueva o haya sol, se juegue la final o un partido sin trascendencia, están y confrontan con las alteridades. Arbitro, jugadores rivales, otras *hinchadas*.

Ofrecen rezos, macumbas, promesas, cada una despliega su cábala: mientras la pelota se acerca al arco propio, se cruzan dedos, se escucha “*Nunca, nunca, nunca*”, cierran los ojos, participan casi de manera espiritual, influyendo en las energías, una disputa que enfrentan más compenetradas que nunca. Cuando no gritan, piden en silencio por el milagro, sino calman la ansiedad charlando, mientras se pasan el mate o lo que haya para comer; relajarse puede no ser opción en los partidos más tensos.

Están al tanto de todo lo que ocurre con el equipo y de los rumores sobre otros equipos y/o jugadores, datos que hacen valer en el intercambio discursivo. Durante las observaciones, se dio a conocer que un jugador rival había sido denunciado por violencia de género, por su pareja, lo que motivó a gritos constantes para el jugador, “*golpeador*”, “*abusador*”, “*negro cagón*”.

También, suelen cantar *los cantitos* más clásicos, cuando la banda lanza uno son las primeras en prenderse en la tribuna. Además, están dispuestas a compartir la tribuna con *la banda*, cuando esta se suma a la centralidad de la *hinchada*, en los partidos importantes, algo resistido por algunos actores.

Cuando se forja esta comunidad tribunera, se pueden observar repertorios que no se observan en otros encuentros, como la tensión de la gente que no desea compartir tribuna con los bombos y el caos de *la banda*; como también, se nota cierta relación de respeto entre las mujeres y *los pibes* de *la banda*, que también son *pibes* como los jugadores y son tratados como tales por las mujeres, sobre todo las más grandes y que los conocen del barrio.

En estas situaciones, las mujeres hacen valer su respeto, les piden que se comporten, “*¿Qué hacen? Decile que no tiren vino...*”, le grita una señora mayor, morena a uno de los pibes en medio de la ovación del comienzo del partido: estaban tirando vino para todos lados, salpicando casi a toda la tribuna, otra señora baja los escalones agarra al hincha con el vino “*mirá, vos dejá de tirar porque te pego un bife*”, mientras la mujer de arriba los convencía “*si compran el vino tómenselo para que lo tiran...como si se los regalaran*”, después de esto la señora que bajó vuelve arriba y le pide un trago a uno de los que estaba más cerca. (Registro-7/4/2019).

Los retan, les hacen caso, conviven, se cuidan... los cuerpos duros y resistentes de *la banda* se dejan interpelar por el grupo de mujeres, las respetan, no les contestan, otros hinchas se molestan, pero no se animan a reprocharle sus acciones.

Aguantar es alentar.

En la interpretación de los grupos que conforman las *hinchadas*, hay uno en particular que es el primero en captar la atención del observador y es el de los grupos que organiza el *aliento*. Uno de sus propósitos es sin dudas este, el de hacerse notar y el de exhibir ante otros esa capacidad de no pasar desapercibidos. Lo que define su unidad es principalmente la organización del *aliento*, es su espacio de acción legitimado y propio, en algunos casos es su única vinculación para con el club.

Estos hinchas, varones en su totalidad, responden más sustancialmente a las lógicas hegemónicas de “aguante” y a la organización de masculinidad propia del ámbito futbolero. Su honor deriva eminentemente de esta figura y de la evocación de la cultura popular en toda su expresión, carnavalesca, enérgica y jocosa, algo legitimado por la hegemonía futbolera.

Hay una performatividad de estos grupos que responden a las características de las “barras bravas”, con una mediatización televisiva y experiencias propias de otras latitudes futboleras. Se transitan las mismas discursividades de *aguante*, con las estéticas, instrumentos musicales y hasta se copian canciones que derivan de estas, una propuesta de “aliento” tan hegemónica que es acompañada por otros grupos de la *hinchada* reconociendo la necesidad de su presencia. Hasta los jugadores, que muchas veces la padecen, hacen hincapié en su importancia:

“-La *hinchada* es la que te empuja, es la que te empuja a que vos estés, si vas perdiendo te da más fuerza.

-¿Vos sentís que influye?

-Influye mucho porque vos sentís, decís ¡bueno! esperás el domingo mirás para la tribuna un silencio... cuando se juega, sin público es como un entrenamiento, se escuchan los gritos, y la verdad que la *hinchada* te empuja un montón, agarrás, entrás a la cancha y se sienten los bombos, trompetas, nada eso, yo para mí eso motiva un montón la *hinchada*...”

La *hinchada* en general motiva, pero sin un grupo de hinchas más o menos organizados que propongan *los cantitos*, lleven bombos y todo el repertorio de aliento que puede incluir humos, bengalas y bombas de estruendo, el partido se vive casi en silencio, más allá de los gritos o puteadas del resto de los asistentes; hay una marcada diferencia entre los partidos a los que estos grupos asisten o no. Sin ella, los cantos solo aparecen en momentos muy específicos, después de un gol que defina el partido, por ejemplo, y se reiteran solo los cantos clásicos como el “*matadero, matadero*” o “*tricolores, tricolores*”³⁷ en su defecto.

Aunque se hable de esta necesidad, también se liga a estos grupos a la violencia, como ocurre en la pantalla mediática. El aliento es visto con esa doble mirada, con una vara moral que incentiva y limita, por ello su actividad está siempre sujeta a la situacionalidad donde se disputan sentidos morales sobre la violencia.

Por ello, no hay un reconocimiento institucional de estas prácticas que son miradas de reojo por los grupos dirigenciales, ya que especulan con el accionar de estos grupos, que muchas veces traen más problemas que soluciones a sus tareas.

Si bien sus miembros suelen asistir a todos los partidos, la participación grupal no es constante ni continua, como tampoco su volumen que tiende a ascender en *clásicos* y finales, pero flaquea en encuentros no tan trascendentes.

Generalmente, la grupalidad del *aliento* se configura con la participación de otros actores que se suman al núcleo organizador, otros jóvenes que van, mujeres que ocupan la tribuna y hasta niños que rodean al grupo principal, suelen acercarse motivados por los papelitos o algún instrumento que se les permita ejecutar.

Entre las actividades previas al partido, que se dirimen el mismo día o en la semana anterior, van recolectando lo necesario para alentar. Se junta la plata para las *bombas*, como generalización de todos los elementos de aliento previamente comprados. Hinchas que no suelen parar con la banda pasan y *agitan*, “*que no compraron nada*” antes de dejar la plata o, a la inversa, escrupulosamente dejan 500 pesos en la mano del que va juntando aclarando que es para *las bombas*.

Entre lo que se recolecta días anteriores, pidiéndole a hinchas pudientes y recolectando entre el mismo grupo, pueden gastarse diez mil o doce mil pesos, que se invierten en su totalidad entre bombas de estruendo, humos, bengalas y otros

³⁷ Ritmo de las estrofas de la marcha de la Unión Cívica Radical.

artefactos explosivos, también suelen donar globos u otros elementos de cotillón para decorar la fiesta. Si sobra plata, se va a comprar en el momento, el “vuelto” es para *escabio*.

Todo esto es ejecutado solo por los referentes, tanto del grupo central como de otro grupo que se suma al aliento y haya aportado. Es necesaria la capacidad de manejar el dinero, de poder contarlo y además generar la confianza del resto, de que será utilizado para la satisfacción colectiva. Es aquí donde se observa una división entre quienes acumulan más prestigio y que pueden construir poder de decisión.

Si el partido es de visitante hay que negociar con la policía para entrar todo, la mayoría de explosivos son ilegales, solo permiten tirarlos desde afuera, el resto de elementos (humos y bengalas) son retenidos hasta que se habla con un oficial a cargo que permita el ingreso. Si se juega de local, todo se prepara de antemano, los morteros, los fuegos, todo se dispone para el momento, incluso el *escabio* se deja escondido o enterrado antes de que la policía llegue.

Cualquier inconveniente leve es negociado con policías específicos, conocidos del pueblo. Si hay personas colgados de lugares prohibidos o se arroja algún elemento aislado, la amenaza siempre comienza por la sanción al club y puede resolverse rápido o quizás desbordarse.

Este fenómeno de grupos organizados para el aliento es propio de ambos clubes de Monte Buey. Dada su intermitente e inestable conformación, los nombres propios de estos grupo suelen difuminarse; del último tiempo, se cuenta que en el 2015, el grupo *tricolor* se nombraba como *la 17*, por el lado albiceleste, se bautizó *la 14*, hace aproximadamente 15 años, aunque hoy hay escasas referencias al nombre.

Las experiencias de *aliento* tienen un componente de clase y de género marcado; la cultura popular como regulador integra mediante la jerarquía de la fuerza, los más fuertes mandan, y también de la reciprocidad, todo se hace conjunto incluso el consumo, aunque no se ponga dinero. La repartición de las bengalas y demás objetos también sucumben a esta lógica, obedeciendo a los intercambios de favores o “dones” (Godelier, 1996). De este modo, el barrio y la clase adquieren una importancia como socializadores externos al ámbito específico, que ponen en juego otras formas de adquirir posiciones hacia el grupo.



Izquierda: El aliento tricolor en la tribuna central del estadio. Derecha: Bandera desplegada sobre la tribuna tricolor. Fotos extraídas de <https://www.facebook.com/ClubMatienzoMSyD>



La banda del albi ocupando la tribuna central. Foto extraída de <https://www.facebook.com/sanmartin.montebuey>



La banda albiceleste en la cancha de complejo deportivo de Justiniano Posse. (Foto aportadas por hinchas)

Outsiders: “Alentar y bardear”

“¡Esto no es la escuela! ¿Viste que cuando estabas en la escuela te decían ‘esto no es la cancha’?, bueno, ahora estamos en la cancha”... formulaba el Coquí, que es del *barrio*, hinchas y ex jugador, mientras tiraba agua para arriba, ante los reproches de algunos que ocupaban la tribuna, incitando al carnaval en una disputa por el espacio central de la *hinchada*.

Si se puede hablar de estigmas contruidos, se debe a un grupo de hinchas referenciados con la “violencia”, ya que su repertorio cultural es performático del sujeto “barra brava”, y que tiene lugar en la *hinchada* de San Martín.

Hay diferencias sustanciales entre las bandas organizadoras del *aliento*, no solo por una situacionalidad que los hace figurar como “culpables” de las suspensiones y violencias, sino también, por una combinación de trayectorias que convierten a estos sujetos en un grupo que no merece confianza o que es incapaz de vivir bajo normas acordadas por el resto.

Son quienes, generalmente, están dispuestos a tensionar el “umbral de violencia” y sobrepasarlo por el mismo repertorio que tiene que ver con el “aguante”, pero también con el “bardo” (Kessler, 2004). Mejor dicho, si bien el “aguante” es importante relacionamente por posicionarte frente a otro, y “pelear” es una acción tan exhibida como valorada en esta lógica, no es algo recurrente en el caso que se está abordando, de hecho en el trabajo de campo solo se observó un enfrentamiento directo con otra *hinchada*. Más bien, hay una recurrencia que hace a la dinámica

grupal más relacionada a lo que Kessler propone como “bardo”, en el estudio del “delito amateur”, y que se conforma como categoría que ordena la experiencia vivida de *la banda* como grupo de identificación, que genera una sociabilidad propia encontrando en *la cancha* un lugar de posibilidad, como también se evidencia en “Qué la cuenten como quieran. Una etnografía sobre el devenir barra” (Cabrera, 2019) .

“Se trata de una disrupción de las reglas de convivencia comunitaria, tanto de tipo delictivo como no delictivo” (Kessler, 2004, pág. 67) que no contempla otra finalidad que la diversión, reírse; un cúmulo de experiencias muy ligadas a la excitación, que propone trasgredir normas por la emoción que produce, escapando a las consecuencias que los actos puedan producir. Algo que se disfruta al hacerlo tanto como al contarlo, una quijotada de la risa que va más allá de las normas morales. En estas acciones se incluyen las *peleas*, tanto internas como con otros grupos: consumir sustancias, tirar bombas, arrojar objetos a la cancha u ocupar lugares vedados.

Por esta situación, llaman a proponer como “outsiders” (Becker, 2009) a *la banda del Albi*, o *del Chaco* (por la referenciación territorial de sus miembros con el *Chaco chico*), quienes con sus acciones logran tensionar las normas de comportamiento consideradas correctas y equivocadas o prohibidas en las canchas de fútbol locales.

Para quienes concurren siempre al sector de la tribuna principal, que en un partido específico llegue *la banda* y “cope” el espacio, puede significarle hasta violento, pero algo permite que esto se desarrolle, respondiendo al repertorio más justificado en la cancha de fútbol, *alentar*.

Generalmente, la banda busca otros espacios, lejos de la centralidad, suele acomodarse detrás del arco o en lugares alejados del resto de hinchas, construyendo un espacio propio donde se muevan los estándares de “normalidad”, donde se permita el “bardo”. El consumo de sustancias ilegales es factor de socialización y el “aguante”, un mandato, pero cuando el *alentar* gana centralidad, el grupo cobra legitimidad, al menos, de ocupar el centro de la tribuna, de exhibirse.

En *la banda*, también son *pibes*, tal como los jugadores. La mayoría viene de jugar en el club, se puede percibir esa “mimesis” (Elias & Dunning, 1992) con el juego, la tensión de la pelota rebotar, la protección de las *madres*, que ven a los

mismos pibes del *barrio* haciendo lo que acostumbran a hacer, salirse de la norma, “bardear”. Como en la escuela, en la calle del barrio, negociar el orden, intentar subvertirlo. Tal como se expone al comienzo de este apartado, las experiencias de marginalidad son adquiridas en otros espacios, el escolar como uno de los que aparecen como imagen.

Se ríen de todos de Luis, “el tigre”, un reconocido personaje que llega para tomarse un trago, mientras lanza discursos sobre la épica *albiceleste* o de otro *borracho* que es *hincha del trico* y no le dan nada, lo mandan para *el otro lado*. Una carnavalización y subversión de los símbolos propia de la cultura popular (Bajtin, 1990)

Los pibes juegan a la pelota, trabajan en la construcción, en mercados ilegales o no trabajan. Algunos, de más trayectoria, tienen 30 años, pero sus hijos los acompañan, están cerca, con 14 o 15 años se pertenece con las mismas lógicas.

Los domingos que se juega de local suele haber juntada en el club, donde también se suman más hinchas que estén dando vueltas por ahí o llegan los que siempre se suman al *aliento*, sino se juntan en alguna casa y ahí van los del barrio, o el grupo más cercano, es más “íntimo”.

Mientras se prepara la comida, *escabio* de por medio, se habla de todo; la *manija* de los pibes tensiona el aire y los cuerpos, sobre todo si el partido es importante, la exaltación está en el aire. Por eso se canta, antes del partido aparecen los cantos más propios a las identificaciones de *la banda*, que responden a las propias definiciones identitarias, la masculinidad, *el barrio*, *el matadero*, lo prohibido y, por supuesto, la violencia:

Trico, trico compadre la concha de tu madre X2

Si tenés tanto huevo,
si tenés tanto aliento
vamos para las vías
para hacer un encuentro.
Para hacer un encuentro.

(Melodía de “Todavía cantamos”- Víctor Heredia)

En el barrio del jabón,
viven los hinchas del trico
Para el Albi nunca vienen,
porque le tiemblan las piernas.

Ai, ai, ai,ai trico puto, te vamo' a matar
Ai,ai,ai,ai sos amigo de la federal.

(Melodía de “Ya me da igual”- Los auténticos decadentes)

Matadero, Matadero,
Barrio de borrachos
y de cabareteros (faloperos).

(Melodía clásica de cancha)

Me lo dijo una gitana
me lo dijo con fervor
o dejas la marihuana
o te vas para el cajón,

Me lo dijo una gitana,
yo no le quise creer,
yo le sigo dando al vino
a los fasos y al papel”

(Melodía de “me lo dijo una gitana”- Katunga)

Estos cantitos pueden sonar también durante el partido, pero no son los más cantados por el resto de hinchas. Suelen aparecer con partidos terminados, cuando el resultado es inamovible o en momentos específicos. Si hay una victoria se advierte cantando “*esta noche, esta noche*” como preludio cómplice de los festejos y “excesos” que vendrán.

El aliento es acompañado por otros grupos que se suman al núcleo de *la banda*, que se hace de la centralidad del mismo, aglutina los instrumentos: los dos bombos murgueros (uno con platillo), la trompeta, los redoblantes y un repique, que son ejecutados por quienes son considerados más idóneos. Algunos instrumentos tienen sus “dueños”, ejecutores fijos, quienes llevan el ritmo de la *hinchada*, una posición a la que se accede por saber ejecutar los instrumentos.

En las previas, se habla de todo, pero generalmente sobre cosas que pasaron la noche anterior o los mismos chismes del barrio; la familiaridad territorial se vuelve moneda de cambio, un código común que construye un grupo propio y que estratégicamente define una frontera, “el que entiende es nuestro, el resto acompaña”. Hay una recurrente expresión del “nosotros”, que forja a una cohesión de un grupo familiarizado.

Se establecen relaciones con otros grupos a partir del *aliento* y como único fin; con otros actores la cuestión es mucho más tensa, especialmente con los más

allegados a la dirigencia. Esto es lo que más aleja al grupo de la institucionalidad, ya que quienes no entienden la misma valoración del *aliento*, cuestionan constantemente su legitimidad, principalmente cuando se da lugar al “bardo”.

Hay un discurso claro sobre el perjuicio de sus acciones, que van en detrimento del club, ya que acarrearán sanciones, gastos en daños y una depreciación del prestigio institucional. Además de esto, se destaca su nulo aporte a la organización del club o al trabajo para el sostenimiento del mismo.

Las escenas que más representan estas disputas son cuando los partidos son pausados por algún incidente de *la banda*: tirar algo a la cancha, alumbrar con un láser o entrar al estadio sin pagar entrada. Este conflicto se describe en un registro de campo en un partido de visitante:

Pararon el partido, después amenazaron con la amarilla al capitán que vino a gritar a la tribuna que no boludeen. Se acercó el presidente y otro directivo a retar por el láser, entre gritos que los acallaban se fueron con cara de enojados, los volvieron a alumbrar y todo el ambiente se caldeo.

Dos referentes le gritaban a los dirigentes “¿qué se meten?”, “claro, siempre somos nosotros”, comenzaron a putear a los jugadores, esta vez sin reparos, a todos: “¡pongan huevo, están en el Albi!”, “¡corran un poquito más, traspien la camiseta!”, “¡esto es el Albi, muchachos!”, mientas por lo bajo, “ojala me diga algo el viejo culiado ese, así lo entierro en el piso”

Los repertorios culturales marcan fronteras y límites que difícilmente serán atravesados. *La banda*, de acuerdo a sus construcciones, pide que los jugadores también tengan *aguante*, sus estrategias de participación buscan el reconocimiento de sus prácticas y valoraciones. Fueron jugadores, trabajadores y, desde niños, transitan el club sin ser parte de decisiones, una marginalidad que también vivencian en otros espacios, de los que quizá ni siquiera se sienten parte. Aquí, ponen en valor algo ya aprendido: soportar, aguantar, poner el cuerpo, algo que se legitima mientras incurren en el “bardo”, como espacio de goce, disfrute que permite ese estar ahí, *aguantando*.

Hay una clara oposición entre las perspectivas, mientras unos pregonan la construcción del orden para el ejercicio de la “competencia deportiva”, donde es su responsabilidad tomar decisiones acorde a los cánones establecidos, otros encuentran un espacio de participación grupal donde subvertirlo todo es la norma,

pero, además, donde hacen participar sus identificaciones barriales, de clase y género más estimativamente que ningún otro.

Las experiencias también son desiguales en la misma *hinchada*, los conflictos se manifiestan respondiendo a búsquedas distintas, formas de dirimir intereses solapados, difícilmente equiparables o solucionados sin algún tipo de violencia de unos contra otros.

Para *la banda*, hacer el club es ir a alentar, porque el *Albi*, más allá de títulos, debe tener *aguante*, es donde se identifican, donde se construye el prestigio propio y colectivo, la experiencia que desean vivir. Difícilmente, lleguen a ser dirigentes, las categorías de identificación de *la banda*, se alejan demasiado de las deseables, que proporcionan prestigio para llegar a los cargos directivos; de hecho no participan de las comisiones. Hay una frontera cultural que los aleja de la participación política institucional, que tiene vinculación con sus repertorios identitarios de clase y edad, entre otras, que los excluye.

El “aguante”, tanto como el “bardo”, para *la banda del Albi*, es un símbolo de distinción social, es la expresión de códigos que otros no tienen y que son legitimados en el espacio social por ciertos momentos, un código compartido con el resto que es motivo de una adquirida posición social. Cuando alguien habla de ellos, puede hablar de sentimiento o también de desorden, en este punto, también hay algo que distingue.

La banda tensiona con lo establecido como forma de estar ahí, de manifestar identidades que interpelan, que resisten y su desacato puede significar una resistencia. Muchas veces pelear, entrar a la cancha o suspender un partido puede ser simplemente entendido como resistencia, como una exhibición ante el resto, lo que se denomina, “resistencia por oposición” (Alabarces & Añón, 2008), ya que no contienen un fin racionalmente político, ni premeditación. Se resiste solo por oposición a lo establecido y por el mero hecho de hacerlo, encontrando deseo en que eso ocurra, poder construir un relato significativo a partir de ello.



La banda albiceleste desplegando carnaval en la tribuna central de su cancha, partido nocturno. Foto aportada por hinchas

Cruzar la línea: Cuando pelear es un mandato

La *hinchada* grita, insulta al árbitro, a los jugadores rivales e incluso a los propios. Adentro del rectángulo de juego, también se gritan, se negocia el orden para seguir compitiendo, se pelean a golpes, la *hinchada* arenga el caos: “*los vamo’ hacer cagar, los vamo’ hacer cagar*” (Melodía de “No vamo’ a trabajar”- Rodolfo zapata).

La violencia estructura el orden y es aceptada cotidianamente, pero existen límites que no debe sobrepasar, porque es percibida y nombrada; aparece, algunos disfrutan, otros se indignan o tienen miedo, superar el “umbral” es abstenerse a romper lo cotidiano.

Durante el trabajo de campo, se observó la dinámica de la violencia hacia múltiples factores, pero se analizan dos situaciones que se entienden como el “umbral” que la mantiene oculta. Factor que rompe el orden es cuando la violencia se menciona, aparece y se pone en duda la “seguridad”.

La primera, que se vincula a la exigencia de justicia abordada anteriormente, es cuando se suspende el partido, más allá de encontronazos adentro o afuera, es letal la corrupción del orden cuando el cotejo no puede continuar, como se dio en la final del clausura 2017, o en el clásico siguiente (primera fecha del torneo 2018). Esto se

dio en cada caso por razones diferentes, ya que en el primero una *hinchada* atenta sobre la integridad de un árbitro, con el fin de terminar el partido. En el otro, los mismos jugadores agreden a los árbitros e impiden la continuación del juego.

En estos hechos, no hay una oposición de “aguante” entre *hinchadas* que se dirime en pelear, sino una expresión violenta hacia algo más general, contra la organización, contra el orden mismo establecido, agredir a un árbitro, no es agredir al rival. Es un “aguante” contra lo establecido que puede manifestarse injusto, exigir la justicia o establecerla por propio accionar, como imperativo de honor.

Cuando los jugadores de San Martín golpean al árbitro en aquel fatídico partido que le costó la suspensión al *Eze*, arrojó una justificación muy clara: “el árbitro nos agrede con el banderín”, alegando una agresión anterior como legitimadora, un honor dañado que es debidamente recuperado, algo de justicia por sobre lo injusto. En la final, días antes, la *hinchada albiceleste* arroja bengalas en el sector del juez de línea, luego del empate del rival mediante la sanción de dos penales.

En ambos casos, se puede relacionar a la reacción ante lo aparente como injusto, además del común denominador de tratarse del mismo club, un dato que arroja la posibilidad de identificarse con esos “hechos violentos”, que deviene de *resentidos y quilomberos*, con la oposición a lo establecido, como una categoría posible a construirse como identificativa.

Por otro lado, y algo aun no abordado, el otro límite que tensiona el “umbral de violencia” es cuando se rompe la división del adentro/afuera de la cancha, cuando las acciones de la *hinchada* difuminan la separación entre jugadores/hinchas o cancha/tribuna, no contra quien establece el orden como árbitro o policía, sino contra jugadores rivales. Esto se relaciona también a desbordar las barreras territoriales, rompiendo las fronteras entre *hinchadas* o entre “zonas neutras” e incluso el campo de juego, que puede ser invadido.

Mientras los protagonistas del espectáculo, ya sea, jugadores, técnicos y ayudantes negocian su propio orden, pueden enfrentarse a golpes o insultar, correrán para ellos los reglamentos propios del deporte, las tarjetas de colores y las sanciones disciplinarias mediante el informe del juez del partido. Puede llevar a la suspensión, pero no involucrar el accionar de la *hinchada*.

De lo contrario, agredir a un jugador rival, permite el involucramiento directo de la *hinchada* contraria, desbordando las vallas de contención y procurando el “aguante” como protección de los propios jugadores.

Uno de los casos fue un partido, que ante los enfrentamientos dentro del campo, la *hinchada* local espero en la zona neutral para atacar a golpes a un jugador visitante, lo que derivó en el enfrentamiento entre hinchas en la zona neutral, así lo describe el registro de campo:

Las *hinchadas* habían intercambiado gritos todo el partido, pero nada presagiaba el final, todo se había desarrollado en un tono burlón, jocoso, incluso cuando uno se acercó al alambrado desafiante, nadie lo tomo en serio. Los separaba un alambrado que no estaba dispuesto a cruzar. Cuando antes de terminar el partido, le dicen algo al 10, que se fastidia, saca a correr por la cancha a un rival, uno se le cuelga del cuello y se descontrola todo. La banda lo fue a esperar a la “zona neutral”, la *hinchada* contraria se paró en la valla del bufet y, apenas sale el equipo se arma la pelea, todos se cruzaron. Volaban sillas, piedras, un intercambio de golpes entre los primeros que se encontraban, los pibitos corrían desde la otra punta del estadio para presenciar la pelea, el resto queríamos mirar. La policía logro negociar nuevamente el orden cuando los jugadores se retiraron.

La *hinchada* asume un rol fundamental, que es cuidar al equipo, la protección física y simbólica de los suyos, cuando el orden dado por las fuerzas de seguridad no alcanza para la protección del equipo, la *hinchada* intercede a custodiar su propio honor y *pelear* es la única alternativa.

Hay también una marcada sensualidad con la violencia que hace que sectores de la *hinchada* estén predispuestos a ejercer esa fuerza de choque. Cuando la *hinchada* rival amedrenta la propia, busca sujetos pasibles de responder a la violencia propuesta, sino, quizás, se evita el enfrentamiento por fuera del campo de juego. Cuando la respuesta es encontrada y los límites excedidos, el orden se rompe, pelear pasa a ser un mandato del “aguante”.

La sensualidad llega también al resto de espectadores que están al tanto de lo que sucede, que se asoman, quieren ver, construir relatos y reproducir las mismas

lógicas de aguante, aunque no pongan el cuerpo en la lucha. Contar que “mi *hinchada* aguanto” es un signo de orgullo y prestigio como para otro poder decir “yo fui al frente y pegué”, cada uno sabe dónde puede situarse, se advierten en las reacciones, ir hacia el *quilombo* o alejarse del mismo, ¿qué puede obtener cada sujeto del mismo?

De esta forma se pueden dar algunas interpretaciones de las distintas representaciones propias de la heterogeneidad de experiencias que forman parte de las *hinchadas* monteboyenses. Al mismo tiempo, se puede entender como la “cultura del aguante” regula de manera, más o menos cercana, de todos los repertorios del colectivo.

Al mismo tiempo, la violencia también puede verse involucrada de diversas formas en cada repertorio de acciones, vinculada a la posibilidad de ejercicio y legitimidad de los actores. Mientras que los grupos dirigenciales están cercanos a una violencia ligada a las estructuras institucionales, más legitimada y permitida, los miembros de *la banda* se vinculan más a violencias corporales, visibles, explicitadas y condenatorias. Esta es una de las formas en que se puede entender la desigualdad de legitimación de las distintas identificaciones, que da lugar a la construcción desigual de posiciones en una misma “*hinchada*”.

También, hay una vinculación entre estas identificaciones y los repertorios que le son propios, de esta forma se vinculan edad, género y clase como categorías que definen legitimidades dispares que responden a las jerarquías del espacio. Del mismo modo, las categorías de identificación que le son propias a cada “*hinchada*” regulan las identificaciones hacia adentro de la misma, posibilita grupos o disidencias que no se encuentran en ambos colectivos de la localidad.

Tanto como la clase, también se puede ver, al color de piel como distinción identificadora, con una adhesión a la clase e incluso a ciertos territorios, interfiriendo en las posibilidades de los repertorios culturales producidos.

El proceso de identificación de las “*hinchadas*” está construido no solo por las diferenciaciones entre dos colectivos antagónicos, sino también por sujetos hinchas que hacen al colectivo al mismo tiempo que se hacen a sí mismos, por lo que las condiciones de ambos procesos son compartidas. Las experiencias, por ejemplo, de exclusión, que vienen forjándose, son reformuladas hacia adentro de la *hinchada* como oportunidades de construir prestigio.

Los procesos de identificación no solo tienen que ver con las posiciones entre “*hinchadas*”, sino que también inciden en la definición de posiciones de sujetos en el espacio social y sus posibilidades de moverse en el mismo.

Consideraciones finales

En el recorrido de este trabajo, se pudo explorar los procesos de identificación que atraviesan a las *hinchadas* de Monte Buey, logrando describir parcialmente las categorías que intervienen en el posicionamiento de las mismas, en los marcos culturales. La interpretación de los sentidos culturales, en los distintos grupos sociales que forman parte del entramado del fútbol masculino monteboyense es compleja e inagotable, pero no imposible de abstraer.

El proceso de investigación no estuvo exento de vaivenes y contradicciones que fortalecieron la construcción del conocimiento sociológico, las preguntas y supuestos teóricos se reconstruyeron constantemente en el avance con el trabajo en el campo. Cada dato construido hacia florecer una multiplicidad de preguntas que fueron decantando en las nociones aquí expuestas.

La pregunta iniciadora que refería a describir un proceso de identificación en las *hinchadas* de monte buey y su relación a los posicionamientos en los marcos culturales locales fue impulsora de una búsqueda que construye explicaciones en torno los objetivos planteados.

La apreciación de procesos históricos y datos estadísticos desarrollada en el capítulo dos permite conjeturar la importancia como aglutinadores y movilizadores sociales, el fútbol masculino como actividad principal logra involucrar cantidades representativas de atención en su desarrollo, como también cuantiosos recursos que se intensifican cada vez más eficazmente. De este modo, se pudieron establecer algunos delineamientos contenedores del espacio social que ocupa el fútbol masculino en la localidad.

La pregunta por los procesos identitarios permitió, en los primeros acercamientos al campo, construir las categorías con las cuales se profundizaría la indagación. La identificación de los relatos que sustentan a las mismas y su circulación fueron pautas importantes para delimitar distintas posiciones adquiridas por cada parcialidad. En este sentido es que fue surgiendo principalmente el

territorio como factor distintivo en los discursos de identidad, como así también la cuestión de la legitimidad de la violencia como una constante que permitía identificaciones y ciertos marcos regulatorios de la conducta.

Esto allanó un terreno hacia estos nodos argumentativos en el trabajo etnográfico, de entrevistas semi-estructuradas y observaciones participantes, que por estar inmerso en un proceso de constantes discursos sobre violencia, por la recurrencia de partidos suspendidos y reciente eclosión de estos hechos “violentos” como problemas cercanos, condujeron hacia una interpretación donde predominan estas miradas o esta temática por sobre otras posibles. Sin embargo, las descripciones realizadas resultan bastante sugerentes para realizar conjeturas en cuanto a los posicionamientos y legitimidades adquiridas.

Los sujetos abordados plantearon tanto gran diversidad como disparidad de miradas, ya que provenían de una heterogeneidad de grupo, parte de alguna u otra *hinchada* y, al mismo tiempo se rescataron algunas trayectorias de movilidad entre ambas parcialidades como jugadoras, trabajadoras e incluso *hinchas* que pertenecieron a ambos colectivos. De este modo, las categorías abordadas centradas en el género, la edad y la clase fueron vitales para la descripción de las lógicas internas, a partir de los grupos delimitados. Este proceso estimuló la indagación de jerarquías, más o menos establecidas que fueron descriptas como procesos de ordenamiento y cohesión presentes.

Procesos de identificación en las hinchadas de Monte Buey

En primer lugar se destaca la importancia de los clubes deportivos como cohesionadores sociales, en especial del fútbol masculino históricamente, como para considerarlo algo superfluo al interés de los estudios sociales en estas localidades. Resulta necesaria la organización de información sobre la temática para facilitar futuros proyectos que aborden el tema. Como estructuras institucionales recobran aun mayor importancia por integrar a toda una población en sus distintas clases sociales, en una época de desintegración y difícil unicidad de estas fronteras.

Se logró una interpretación general de los procesos identitarios, enfrentando categorías con las cuales cada *hinchada* se construye, en torno a un juego de distinciones que las opone como alteridades.

Las capacidades de construirse como *hinchada* revisten posicionamientos en una relación asimétrica, ya que las categorías que se ponen en juego se encuentran representadas en distintas experiencias de subordinación y dominación, desplegando un abanico de opciones que posibilitan la obtención de prestigio en torno al fútbol masculino como ámbito.

En este universo, la cultura del “aguante” tiene un amplio alcance regulador, principalmente en los discursos, el juego verbal y los símbolos retóricos utilizados, al mismo tiempo no es empleado el enfrentamiento físico entre *hinchadas*, aunque *pelear* queda circunscripto a ocasiones excepcionales.

Estas posiciones desiguales permiten ubicarse a un club como “establecido”, ordenadamente cohesionado hacia los patrones que garantizan el “éxito”, logrando una legitimidad propia de esos resultados obtenidos. El éxito parcial alcanzado en el último tiempo por la otra entidad deportiva logra tensionar el prestigio adquirido, pero no lo suficiente para establecerse, carece de una organicidad que pueda legitimarse como normatividad, entendiéndose como *diferente*.

Las categorías de los discursos de identidad y el juego que configuran, está estrechamente ligado a representaciones de clase y las diferentes posibilidades de adaptación que las mismas ofrecen.

Estas categorías pueden, por un lado, relacionarse a una experiencia de subordinación, más cercanas a las regulaciones de la cultura popular que tiene menor interés en asumir el orden social hegemónico, incluso llegando a tensionar las representaciones del mismo. Como quedó demostrado, también pueden ser más cercanas al orden cultural hegemónico, acatando normas que comprenderán el prestigio del resultado final dentro de las reglas deportivas en el campo de juego. Allí, los repertorios cercanos a la cultura popular no tensionan normas, sino que se mantienen en límites prefigurados.

Sin embargo, ante estas diferencias, las estructuras internas representadas como *familia* no aparecen tan disimiles en comparativa, se atraviesan prácticas similares que diferencian la configuración de distintos grupos interrelacionados.

En estas configuraciones, el género y la edad son categorías determinantes, al mismo tiempo, la clase racializada y los territorios de pertenencia configuran una dimensión que atraviesa grupos y delimita fronteras.

Por otro lado, la violencia aparece como categoría posible de identificación, ya que forma parte de un entramado que permite construir prestigio, a través de la misma como es el “aguante”, donde se posibilitan más acciones de este tipo, sin estar circunscripta a algún grupo en particular.

No hay grupos identificados exclusivamente con la violencia, sino que es parte activa dentro de otras regulaciones que forjan la unidad, como *bardo o aliento*.

El *aliento*, como parte de estos entramados de significados, es mejor ponderado como símbolo de prestigio en la *hinchada* de San Martín, por lo que se favorece la presencia de grupos afines al mismo; en el club Matienzo, si bien existe como posible, no es una identificación significativa para todo el colectivo. Sacar el foco de la *hinchada* y ponerlo en el juego, o viceversa, son acciones propias de sujetos que buscan exponer los órdenes de mayor prestigio para sí.

El caso abordado representa un orden de las relaciones sociales donde las identidades se conforman de manera desigual, en un escenario deportivo que solapa las diferencias a través de la “libre competencia”, se producen experiencias que dirimen entre distintas formas de construir prestigio. Por su carácter refractario, estas identificaciones cruzadas, necesariamente, deberán ser leídas en forma relacional y, al mismo tiempo, como un proceso inacabado, en permanente transformación.

Proyecciones hacia nuevos caminos de indagación

El trabajo realizado ha suscitado una cantidad diversa de preguntas que se encuentran muy relacionadas. El avance analítico explicativo podría considerarse hacia estas aristas para la continuación de una indagación más profunda del recorte aquí propuesto.

Los datos estructurales para la diferenciación entre distintas zonas o barrios del pueblo serían interesantes para un abordaje más concreto y conciso sobre los mismos fenómenos. Desde datos socioeconómicos, hasta la ubicación específica de *hinchas* servirían de vital aporte a las interpretaciones abordadas.

En el juego de oposición que parte de la división del territorio, sería interesante abordar los intercambios entre los órdenes de las instituciones mencionadas (escuelas primarias, secundarias y clubes) desde la óptica del “ladismo”, teniendo en

cuenta los mismos como espacios forjadores de “experiencia común”, además de la desigualdad de los sectores.

En cuanto a la producción y circulación de recursos, uno de los grandes interrogantes que este trabajo deja de lado es la transferencia de los mismos entre la producción agrícola y los clubes de fútbol. Ya que solo se ha presentado como una relación de crecimiento e intensidad entre ambas, sería efectivo abordar la circulación en la que pueden involucrarse las mencionadas en el trabajo, como la donación directa de productores, el aporte como sponsor desde las empresas relacionadas, o qué otras formas posibles de transferencias existen. Este análisis podría ser relacionado a los efectos de poder que se producen.

Siguiendo la temática de las identidades, pero más enfocada en el deporte en sí, podría considerarse el análisis hacia “estilos de juego”, que podrían ser reconocidos como propio en cada entidad, ya que las diferencias sociales externas al campo de juego podrían reinventarse adentro.

Por último, dejaré la propuesta de abonar al estudio de las “experiencias de clase”, algo expuesto, pero que podría involucrar más experiencias ajenas al ámbito futbolero para un análisis específico de cómo se insertan en cada club, en los cargos institucionales y en las organizaciones de *hinchas*.

Será necesario revitalizar la importancia de este tipo de estudios en las urbanidades similares a las del caso, ya que las transformaciones en estos territorios desechan ya la idea de pensarlos como ruralidades. La actual “modernización” de los espacios habitables hace que se separen cada vez más de las zonas de “producción de alimentos, agotando la “vida rural” clásica. Las pequeñas poblaciones de la región pampeana se acercan más a una ciudad, donde circulan, distribuyen y se consumen productos que a la relativa “autonomía” de los espacios rurales de antaño.

Las producciones simbólicas en torno a los nuevos estilos de vida generan espacios novedosos, aún inexplorados para las ciencias sociales, lo que vuelve necesaria la búsqueda de estas nuevas aristas de investigación. La reconfiguración de las actividades de ocio, como el fútbol, deberá ser tomada en cuenta para el entendimiento integral de la dinámica de estas poblaciones.

Bibliografía

- Adamovsky, E. A. (2012). Ezequiel Agustin; El color de la nación argentina: conflictos y negociaciones por la definición de un ethnos nacional, de la crisis al Bicentenario. *Gruyter; Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas* , 343-364.
- Alabarces, P. (. (2003). *Futbologías: Fútbol, identidad y violencia en america latina*. Clacso.
- Alabarces, P. (2000). *Peligro de gol. Estudios sobre deporte y sociedad en America Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Alabarces, P. (2006). Fútbol y patria. El fútbol y las narrativas nacionales en la argentina del siglo XX. *Papeles del CEIC*, #16.
- Alabarces, P. (2012). *Cronicas del aguante: Fútbol, Violencia y politica*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Alabarces, P., & Añón, V. (2008). ¿Popular (es) o subalterno(s)? De la retórica a la pregunta por el poder. En P. Alabarces, & M. G. Rodriguez, *Resistencias y mediaciones. estudios sobre cultura popular* (págs. 281-303). Bueno Aires: Paidos.
- Alabarces, P., & Rodriguez, M. T. (1996). *Cuestión de pelotas. Fútbol, deporte, sociedad, cultura*. Buenos Aires: Atuel.
- Amstrong, G., & Giulianotti, R. (1999). *Football cultures and identites*. London: Macmillan.
- Antonio, O. (2008). *Diagnostico urbano destinado al desarrollo local de Monte Buey*. Monte buey.
- Archetti, E. (1985). *Calcio. ¿Un rituale di violenza?* Napoles: Edizione Scientifiche Italiane.
- Archetti, E. (1985). *Fútbol y ethos. Monografías e Informes de Investigación, N°7*. Buenos Aires: Flacso.
- Archetti, E. (2008). El potrero y el pibe: territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino. *Horizontes Antropológicos*, 14(30), 259-282. Obtenido de <https://doi.org/10.1590/S0104-71832008000200013>

- Archetti, E. P. (2003). *Masculinidades: Fútbol, tango y polo en la Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Bajtin, M. (1990). *La cultura popular en la edad media y el renacimiento*. Madrid: Alianza Editorial.
- Basualdo, E. (2006). La reestructuración de la economía argentina durante las últimas décadas de la sustitución de importaciones a la valorización financiera. En E. Basualdo, & E. Arceo, *Neoliberalismo y sectores dominantes. Tendencias globales y experiencias nacionales* (págs. 123-178). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales CLACSO.
- Becker, H. (2009). *Outsiders. hacia una sociología de la desviación*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores.
- Boudieu, P. (1994). Espíritu de familia. En G. Neufeld, & T. W. (comps.), *Antropología Social y Política. Hegemonía y poder: el mundo en movimiento* (págs. 135-145). Buenos Aires: EUDEBA.
- Bourdieu, P. (2000). *Cosas Dichas*. Barcelona: GEDISA.
- Bourdieu, P. (2002). Estrategias de reproducción y modos de dominación. *Colección Pedagógica Universitaria*, 1-21.
- Bourdieu, P. (2011). *Las estrategias de reproducción social*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Bromberger, C. (2001). *Significaciones de la pasión popular por los clubes de fútbol*. Buenos Aires: Libros del rojas.
- Buitelaar, R. (2000). *¿Cómo crear competitividad colectiva? Marco para la investigación de políticas de Clúster*. Buenos Aires: División de Desarrollo Productivo y Empresarial. Obtenido de <http://goo.gl/UDw7MN>
- Bundio, J. (2018). La construcción del otro en el fútbol. Identidad y alteridad en los cantos de las. *Cuadernos de Antropología Social*/47, 195-212.
- Cabrera, N. (2012). *Violencia e identidad en una hinchada de fútbol: "solo para entendidos"*. Villa María: UNVM.
- Cabrera, N. (2019). *Que la cuenten como quieran. una etnografía sobre el devenir barra*. Córdoba: UNC.
- Castellano, A., Issaly, L., Iturrioz, G., Mateos, M., & Terán, J. C. (2009). *Análisis de la cadena de la leche en Argentina*. Buenos Aires: Ediciones INTA.
- Da Matta, R. (1981). *Carnavais, malandros e heróis*. Rio de Janeiro: Zahar.

- Da Matta, R. (1982). *Universo do futebol: esporte e sociedade brasileira*. Rio de Janeiro: Edições Pinakothèque.
- Dubet, F. (2011). *Repensar la justicia social contra el mito de la igualdad de oportunidades*. Siglo Veintiuno: 2011.
- Elias, N. (1993). *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Fondo de cultura económica.
- Elias, N. (1999). *Sociología fundamental*. Barcelona: Gedisa.
- Elias, N., & Dunning, E. (1992). *Deporte y ocio en el proceso de civilización*. Fondo de cultura económica.
- Elias, N., & Scotson, J. L. (1965). *Establecidos y marginados: una investigación sociológica sobre problemas comunitarios*. Londres: Frank Cass & Co.
- Ferrari, E. (2000). *Monte Buey, su pasado y su presente*. Monte Buey.
- Foglia, C. A. (2010). *Monte Buey, territorio de identidad. Procesos lugares y actores*. Monte Buey.
- Frydenberg, J. (2011). *Historia social del fútbol: del amateurismo a la profesionalización*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Giulianotti, R. (1994). *Football, violence and social identity*. London: Routledge.
- Giulianotti, R. (1999). *Football: A sociology of the global game*. Londres.
- Godelier, M. (1996). *El enigma del don*. Barcelona: Paidós Iberica.
- Goffman, E. (1970). *Estigma. la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gramsci, A. (2009). *Antología*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores.
- Granovetter, M. (1985). Economic Action and social structure: The problem of embeddedness. *American Journal of sociology*, 481-510.
- Gras, C. (2013). Expansión agrícola y agricultura empresarial: el caso argentino. *Revista de Ciencias Sociales*, 73-92.
- Gras, C., & Hernández, V. (2009). *La Argentina rural - de la agricultura familiar a los agronegocios*. Buenos Aires: Biblos.
- Grimson, A. (2011). *Los límites de la cultura. crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores.
- Grimson, A., & Karasik, G. A. (2017). *Diversidad sociocultural en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: CLACSO.
- Hall, S. (2003). ¿Quién necesita identidad? En S. Hall, & P. Du Gay, *Cuestiones de identidad cultural* (págs. 13-39). Buenos Aires: Amorrortu editores.

- Hernandez, V. (2007). El fenómeno económico y cultural del boom de la soja y el empresariado innovador. *Desarrollo economico- revista de ciencias sociales (Buenos Aires)*, vol. 47, Nº 187, 331-365.
- Isla, A. (2007). *En los márgenes de la ley: Inseguridad y violencia en el Cono Sur*. Buenos Aires: Paidós.
- Isla, M. (2007). *En los márgenes de la ley : inseguridad y violencia en el Cono sur*. Buenos Aires: Paidós.
- Kessler, G. (2004). *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires: Paidós.
- Magazine, R., Lopez, J. S., & Hernandez, S. V. (2012). *Afición futbolística y rivalidades en el México contemporáneo*. Universidad Iberoamericana.
- Manildo, L. (2013). *La identidad chacarera en las grietas del paisaje sojero*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Miguez, D., & Seman, P. (2006). Diversidad y recurrencia en las culturas populares actuales. En D. Miguez, & P. Seman, *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente* (págs. 11-32). Buenos Aires: Biblos.
- Moreira, V. (2007). Etnografía sobre el honor y la violencia de una hinchada de fútbol en Argentina. *Revista austral de ciencias sociales*, 5-19.
- Morrell, S., & Brusco, L. C. (2012). El capitalismo extractivista en Argentina - Consecuencias socio ambientales del agronegocio. *Periferias - Revista de Ciencias Sociales*, 89-109.
- Rodríguez, J. L. (2010). Consecuencias económicas de la difusión de la soja genéticamente modificada en Argentina, 1996-2006. En A. L. Bravo, H. F. Centurión Mereles, D. I. Domínguez, P. Sabatino, C. M. Poth, & J. L. Rodríguez, *Los señores de la soja - la agricultura transgénica en América Latina* (págs. 154-261). Buenos Aires: CICCUS - CLACSO.
- Rodríguez, J., & Teubal, M. (2002). *Agro y alimentos en la globalización - una perspectiva crítica*. Buenos Aires: La Colmena.
- Segura, R. (2015). *Vivir afuera. antropología de la experiencia urbana*. Provincia de Buenos Aires: UNSAM Edita.
- Teubal, M., & Giarracca, N. (2005). *El campo argentino en la encrucijada*. Buenos Aires: Alianza.

- Thompson, E. P. (2012). *La formacion de la clase obrera en inglaterra*. Londres: Capitan Swing.
- Weber, M. (1963). *The sociology of Religión*. Boston.
- Weber, M. (1964). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. Mexico: Fondo de Cultura Economica.
- Weber, M. (2006). *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- wehbe, O. (2014). Una Bendicion. En H. Imola, *San Martin 80º aniversario* (págs. 4-5). Monte Buey: Editora del Carmen.
- Williams, R. (1997). *Marxismo y Literatura*. Barcelona: Ediciones Península.